

A romantic couple in a historical setting. The man, on the left, has dark hair and is wearing a green coat over a white shirt. The woman, on the right, has dark hair styled in an updo and is wearing a light-colored, off-the-shoulder dress with lace details. They are standing close together, facing each other, with the man's hand on the woman's shoulder. The background is dark and out of focus, with a warm light source visible on the right side.

MARIANGELA
CAMOCARDI

*Chámame por
mi nombre*

LLÁMAME POR MI NOMBRE

MARIANGELA CAMOCARDI

TRADUCIDO POR
CARLOS SECURUN SANZ

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[La autora](#)

Esta novela es una obra de ficción.

Nombres, lugares y personas mencionados en el texto han sido inventados para darle veracidad a la historia.

Cualquier referencia a personas reales o desaparecidas es pura coincidencia.

*Fue después de la enfermedad cuando comprendí
lo importante que es decir sí
al propio destino.
De este modo forjamos un Yo
que no se quiebra cuando
suceden cosas incomprensibles;
un Yo que aguanta, que soporta la verdad,
y que es capaz de hacer frente
al mundo y al destino.*

Carl Gustav Jung

PRÓLOGO

Calais 1819

—Vamos, Melissa, no hay por qué tener miedo a viajar en barco. La travesía del Canal será rápida y una vez allí, Londres te gustará más de lo que crees.

—¿Estáis segura, señorita?

—Pues claro —la animó Mabel, sonriendo a su doncella personal.

Se mordió el labio mientras su mirada se detenía en los barcos anclados. El aire salado le azotaba el rostro, cargado con la fuerza de un viento frío y constante que hacía cabecear las naves incesantemente. La aprensión creció ante la idea de subir a bordo del *Duca di Savoia*.

—No debería haber aceptado ir con vos.

—¿Qué quieres decir? No tendrás intención de echarte atrás, espero...

—Me da miedo el agua, nunca os lo he ocultado, y también sabéis que en un carruaje os seguiría hasta el fin del mundo. Prefiero viajar por tierra firme.

—¡No seas tonta! —el tono de Mabel era de fastidio—. Inglaterra está más cerca de lo que crees y llegaremos antes de que te des cuenta. Y cuando lleguemos a nuestro destino, te obligaré a hablar inglés como yo te lo enseñé.

—Pero ¿también con vos?

—Conmigo no, sino con todos los demás. Después de todo, no podrás evitarlo, y la familia de mi prometido apreciará que mi doncella se exprese en su idioma.

—Mal, me temo.

—Te acostumbrarás y te resultará fácil. Sé que he sido una buena maestra, admítelo.

—Sí, señorita.

—¡Ay de ti si te sorprende expresándote de otra manera!

Melissa sacudió la cabeza, dividida entre el miedo irracional al agua y el sentimiento de culpa hacia Mabel. Ésta se dirigía a Londres a casarse con Deryl Ashley, vizconde de Brentwood, y flotaba en sueños de amor por él.

—Los Montorsi son ahora tu familia —prosiguió la otra—, ¿dónde más querrías estar, si no es con nosotros?

Cierto, admitió ella, incapaz de reprimir su ansiedad. Permanecer en Milán equivalía a tener que encontrar una nueva ocupación como criada: por ese motivo, aunque a regañadientes, había resuelto partir. Vivía en la rica mansión de los barones de Montorsi desde que estaba en pañales, hija de la nodriza que había amamantado a Mabel. Eran hermanas de leche y la relación entre ellas era bastante bueno, como si realmente existiera un parentesco. Y por extraño que pudiera parecer, ella y Mabel también se asemejaban físicamente. Ambas con el cabello castaño y un

montón de efélides en la cara, la misma estatura, complexión delgada, tez pálida y ojos verdes. La boca era diferente, carnosa la de Melissa, más finos los labios de Mabel. Había crecido junto a la amada hija del noble Ildefonso y de Adelaide, su consorte, se querían mucho e incluso habían jugado juntas, antes de ser educada como doncella de la heredera de los Montorsi. Melissa les estaba agradecida al barón y a su esposa por haberle ofrecido un futuro con aquel trabajo. De hecho, no tenía parientes a los que acudir, y la perspectiva de acabar al servicio de unos extraños le había resultado más inquietante que la travesía del Canal de la Mancha. Pero ahora, cuando estaba a punto de zarpar, su excitación crecía hasta alcanzar el paroxismo.

—Disculpadme, soy tonta por dejarme llevar por el pánico.

—De hecho, tienes que mostrarte razonable.

Mabel echó un vistazo a una señora elegante, precedida por un porteador cargado de equipaje, que se dirigía a la *Dei Gratia*, atracada a poca distancia del *Duca di Savoia*. Una *nanny* de aspecto austero, justo detrás de la dama, llevaba de la mano a un niño de unos cuatro años. Iba envuelto en una esclavina azul, cuyos faldones ondeaban hacia atrás con cada ráfaga de viento.

—Qué niño tan mono —Melissa sonrió al pequeño, saludándole con la mano.

—¿Ves lo tranquilo que está, todo lo contrario que tú?

—Qué afortunado. ¡Oh, aquí están vuestros padres! —ella señaló a la pareja que se acercaba. Detrás de ellos se alzaba la figura de Alvaro, el ayuda de cámara del barón. Era un joven alto y robusto y parecía contento de seguir a sus amos en el extranjero, no como ella. No era de extrañar: ninguno de los demás criados había sentido deseos de hacer lo mismo. La mansión de los barones había sido cerrada y confiada a unos fieles guardias hasta su regreso. Melissa suspiró. El muelle estaba abarrotado de una multitud heterogénea que daba lugar a un confuso bullicio y a mucha animación: viajeros que saludaban a amigos o a familiares, estibadores, marineros, mendigos, vendedores ambulantes que ofrecían sus mercancías a los que iban a embarcar. Incluso mujeres de mala reputación a la caza de clientes dispuestos a pagar por sus servicios, antes de zarpar.

—Los baúles y las maletas ya están en la bodega del *Duca di Savoia* —anunció el barón con abierta satisfacción.

—¿Podemos subir a bordo e instalarnos en nuestros camarotes? —Mabel se estremeció—. Es inútil quedarse en el muelle. El viento es casi insoportable.

—Tienes razón. Estoy tan impaciente por tomar posesión de nuestro alojamiento en la nave como tú, cariño. —La baronesa levantó la capucha de la pesada capa de terciopelo que llevaba puesta—. Será un viaje breve, gracias a Dios.

—Querida, ¿por casualidad no estaréis nerviosa?

—No, Ildefonso, pero el mar está agitado y confío en no sufrir náuseas si nos zarandean las olas.

—Bastará con recostarse en la litera, y tal vez os durmáis.

—Ojalá fuera tan simple como decís...

—Mañana llegaremos a nuestro destino, y cuando la nave remonte el Támesis os reiréis de vuestros infundados temores.

—Afortunadamente mañana llegará enseguida —la mujer miró fijamente a su marido, de una manera que delataba los sentimientos que tenía por él. Eran una pareja bien avenida, y la armonía entre ellos era la envidia de sus conocidos en sociedad. Con distinción, y una clase acorde con el estilo de un perfecto gentleman, Ildefonso tenía un carácter afable que le hacía agradable a todos sus semejantes. Las líneas de su bondadoso rostro armonizaban con su pelo canoso que

culminaba en unas largas patillas al estilo Murat. Adelaide, una morena bien formada, había sido una belleza en su juventud. Tenía el contorno del rostro en forma de corazón y unos ojos intensamente azules, tan magnéticos que conquistaron el corazón del que iba a ser su futuro marido a los cinco minutos de ser presentados.

—Es ridículo tener miedo —subrayó Ildefonso.

—¿Por qué? Como nuestra Melissa, yo no podría soportar una estancia prolongada en uno de esos artilugios siempre en movimiento, y repletos de velas.

—No quisiera angustiaros, baronesa, pero acabo de oír a un marinero decir que se está avecinando una tormenta —intervino el ayuda de cámara en ese momento—. Ellos conocen los vientos y difícilmente se equivocan al predecir el mal tiempo.

—¿Una tormenta? —la voz de Melissa sonó angustiada.

—¡Eso es, lo que nos faltaba, estupendo! —le reprendió el barón—. La has hecho palidecer del susto.

—Le ruego me disculpe, vuestra señoría, pensaba que era mejor prepararse por si...

—No va a pasar nada —cortó en seco Ildefonso, rodeando los hombros de su mujer con un gesto protector.

—¡Tanto revuelo por un pequeño trayecto! —Mabel parecía contrariada al tiempo que lanzaba una mirada admonitoria al ayuda de cámara.

—Así es —aprobó el barón, encaminándose con Adelaide hacia la pasarela—. El capitán del *Duca di Savoia* es uno de los mejores, y no podríamos confiar nuestras vidas a manos más hábiles: estoy dispuesto a apostar que a la llegada todos nos reiremos de estas insulsas necesidades.

—Dios te oiga —murmuró Adelaide como respuesta.

—NOS IREMOS A PIQUE... —Melissa miraba horrorizada por el ojo de buey, azotado por el oleaje.

Mabel gimió, con el estómago revuelto.

Estaban terminando de cenar con el capitán cuando el cielo se oscureció y estalló la tormenta. Las altas olas chocaban con los costados de la nave, haciendo crujir ominosamente los mamparos de madera.

—El vendaval nos azota como si estuviéramos en un barquito de papel arrastrado por la furia de los elementos sobre la superficie del mar.

—La embarcación es sólida y la tripulación estará a la altura de la situación.

Ella no contestó. Los chaparrones de lluvia mezclada con granizo azotaban la embarcación y se preguntó cómo podía la tripulación desafiar semejante huracán para evitar el riesgo de acabar a la deriva. Tal vez estuvieran acostumbrados. El barón, cuando había venido a comprobar que estaban bien, había reiterado que no había nada que temer. Los pasajeros estaban a salvo en sus camarotes, completamente convencidos de que saldrían sanos y salvos de aquel temporal.

—Sólo desearía que cesara este tormento —Mabel se inclinó sobre la palangana y volvió a vomitar, varias veces.

—Tengo miedo, señorita, no me avergüenza decirlo.

—¡Basta! —chilló la otra, impaciente—. He venido corriendo, al oírte gritar, ilusionada por calmar tu infantil ataque de nervios, sin reparar en que yo estoy peor que tú, y tú insistes en comportarte como Casandra.

—Desde luego no lo hago aposta, señorita, pero tengo feos presentimientos...

—¡Estás consiguiendo que me enfade! —la reprendió mientras se masajeaba el abdomen. Melissa estaba aferrada a su litera, lívida por el resplandor de la linterna que iluminaba el habitáculo. La lámpara se mecía con cada sacudida de la nave, amenazando con apagarse y dejarlos a oscuras.

—Perdonadme, no quería provocar vuestra cólera.

—No morirá nadie. Además... — el resto de la frase quedó cubierto por un trueno, y luego por el aullido furioso del viento.

De repente se oyó un estruendo y la nave se inclinó tan bruscamente que ambas cayeron al suelo. La linterna se desenganchó del soporte de la pared y se rompió con el impacto: el combustible que alimentaba la mecha se esparció por la cubierta de su camarote, prendiendo fuego a un libro que Melissa en vano había tratado de leer, antes de que la ira de Dios se abatiera sobre el casco y sobre quienes estaban a bordo. Avanzando a gatas, se agarró al cobertor e intentó sofocar las llamas que se propagaban, sin resultado alguno.

—¡Señorita, debemos salir! —le gritó a Mabel, todavía tendida en el suelo.

La desconsolada exclamación de la muchacha la estremeció.

—¿Qué os sucede, por el amor de Dios?

—Me temo que me he retorcido el tobillo en la caída.

Melissa trató de acercarse a ella, pero avanzar era dificultoso, con la nave inclinada. Le pareció que empleó una eternidad en alcanzarla. Apretando los dientes para superar el dolor, la otra se aferró con fuerza a su brazo para ponerse en pie.

—¿Podéis seguir adelante, señorita? ¿Pido ayuda?

—No, no podré... —tosiendo por el humo, se apresuraron a abrir de par en par la puerta del camarote, casi alcanzadas por el fuego, que ahora estaba quemando la litera.

—Tenemos que avisar a alguien de la tripulación de que hay un incendio, o las llamas se propagarán a otras partes de la nave —dijo Melissa.

—Tendrás que encargarte tú, yo apenas puedo moverme. Me duele demasiado el tobillo y no me atrevo a ir más lejos no sea que empeore las cosas.

—No puedo dejaros aquí sola, señorita...

—No te preocupes, voy al camarote de mis padres. Mi madre tiene el ungüento apropiado y me curará el tobillo antes de vendármelo.

Concentrada en el esfuerzo por mantener el equilibrio, Melissa asintió con la cabeza. Le parecía que la nave estaba a merced de las olas, sin ningún control por parte de quienes la gobernaban. Subir a cubierta la aterrorizaba, pero la perspectiva de arder en el interior del *Duca di Savoia* la forzó a superar el pánico y dar la voz de alarma: el fuego se avivaría rápidamente y, antes de que fuera demasiado tarde para todos, había que apagarlo.

Abrazó a Mabel y luego se alejó sin perder un instante.

Cuando por fin se asomó al exterior, dudó que el infierno pudiese ser peor que lo que veían sus ojos. Gritó para llamar la atención de alguna de las empapadas figuras que corrían frenéticamente de aquí para allá, pero nadie reparó en ella. Agachada para contrarrestar las fortísimas ráfagas de lluvia y viento, empapada hasta los huesos, se dirigió hacia el marinero más cercano. De repente, se percató de que una ola gigantesca estaba a punto de alcanzar la cubierta. Melissa ni siquiera tuvo tiempo de decir una palabra, cuando una cascada de agua se precipitó sobre ella, arrebatándole el aliento y cegándola. Fue arrollada por la fuerza brutal del mar, arrastrada primero sobre los resbaladizos tablonos de la cubierta y luego aprisionada en un gélido abrazo, que la succionó en un mortal remolino.

UNO

—Querida, no debéis atormentaros. Habéis sobrevivido a una experiencia devastadora y vuestra mente se ha visto afectada. Recuperaréis la memoria, nuestro médico está seguro de ello.

Quien había hablado era Lady Edwina, la vizcondesa madre. Tenía unos pómulos pronunciados y unos ojos oscuros que parecían poder mirar más allá de la apariencia de las personas. Seguía siendo una mujer hermosa, a pesar de sus canas, cuidadosamente recogidas en un moño bajo, y de las arrugas que marcaban su rostro.

—La comprensión que me dais me reconforta, señora. Si no me hubierais dicho mi nombre, no sabría quién soy.

—Es por el medallón que lucís en el cuello —intervino Andrew, hermano de Deryl, el vizconde, su prometido—. Os salvasteis de milagro. Al menos vos, ya que toda vuestra familia pereció en el naufragio. La tormenta que hundió la nave no dejó escapatoria a los que iban a bordo.

—Pocos sobrevivieron, y no todas las víctimas fueron recuperadas, por desgracia, incluidos vuestros padres y la servidumbre que os acompañaba. —El tono de Deryl era sombrío—. Evidentemente, la naviera tenía la lista de pasajeros, y faltaban en el pase de lista Alvaro, el ayuda de cámara del barón, y Melissa Donati, vuestra doncella.

El nombre provocó algo en su mente, pero de su memoria afloró la habitual imagen borrosa: ella aferrada a un pecio, zarandeada por el mar embravecido y envuelta en la oscuridad de la noche.

—Es un disgusto adicional no poder disponer de sus tumbas sobre las que llorar y rezar —murmuró como respuesta.

—La boda puede posponerse a una fecha por decidir, si lo preferís.

—¿Consideráis que debería hacerse?

—Sería una opción más que justificada —le explicó Edwina, sonriéndole—. El desaliento no es el mejor incentivo para una novia. Unos meses más no cambiarán nada, Deryl, ¿qué te parece?

El vizconde apagó el cigarro. De complexión delgada, tenía un porte desenvuelto, unido a una elegancia innata que el redingote acentuaba. Su cabello castaño, peinado hacia un lado, marcaba un notable contraste con sus ojos claros.

—Mi madre deseaba conoceros, Mabel, el tiempo os ayudará a superar este horrible momento.

—Ahora nosotros somos vuestra familia —añadió Andrew con voz dulce.

—Me enloquece no poder recordar nada.

Deryl le dirigió una mirada larga e inescrutable, como si desaprobara el traje oscuro que

llevaba en señal de luto. Después de todo, no habría podido vestirse de rojo con la reciente pérdida de familiares, y había sido él mismo quien le había proporcionado la ropa. Había viajado a Dover con su hermano para recibir a los Montorsi y la noticia del naufragio estaba en boca de todos. Por supuesto, ella carecía de dinero, y a la incomodidad de tener que presentarse ante su futuro marido en tan míseras condiciones, se había añadido la necesidad de ser identificada como Mabel Montorsi por el vizconde, a quien se había pedido que confirmara su identidad ante las autoridades portuarias.

Mabel suspiró. ¡Qué situación tan confusa y embarazosa! Era como estar atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar. Se concentró en la irritante sensación que la asaltaba cuando alguien la llamaba Mabel. ¿Por qué reaccionaba así? A la larga, tendría que acostumbrarse y no había motivo para sobresaltarse, con amnesia o sin ella.

Bueno, era como si no le perteneciese, lo que era sencillamente absurdo.

Sin embargo, su prometido, gracias a la miniatura que Deryl poseía y le había mostrado, la había reconocido. Además, en el medallón que llevaba estaba grabada la inicial M, y, en el reverso, el escudo de armas de los Montorsi, lo que disipaba cualquier incertidumbre. Sin embargo, en su cabeza, insistente, había como un eco que repetía Melissa... Melissa, y no Mabel. Tal vez se debiera a la prematura muerte de la doncella, con la que debía de haber mantenido una relación diaria desde años. Tenía recuerdos fragmentarios de lo que había sucedido durante la travesía, e intentaba, obstinadamente, recomponer los retazos en un todo descifrable. Ciertamente, lo que Deryl y Andrew le habían contado podría facilitar la interpretación. La nave, que ya se debatía en el vendaval, había sido embestida por otra embarcación, que a su vez se hundió, y el número de supervivientes era reducido. Mabel estaba segura, sin embargo, de que no todo correspondía a la verdad.

Volvió a suspirar. Deryl era muy formal y la incomodaba un poco. Andrew, en cambio, se prodigaba para que se sintiera menos perdida. Al principio se habían dirigido a ella en su propio idioma, aunque con cierta dificultad, pero enseguida se había dado cuenta de que entendía el inglés y se lo había dicho. La noticia fue acogida con alivio por los Ashley.

La boda con Deryl había sido organizada por sus respectivas abuelas: Mabel y Florence, primas terceras y también grandes amigas, cuando los novios aún eran niños. Las familias lo habían aprobado. Nunca habían visto al vizconde, pero era probable que Mabel hubiera tenido un retrato de su prometido, que había acabado en las profundidades del océano con el resto del equipaje. La abuela Mabel, que le había dado nombre, pertenecía a una rama menor de los aristócratas Spencer. De vacaciones en Bath, se había enamorado de un encantador *gentiluomo* italiano que la cortejaba con intenciones matrimoniales, y se había casado con él, trasladándose con este a Milán. A lo largo de los años, había mantenido el contacto con sus parientes ingleses, decidida a estrechar lazos con ellos gracias al matrimonio entre sus respectivos vástagos. La noble anciana había partido prematuramente, según había sabido por Lady Edwina, sin ver cumplido su sueño largamente acariciado.

—No debéis atormentaros —Andrew trató de apartar a Mabel de aquellas consideraciones.

—No puedo abstraerme de tales preocupaciones.

—Las cosas acabarán por calmarse, como acaba de decirme mi madre.

La amabilidad del hermano de Deryl era todo un bálsamo. Sus ojos azules destellaban una calidez tan amistosa y comprensiva que le conmovió hasta la médula. Él tenía el poder de aliviarla.

—Querría creerlo, pero en este momento todo es demasiado difícil de aceptar.

—Contra el destino no se puede luchar —comentó Lady Edwina—, así que cuanto antes os

resignéis a lo que no se puede cambiar, antes dejaréis de sufrirlo.

Ella se pasó la mano por la frente, como para querer espantar la angustia.

—Tengo una fuerte migraña y me gustaría retirarme a mi alcoba, si me disculpáis.

—No es necesario que os disculpéis —Deryl le permitió marcharse con un gesto de la mano.

Ella se despidió con una inclinación de cabeza de la anciana señora y de los dos hombres presentes en el salón, antes de eclipsarse en un revuelo de faldas.

Cuando estuvo en la alcoba que le habían asignado en Brentwood Court, la residencia campestre de los Ashley, se estudió en el espejo ovalado. Vio a una joven muy pálida, hasta tal punto, que las efélides resaltaban en su rostro. En sus grandes ojos verdes brillaba la inquietud y una pregunta: ¿quién era ella? ¿Melissa o Mabel? Le habían devuelto lo poco que le pertenecía, lo que llevaba puesto cuando había sido rescatada por los marineros del *Blue Sea*, el mercante que había acudido al rescate de los supervivientes del *Duca di Savoia*. Con incrustaciones de adarce, tenía un pañuelo con bordes de encaje en el que aparecía bordado el nombre de Melissa, no el de Mabel. No es que aquello pudiera significar algo. En absoluto. En la trágica agitación de un hundimiento, aquel diminuto trozo de seda podría haber acabado en sus manos de forma completamente accidental. Deryl afirmaba que le tenía bastante cariño a su doncella, a la que mencionaba a menudo en las cartas que le había escrito en los últimos años. Ella no descartaba, suponiendo que fuera Melissa, que Mabel pudiera haberle dado uno de sus pañuelos, tal vez distraídamente. Por eso se había sentido obligada a expresar tales dudas a lady Edwina, quien se había apresurado de inmediato a tranquilizarla. La miniatura se lo confirmó: ella era la hija de los barones de Montorsi.

Ya, la miniatura...

Aunque descoloridos, los rasgos eran parecidos a los suyos, se vio obligada a admitir, al igual que su cabello castaño y sus ojos verdes. Desde luego, el retrato era el de una joven de sonrisa dulce, aún con algo de infantil en la redondez de sus mejillas, por lo que el tiempo había hecho algunos cambios en sus rasgos a esa edad, pero las similitudes físicas eran fuertes.

Basta, se instó, apretando los párpados para desterrar aquellos obsesivos pensamientos. *Es inútil torturarse así*, añadió para sus adentros mientras se dejaba caer sobre la *chaise-longue*.

Si los demás afirmaban que ella era Mabel Montorsi, tenía que convencerse, de una vez por todas, de que lo era.

—¿Podría ser una farsante?

—Deryl, ¿quieres decir que está fingiendo una amnesia para sacar provecho de las circunstancias? —Drew le entregó a Lady Edwina la taza de té con nata, antes de servirse una generosa dosis de jerez.

—Exactamente. —El vizconde cruzó las piernas y se puso más cómodo en el sillón, frunciendo el ceño ante la imagen del medallón—. La semejanza de Mabel a los trece años con la mujer que recibimos en Brentwood es innegable.

—Y sin embargo, no estás del todo convencido.

—Se trata solo de una vaga sensación.

—La rescataron con los demás naufragos del *Duca di Savoia*, un puñado de personas en realidad, ¿cómo iba a ser una intrigante?

—La doncella, físicamente, se parecía mucho a ella, detalle que Mabel remarcaba de vez en cuando en las cartas que me enviaba, bien porque le había regalado un vestido de fantasía por su

cumpleaños, bien porque alguien las había vuelto a confundir por hermanas.

—¿Crees que una doncella sería capaz de afrontar un juego así?

— Puedes apostar, si la vida cotidiana con Mabel y los Montorsi le hubiera permitido aprender a la perfección sus hábitos comportamentales.

—Las buenas maneras se aprenden, pero también se adquieren observando a los demás, a aquellos con los que tenemos que convivir —convino Edwina, apurando lentamente la caliente infusión vespertina.

—¿Quién podría desmentirla? Todos perecieron en el naufragio, y casarse conmigo le presenta la oportunidad de asentarse más que bien.

—No le hace falta. Es una heredera, ¿acaso lo has olvidado?

—Si fuera la empleada y no la hija de los Montorsi, en realidad sería una usurpadora que ha decidido aprovecharse de la fortuna de haber escapado al desastre. Una oportunidad demasiado propicia como para dejarla escapar.

—He escrito al abogado del barón para informarle de que Mabel es la única superviviente de la familia tras el hundimiento de la nave.

—No os habéis demorado, ¿verdad? —se burló Drew.

—La situación es delicada y exige una evaluación inaplazable. Con la boda de Deryl en ciernes, no creo que debamos dormirnos en los laureles.

—Cierto. Habrá familiares allí, supongo, y necesitan saber qué ha pasado.

—Exacto. Aguardemos su respuesta y, si Bertoni acepta mi invitación, podría hacer un viaje a Inglaterra, como invitado nuestro. ¿Quién mejor para reconocerla?

—¡Una excelente idea! —aprobó Deryl.

—De hecho, él es el único que podría confirmar si se trata de Mabel, o eventualmente desenmascararla, si no se tratara de la hija de los difuntos Montorsi. Dispone de un patrimonio que hay que administrar, por no hablar del testamento, que el barón habrá depositado, sin lugar a dudas, ante notario. En resumen, el anómalo estado de cosas que se ha creado también debe definirse jurídicamente, y ciertamente no puede encargarse de ello una joven de dieciocho años. No subestimemos, por cierto, que ha sobrevivido a una pesadilla, tan víctima como los que estaban a bordo de este inmenso drama.

—Nada que objetar —aprobó Deryl—. En la línea masculina de los Montorsi podría haber alguien que merezca el título.

—Mi opinión, si se me permite romper una lanza en favor de Mabel, es que nadie podría pretender carecer de memoria con tanta espontaneidad.

—¿Estás convencido?

—Sería una actriz formidable —corroboró Drew, mirando a su hermano con expresión contrariada.

— No puedo contradecirte —asintió Edwina.

—Os lo agradezco, madre.

—Bah, he vivido lo suficiente como para saber reconocer unos ojos honestos cuando los veo. En cualquier caso, sea cual sea la verdad, ha visto la muerte cara a cara y merece confianza, al igual que nuestra comprensión.

—¿Quién habría visto la muerte cara a cara? —La pregunta la formuló una muchacha que permanecía en la entrada de la estancia.

—¡Harriet! ¡Por fin estás de nuevo en casa! —exclamó Lady Edwina.

—¡Bienvenida! —dijeron Andrew y Deryl, sonriéndole.

—¡Gracias! —Ella se inclinó graciosamente y les guiñó un ojo a ambos con aire travieso. Era

una muchacha hermosísima: su tez tenía la suave firmeza de la porcelana, y su cabello rubio actuaba como un halo sobre un rostro que tenía la suavidad de un ángel.

—Cuando no estás aquí, esta morada parece vacía.

Harriet se desembarazó de su gorrito y corrió a abrazar a la mujer.

—¡Cuánto te he echado de menos, madre!

—Y yo a ti, tesoro.

Edwina le hizo una seña para que tomara asiento en el sofá, a su lado, evidentemente llena de alegría y emoción.

—¿Te lo has pasado bien en casa de los Willoughby? —le preguntó Deryl.

—¡Oh sí! Celia tiene unos padres que adoran hacer vida social, y en Londres, las fiestas y recepciones están a la orden del día. Me habría quedado un poco más, de no haber recibido vuestra nota para que volviera inmediatamente a Brentwood Court. ¿Qué novedades hay?

—Me temo que no buenas.

—¿Qué queréis decir? ¿Ha llegado tu prometida, Deryl? ¿Cuándo me presentarás a ella y a sus padres? —La chica había hablado sin parar después de haberse servido una taza de té. El vestido estilo imperio de muselina rosa le sentaba divinamente.

Lady Edwina la puso al día sin abundar en un resumen de los acontecimientos que le habían ocurrido a la desafortunada prometida de su primogénito.

—Por desgracia, el destino ha querido que sólo sobreviviera Mabel —concluyó finalmente.

—¿Dónde está ahora?

—Acaba de retirarse a su alcoba y no puedo culparla si prefiere recluirse. Supongo que la pérdida de sus seres queridos representa un dolor que ninguna palabra de consuelo podría calmar.

—Lo lamento mucho por ella —murmuró Harriet.

—Podríais intentar haceros amigos —le sugirió Andrew, colocando el vaso vacío en la mesita que tenía delante—. Sois más o menos de la misma edad, y la compañía de alguien con un carácter vivaz como el tuyo podría ser beneficioso para ella.

—¿Por qué no? —Ella mordió una galleta espolvoreada de azúcar y se apartó un tirabuzón de la frente—. Eso sí, si la prometida de Deryl también está dispuesta a familiarizarse conmigo, claro.

—No veo qué problemas podría tener al respecto —añadió Edwina.

—¿Mabel sabe montar a caballo?

—Lo ignoro, pero puedes usar la calesa si decides dejarla explorar los alrededores —intervino Deryl—. También le hará falta un vestuario adecuado, así que organizaré un viaje a Londres lo antes posible. Mientras tanto, hagamos todo lo posible por aliviar su abatimiento, ayudándola a familiarizarse con un entorno que le es ajeno. Cualquier esfuerzo podría ayudarla a recuperar la memoria.

Harriet se limitó a asentir, pero Deryl notó que en su sonrisa había un tono de despectivo hastío que no le agradó en absoluto.

Dos

Desde luego, Deryl no quería eludir un compromiso establecido años atrás entre los Ashley y los Montorsi, pero tenía dudas. La fecha de la boda se acercaba y la perplejidad crecía día a día. No era tan insensible como para no sentir lástima por Mabel. Ella tenía todo el derecho a estar afligida, pero también era necesario cerrar aquel capítulo poco propicio y mirar hacia el futuro. En cambio, la relación de los futuros esposos, en lugar de consolidarse, estaba marcada por la precariedad. En casa ella le evitaba; si él la invitaba a dar un paseo por el parque, ella se mostraba reacia, como si fuera impropio entretenerse incluso de modo platónico con él. El día anterior, se habían cruzado por el corredor, e impulsivamente, cautivado por su feminidad, su aspecto y la frescura de su sonrisa, él había intentado darle un beso: ella le había rechazado bruscamente en cuanto sus bocas se habían rozado. ¿Qué matrimonio le esperaba si ella era tan reacia a las efusiones?

Mabel le gustaba... ¿y él le gustaba a Mabel?

A veces, cuando tomaba el té con los demás, Deryl la observaba durante largo rato, sin darse cuenta de ello. Tenía unas manos muy bonitas, con dedos delgados y ahusados que sujetaban la taza con gracia y delicadeza. La figura era esbelta, pero llena en todos los lugares indicados, porque la ropa de luto no disimulaba la forma ceñida del corsé. El cabello castaño, recogido con sencillez, realzaba sus bellas facciones. La voz tenía algo de sensual, ligeramente ronca e increíblemente agradable de escuchar. Él desaprobaba el hecho de que ella mantuviera casi siempre la mirada inclinada hacia abajo, como si quisiera evitar que los demás descubrieran sus estados de ánimo, más ocultos a través de la alternancia de emociones. Le encantaba la media luna de pestañas espesas y oscuras que sombreaban sus pómulos, y lamentaba que ocultara aquellos sensacionales ojos verdes más allá de sus párpados caídos. ¿Qué pensamientos rondaban su mente? ¿Qué pasaba por su cabeza con respecto al hombre con el que pronto se casaría? No era tan sumisa y callada como aparentaba y, aunque raramente, había vislumbrado el fuego de un ardor contenido por el comportamiento, en aquellas pupilas del color de las hojas en primavera.

Él se había preguntado, más a menudo de lo que realmente quería, si se había resignado a ser la esposa de alguien a quien Mabel ni siquiera había elegido. ¿Acaso obedecer la voluntad de sus padres implicaba un sacrificio al que se había sometido muy a su pesar?

El vizconde estaba desconcertado. Y decepcionado. Hizo todo lo posible por romper el hielo, hacerla sentir parte de la familia y acabar con aquella injustificable desconfianza, sin romper su reserva. Le preocupaba una mujer que parecía estar anclada en el papel de víctima, reaccionando a los intentos de acercamiento de su prometido como si éste le impusiera sufrir atenciones no deseada, y a estas alturas ya no sabía qué hacer.

A la muerte de su padre unos años antes, como sucesor al título, Deryl había heredado Brentwood Court, de donde se alejaba a regañadientes, prefiriéndola antes que a la mansión de Londres. Era una propiedad lo suficientemente grande y rica como para convertirlo en una figura prominente de la vida social del condado. La finca de Sheffield Park había sido destinada a su hermano, y Drew había iniciado las obras de restauración de la casa solariega, que se encontraba en mal estado debido a un derrumbe parcial del tejado; las obras de restauración estaban a punto de concluir. La residencia de Brentwood Court databa del siglo XVII y disponía de un número indeterminado de estancias, por lo que Drew podría vivir allí todo el tiempo que le apeteciera. Deryl se preguntaba ahora sobre su futuro con Mabel, mientras que antes había dado por sentado que todo saldría bien cuando llegara el momento de celebrar el matrimonio. ¿Era prudente aceptar a una mujer cuya educación, gustos y costumbres diferían de los suyos, y desmemoriada para colmo? Sin duda, sus padres habían preparado a su hija para el cambio, pero ella lo había olvidado todo, incluso su propia identidad. Las abuelas habían perseguido el sueño de ver a sus nietos casados, pero los planteamientos iniciales ya no eran los mismos.

Él había tenido aventuras amorosas, y también algunas relaciones más duraderas. Un hombre tiene necesidades naturales y las satisfacía durante sus estancias en Londres, donde se permitían y concedían ciertas diversiones, a un soltero. Nunca se había enamorado, aunque a alguna le hubiese reservado una pasión más intensa que a otras. De Mabel no sabía ni qué decir, ni qué esperarse. Tal vez a ella tampoco le entusiasmara tenerlo como marido. Para Deryl, no poder suavizar aquel comportamiento huraño era una fuente de frustración. Ella no le permitía comprender el tipo de personalidad que tenía, razón por la cual la relación no llegaba a desarrollarse por la poca inercia a colaborar de Mabel. Puede que ella los considerara extraños, y él no confiaba mucho en que ella cambiara esa actitud, lo que casi le hacía desesperarse de que pudiera ablandarse y se volviera más accesible a sus acercamientos. En definitiva, estaba muy indeciso sobre qué hacer y rehuía la perspectiva de hacerla infeliz.

—Ponla de patitas en la calle, Deryl. Rompe este compromiso que sólo parece afligirte.

—¡Harriet!

Él se giró de pronto, sorprendido por la aparición de la muchacha en aquel lugar. La gente deambulaba por el viejo molino, en desuso y medio en ruinas. Se decía que allí había vivido una bruja llamada Megan, y que desde que había sido quemada en la hoguera, su fantasma vagaba sin descanso.

—Este lugar produce escalofríos —ella se aferró a la capa. El cielo estaba cubierto de nubes que amenazaban lluvia.

—A mí, en cambio, me gusta venir aquí a reflexionar en soledad. —Deryl lanzó una mirada al caballo, que pastaba a pocos metros de allí—. No puedo poner fin al compromiso, si la propia Mabel no quiere.

—Ya te está haciendo sufrir ahora, imagínate después.

—¿Olvidas que aún tiene que superar un duelo que doblaría la moral de cualquiera?

—La vida continúa, y ella no es la única que ha perdido familia.

—No todo el mundo es capaz de reaccionar, Harriet.

—No es la mujer adecuada para ti, lo sabes de sobra.

—Esa es solo tu opinión.

—Vamos, ¿qué razón podría haber para querer una esposa sin personalidad como ella?

—No eres nada generosa con ella.

—No estáis hechos el uno para el otro, y ojo, no lo digo por animadversión hacia su persona.

—La razón es simple: un *gentleman* debe comportarse honorablemente y yo no me echaré

atrás. Pretendo dejar las cosas claras entre nosotros, pero no faltaré a mi palabra.

—Podría ser la doncella, no la señora, no lo puedes excluir, y sin una gota de nobleza en la sangre. —Harriet se apartó un mechón rubio de la mejilla.

—¿Y entonces?

—Mereces algo mejor, querido, y eso es algo en lo que todos estamos de acuerdo.

—¿Todos? Drew sería el primero en contradecirte —Deryl rio, consciente de que los ojos de la muchacha reflejaban algo más que afecto fraternal—. Sobre la sangre azul, deberías saber lo poco que me importan esas cosas.

—Tu madre, sin embargo, espera herederos dignos de nuestra alcurnia, y es tu deber asegurar la sucesión de los Ashley con un consorte a tu altura.

—Cómo puedes ser tú quien profiera tales palabras? Mabel no recuerda nada, y no deseo insistir en ello. Creo que el destino la ha sometido a duras pruebas que habrían doblegado a personas menos estoicas que ella.

Harriet se sonrojó y apartó rápidamente la mirada.

—Me temo que te arrepentirás de esa decisión.

—No te agrada en absoluto, ¿eh?

—Nos mantiene a distancia, en lugar de entablar un diálogo con nosotros. ¡Diantre, no es una princesa!

—No se trata de orgullo, sino de incomodidad, y podría deberse a la dificultad de establecerse en tierra extranjera, ¿no lo has pensado?

—Preferir un libro antes que una reunión de salón, a eso yo le llamo esnobismo, y es censurable que todavía le disguste lo que se sirve en la mesa. Nuestra madre quería saber lo que prefiere, para animarla a comer porciones más abundantes.

—Bueno, ya se acostumbrará —cortó en seco Deryl.

—¿Pero hablarás con ella? Y si no desea ser tu esposa, ¿respetarás sus deseos?

—Sí, y la acompañaré a Italia a casa de sus parientes, si es que los tiene.

Él se golpeó con la fusta sobre la bota y reflexionó que nada de lo que se había organizado para la boda era ya factible. Tenían que viajar a Londres para reponer el vestuario de Mabel si seguía queriendo casarse con él. Las fiestas y otras diversiones mundanas estaban prohibidas, pues ella estaba de luto. En cuanto a Harriet, eran los celos los que le hacían decir semejantes tonterías. Estaba encaprichada de él y no le importaba ocultar sus sentimientos. No quería mortificarla, pero tenía que entender que era su hermano, nada más.

Harriet era una niña expósita que Lady Edwina había querido adoptar. La había visto uno de los guardabosques mientras deambulaba, ardiendo de fiebre, sucia en extremo y entre lágrimas, por el bosque que delimitaba con el norte de Brentwood Court. Estaba cubierta de harapos y descalza, con los pies ensangrentados por caminar sin calzado sobre tierra y piedras. Compadecido por el estado de la niña, el hombre se había apresurado a llevarla hasta su ama. La conjetura más fiable, tras la investigación del magistrado, era que Harriet había sido abandonada, tal vez por gitanos de paso, o que podría haber escapado por su propia cuenta, secuestrada por los mismos nómadas de sus padres. Por increíble que pareciera, osos, lobos y otros animales salvajes no la habían atacado, a pesar de que la niña llevaba, quién sabe cuánto tiempo en el bosque. Lord Cornelius, su padre, incluso había hecho publicar anuncios durante semanas para localizar a la familia, pero nadie había aparecido para reclamar el parentesco. La niña le había dicho a Lady Edwina que se llamaba Harriet, y ella no había tenido corazón para confiarla a un hospicio. Siempre había querido tener una niña, además de varones, y Cornelius, que amaba incondicionalmente a su esposa, no se había opuesto a esa petición.

Harriet, para él y Drew, era ya su hermanita.

—No la desposes, Deryl, te lo ruego —le insistió ella—. Representas el príncipe azul de cualquier doncella casadera, y puedes tener una novia que te aprecie como te mereces, en lugar de una mosquita muerta que parece dignarse a hacerte alguna aséptica broma, acompañada de miradas heladoras que harían que a cualquiera se le cayera el alma a los pies...

De repente, un sonido sordo a sus espaldas le impidió concluir la frase. Ella y el vizconde se giraron bruscamente y se sobresaltaron al ver a Mabel inmóvil a poca distancia.

¿Desde cuándo estaba allí? ¿Qué había oído? Deryl saltó del tocón en el que estaba sentado y la miró contrito. Estaba a punto de disculparse, pero ella, con un rápido giro, echó a correr sin siquiera despedirse de ninguno de los dos.

Harriet se cubrió la boca con las manos, consternada.

—Regresa a casa antes de que pueda hacerte algo de lo que pueda arrepentirme —bufó Deryl, reprimiendo su ira.

—Perdóname, no era mi intención...

—En serio, ¿no querías provocar este desastre? —la hizo callar bruscamente—. ¿O sí? —y sin aguardar su respuesta, él se precipitó tras la estela de Mabel.

—MABEL, ¡deteneos! —la exhortó con voz alterada.

Ella apresuró el paso, decidida evidentemente a perderlo.

Deryl lanzó unos cuantos improperios y no tardó en alcanzarla.

—Mabel, mi hermana sólo está celosa y no debéis tomároslo así. No piensa realmente las cosas que dice de vos, y, en cualquier caso, os pido disculpas en su nombre.

—Sí que las piensa, y tal vez también vos. Sé que por sentido del deber estáis dispuesto a desposaros conmigo, pero en este momento, soy yo quien os libera de vuestros votos matrimoniales.

—Estáis alterada y fingiré no haber oído lo que...

—Si a vos os falta valor, a mí no: a partir de ahora sois un hombre libre.

—Mabel, no debéis ser impulsiva.

—Vizconde, por encima de cualquier cosa, ¡no pretendo ser las cadenas de nadie! —exclamó ella, retándole abiertamente a contradecirla—. Y no es necesario que me llevéis de vuelta a Italia. Me las arreglaré yo sola.

—¿De veras? —Deryl no pudo reprimir una sonrisa irónica—. ¿Significa eso que estáis dispuesta a embarcar hacia Calais después de lo que os ha pasado?

—¡Lo haré, no lo dudéis!

—Calmaos, os lo ruego.

Mabel lo fulminó con la mirada. Parecía burlarse de ella con la expresión divertida que le formaban los dos pliegues en las comisuras de los labios, apuesto e irresistiblemente atractivo, y el colmo era ser completamente consciente de ello. Alto y viril, con el cabello castaño, más bien largo, revelaba en su porte la clase y distinción de un *gentleman*. El azul de sus ojos destacaba en su rostro bronceado, pues Deryl pasaba mucho tiempo al aire libre y el sol había oscurecido su piel. El hoyuelo de su barbilla aumentaba el atractivo de un hombre que no pasaba desapercibido, ganándose la indudable admiración de las mujeres. ¡Y qué aura de sensualidad desprendía!: magnética, cautivadora, desarmante, una mezcla erótica a la que ninguna mujer podía resistirse. Dicho esto, ¿por qué conformarse con una esposa como ella?

—Sois mujer de mucho temperamento, Mabel.

—¿Acaso habíais pensado que yo carecía de carácter, es decir, que era un ser insignificante e insulto?

—Perdonad mi franqueza, a veces lo hago. A menudo estáis ausente, silenciosa, distante, en un mundo propio, y del que excluís a todos los demás

—Eso no significa que no tenga sentimientos.

—No os equivocáis, y yo estaría tan resentido como vos si hubieseis oído a alguien hablar en mi contra. Pero debéis convencerlos de que no me caso con vos por compasión. Realmente, yo deseo que seáis mi esposa.

—¿Para cumplir un compromiso contraído por nuestras abuelas? ¿Queréis cuidar de una desvalida porque hacerlo es, ante todo, una cuestión de honor?

—¡Maldita sea, lo habéis oído todo!

—Mientras paseaba, me he topado con el molino y he entrado a curiosear. Entonces oí vuestras voces y...

—Insisto, no considero nuestro matrimonio una obligación ante la que me vea obligado a plegarme, Mabel, y me gustaría que os convencierais de ello.

—Os he estado observando, ¿sabéis? Y estoy segura de que lo haríais para no contravenir los deseos de mi abuela y los de la vuestra.

—Os aseguro que no es así.

—Gracias por decirlo. Un gesto de generosidad que no subestimo, el vuestro, pero no me amáis y no pretendo obligaros a construir toda una existencia sobre ello, en virtud de un contrato establecido por otros. Yo no podría aseguraros que sea hija del barón de Montorsi, después de lo que ha sucedido. Ignoro todos los antecedentes de mi vida y sería verosímil que las insinuaciones de Harriet tuvieran un fundamento que no hay que subestimar, a saber, que la persona que está ante vos es la sirvienta, y no la heredera, de aquellos dos pobres progenitores.

—Mabel, no debéis prestar atención a sus desvaríos...

—De ser así, no sería vuestra igual en descendencia, alcurnia y clase. Si un día, ya casados, resurgieran los recuerdos y se descubriera que yo soy Melissa, la presencia de una doncella a vuestro lado sería un perjuicio irreparable para vuestro prestigio.

—Fantasear con hipótesis no nos lleva a ninguna parte, me temo. Además por el hecho de que yo no cambiaré de opinión.

—Podría causaros un extremo bochorno por los humildes orígenes de mi familia, Deryl — insistió Mabel sin poner mucho énfasis— y aunque os lo agradezco, acabaríais detestándome.

—Repito que discutir sobre algo que debe quedar relegado a conjeturas, no es más que una gran pérdida de tiempo. Para mí eres la prometida que espero desde hace años, y nada más importa.

—Vuestra hermana no es del mismo parecer.

Él dejó escapar un suspiro.

—Os pido que no os preocupéis.

—Lo haré, pero ella no deberá volver a permitirse el lujo de insultarme, independientemente de quién sea yo. No tiene derecho a denigrar a alguien sólo porque pertenezca a una clase social inferior a la suya. Diantre, ¿para Harriet una doncella carece de dignidad?

—Tenéis razón. Ahora, ¿cambiamos de tema?

Ella asintió con firmeza.

—Hemos conversado poco desde que estáis en Brentwood, pero no por culpa mía. Os habéis encerrado en vos misma, negándome la oportunidad de disfrutar de la compañía de mi

prometida, como de hecho yo habría deseado.

—Innegable, pero no quería cargaros con mi pesadumbre.

—Os elogio por ello.

—Os lo agradezco.

Ella no podía desviar su atención del azul magnético de aquella mirada. Admitió que estaba cautivada por su belleza viril y sombría. El cuerpo atlético era fruto del ejercicio, y la nariz pronunciada, poco acorde con los cánones de la masculinidad clásica, daba personalidad a un rostro capaz de intensas expresiones.

—Confieso que si vos me habéis observado, yo os he imitado.

Ella arqueó una ceja y le miró con curiosidad.

—Os he estudiado siempre que habéis tenido ganas de materializaros entre nosotros, y sin darme, cuenta vuestra presencia se ha convertido en habitual para mí. Me gustáis, Mabel, y creo que nuestro matrimonio tiene muchas posibilidades de funcionar.

Ella lo miró pensativa.

—¿Y si no fuese así?

Deryl se acercó a ella hasta casi rozarla, y sus ojos no se apartaron de ella ni un instante mientras le contestaba.

—Abordaremos el problema *siempre y cuando* surja.

—¿Queréis correr el riesgo, en definitiva?

—Vos sois mi prometida y no hay nada que añadir. Iremos a Londres, si me decís que sí, ya que necesitáis un vestido para la ceremonia. Estáis de luto, de acuerdo, pero nada impide que estéis elegante para vuestro prometido.

—Deryl, no he hecho más que torturarme desde que he llegado.

—¿Torturaros? ¿Con respecto a qué?

—Siempre la misma pregunta: quién soy yo, ¿Mabel o Melissa?

—Debéis dejar de atormentaros.

—Sí, también por el hecho de que no hay respuesta, por desgracia. Mi mente es un abismo negro e insondable que intento, en vano, explorar.

—Entonces basta de sufrir, querida.

Deryl notó que tenía los ojos cubiertos de lágrimas y que le temblaban los labios. Ella no le apartó cuando él la atrajo hacia sí y la estrechó contra su cuerpo. Y tampoco retrocedió cuando él buscó su boca.

Fue un beso dulce, incluso sensual, que duró más de lo que él hubiera querido, pero fue incapaz de separarse de la suave entrega de aquellos labios.

—Casaos conmigo —insistió cuando volvió a levantar la cabeza.

—¿Y si os hiciera infeliz?

—Podría ser yo quien os hiciera infeliz, Mabel.

—Ya, ¿quién puede decirlo?

—Adelante, decid sí, os lo ruego.

Ella dejó escapar un profundo suspiro y quiso devolverle la sonrisa.

—Si así queréis, entonces sí, Deryl, seré vuestra esposa si así tiene que ser.

TRES

La morada londinense de los Ashley en *Chelsea* era señorial, acorde con el blasón del propietario. Incluso externamente, era un edificio elegante. La fachada, de refinado estuco blanco, tenía un vestíbulo flanqueado por columnas, entre las que se alzaba una brillante puerta negra, coronada por un balcón de hierro forjado con ventanas arqueadas. Las estancias, amplias y luminosas, estaban amuebladas con refinamiento. Las chimeneas, encendidas por los criados que habían precedido la llegada del vizconde y su séquito, desprendían un agradable calor, haciendo acogedoras las estancias. La primera noche, cansados por el recorrido en carruaje, prefirieron cenar en casa y acostarse temprano. Faltaba Lady Edwina. La mujer se encontraba indispuesta y no le había apetecido acompañarlos a la ciudad, por lo que solo habían partido Mabel, Deryl, Drew, y Harriet.

Con respecto a esta última, sólo le había hablado por cortesía, lo estrictamente indispensable. El desprecio de la chica era insultante e inmotivado. No le había hecho nada, y no, no había excusa para la grosería a la que la había sometido ante Deryl para denigrarla ante sus ojos. Nadie podía saber quién, entre Mabel y Melissa, había sobrevivido al hundimiento del *Duca di Savoia*.

Sin embargo, no correspondía a Harriet infundir tales dudas en el vizconde.

¡Dios, si al menos pudiera recuperar la memoria! Era frustrante, aquella oscuridad que nublaba su mente, que no le permitía vislumbrar el pasado. No es que no intentara hurgar en sus pensamientos... la tarde en que había sorprendido a Harriet y Deryl en el molino, se había permitido aquel paseo solitario con el fin de poder concentrarse, de escarbar en su interior, todo en vano. Incluso aquella noche, en la cama, Mabel cerró los ojos y trató de sacar a la superficie algo que pudiera perforar la oscuridad bajo la que estaban enterrados sus recuerdos, sacando a la luz una pizca de su vida anterior. Fue un esfuerzo que la agotó, como siempre ocurría durante aquellos estériles intentos. No sólo eso: cuando por cansancio bajaba sus defensas, se apoderaban de ella emociones que dominaba con dificultad.

Las que concernían a Deryl, en particular.

Iban a desposarse...

Mabel se había sentido atraída por él de inmediato, a pesar de sentirse intimidada por sus modales ligeramente altivos, tan arraigados en él que probablemente ni siquiera se daba cuenta. En el fondo de su mirada había discernido la agitación de emociones que la habían perturbado. Aunque la intimidación era una roca difícil de derribar, se había obligado a no ponerse a la defensiva, a estar más abierta a la confianza. Fue la pasión que él despertó en su cuerpo lo que desencadenó un desconcierto que Mabel fue incapaz de racionalizar o gestionar. Las sensaciones provocadas por los besos que habían intercambiado en el molino parecían haberse grabado en sus sentidos. No había habido más efusiones entre ellos, pero ella se había encontrado varias veces

mirándole fijamente a la boca.

AL DÍA SIGUIENTE, se dirigieron primero a *Piccadilly* para comprar lo que le hacía falta a Mabel, y Harriet también pidió ropa nueva. Las casas de aquella zona eran un llamativo símbolo de riqueza y prestigio. Grandes villas con cuidadísimos jardines se alternaban con espléndidos parques donde la gente se agolpaba en las entradas para disfrutar del calor del sol otoñal. En las lujosas tiendas en las que entraban, los dependientes se inclinaban con deferencia al aparecer Deryl, antes de que les mostraran la mejor mercancía. El vizconde condujo a Mabel a una renombrada sastrería donde la clientela estaba formada por damas de la nobleza y las cortesanas más codiciadas del momento, y la obligó a encargar un vestido de novia que no fuera de un tono lúgubre. Luego trajes de día, de paseo y de noche, acompañados de los accesorios necesarios para que el aspecto de la prometida fuera adecuado a la alcurnia a la que pertenecía. No se aventuró a protestar: había aprendido que cuando Deryl fruncía el ceño era inútil discutir. Sin embargo, elegir las telas de la ropa, los zapatos, los sombreros y todo lo demás, la excitaba más de lo que había imaginado. Después de cenar, Drew prefirió ir a *White's* para saludar a sus amigos y probablemente jugar a las cartas, mientras Deryl acompañaba a las señoritas al teatro para asistir a una ópera, y a ella se le hizo un nudo en la garganta cuando la soprano cantó una romanza en italiano. Él se percató de ello y le estrechó la mano con ternura. Mabel se había dado cuenta de que las mujeres le lanzaban lánguidas miradas, algunas de ellas incluso descaradas. Destacaba entre los dandis que asistían a la representación. La destreza física combinada con una elegancia innata, realzada por el estilo de lo que vestía, lo hacían impecable, desde la camisa de cuello almidonado cuyas puntas rozaban su mandíbula cuadrada, hasta la chaqueta de corte perfecto que perfilaba sus hombros. Por último, el elaborado nudo de su corbata le confería el aplomo que distingue a un aristócrata de un *parvenu*.

Harriet, en cambio, estaba más interesada en las personas que ocupaban los palcos, en particular en los vestidos de noche y las joyas que lucían las representantes de la alta sociedad.

Durante el descanso, Deryl dijo que quería saludar a unos amigos y, excusándose, se alejó del palco que ocupaban.

—La vida en el campo es espantosa, sobre todo en esta época del año —comentó al final Harriet, tras unos minutos de pesado silencio para disipar la incomodidad que había surgido entre ella y Mabel en cuanto se quedaron a solas—. Si de mí dependiera, viviría en Londres todo el año en lugar de pasar el invierno en Brentwood Court.

—Lamento que dependa de mi matrimonio —contestó Mabel sosegadamente. Llevaba puesto uno de los modelos elegidos por la tarde, y ni siquiera había sido necesario ajustarle el dobladillo. Parecía hecho a su medida. Era de satén gris perla brillante, de talle alto y mangas cortas abullonadas. Los guantes largos dejaban al descubierto una pequeña zona de piel desnuda en los brazos, pero la moda dictaba lucirlo en lugar de ocultarlo. El escote era tan atrevido que revelaba la redondez de sus pechos, pero Deryl había prohibido a la modista que añadiera el adorno de encaje que ella, en un susurro, había llegado a pedir.

—¿Acaso os da vergüenza lucir un escote así? —el comentario de él había encontrado la aprobación de la costurera, cuyo entusiasmo al asentir a tales palabras había sido compartido por sus ayudantes.

—Diantre, lord Ashley tiene razón: hace justicia a vuestra belleza, y yo me opondría por completo a intervenir para hacerla estar más recatada —la mujer había sonreído a Deryl antes de

añadir—: ¡Todos los hombres presentes os envidiarán, ya lo creo!

Ella había sido incapaz de replicar nada a tan halagadoras afirmaciones.

—Mabel...

La llamada de Harriet la devolvió al presente.

—¿Sí?

—Siento que hayas oído las críticas que dirigí contra ti —se apresuró a confesarle la muchacha con un rubor que delataba contrariedad—. No la tengo tomada contigo, que quede claro, sólo me preocupo por su felicidad más de lo que otros puedan entender.

—Sois hermanos, es comprensible que sea así. —Mabel colocó el anteojó en el borde del parapeto y la miró sin sonreír—. Sin embargo, yo no te he faltado al respeto, Harriet, y habría esperado lo mismo de un miembro de la familia de Deryl.

—Ya —se limitó a confirmarlo, mirándola con contrariedad—. ¿Intentamos ser amigas? Nos convertiremos en cuñadas, y lo último que me gustaría es amargar a Lady Edwina alimentando la rivalidad entre nosotras.

—No tengo nada en tu contra, si me ahorro más golpes bajos que no te honran. No soy tu enemiga, Harriet. ¿Por qué iba a serlo? Sólo deseo vivir en paz y llevarme bien con todos vosotros, sea lo que sea lo que nos depare el futuro a mí y al hombre con el que pronto me casaré.

La otra asintió y sonrió, sin poder añadir nada más, ya que mientras tanto Deryl había vuelto a ver la segunda parte del espectáculo.

CUATRO

—¡P or fin!, ya no tenéis ese aspecto de perdida y sola que mostrabais en vuestros primeros días de estancia en Brentwood Court. —Andrew le sonrió a Mabel y su mirada se detuvo en su cabello, recogido en un peinado que le confería una dulzura femenina muy propia. El óvalo de su rostro aparecía más definido, más grácil, y su cuello destacaba por la sutileza de su línea—. Así estáis muy bien peinada.

—Gracias. La doncella insistió en peinarme y yo la he dejado —se escudó.

—Mi hermano os mira como nunca ha mirado a ninguna mujer antes, cuando estamos reunidos en una estancia, y lo que despertáis en él es inequívoco.

Mabel sintió que la sangre fluía hasta las mejillas e inclinó la mirada. Ella y Drew caminaban por un sendero que serpenteaba entre prados y campos, ahora yermos, y sembrados para la próxima cosecha. Brentwood Court era una finca tan extensa que sólo podía ver una exigua parte de ella. Aquel día flotaba un velo de niebla, pero era igualmente agradable pasear por el campo, bien resguardada por la capa. Caminar al aire libre le resultaba tan relajante que se permitía pequeñas excursiones diarias. Casi siempre salía sola, segura de no correr ningún peligro en las tierras de los Ashley. Aquella tarde no tenía ni idea de que se cruzaría con el hermano de Deryl, que regresaba de inspeccionar la finca. Había desmontado de su caballo y cabalgaba junto a ella mientras el semental los seguía mansamente, pastando algún puñado de hierba aún verde.

—Antes, éramos prácticamente unos desconocidos.

—Sí, las premisas no eran nada halagüeñas, pero ahora todo se está arreglando para mejor, ¿no os parece? —Drew le lanzó una sonrisa—. Vuestros padres habrían estado encantados por vuestra recobrada serenidad, querida.

—Creo que hubieran querido verme feliz, como cualquier madre y cualquier padre.

—¿Aún no habéis conseguido recuperar ninguno de vuestros recuerdos?

Ella negó con la cabeza.

—Me encantaría, pero en mi cabeza hay una pizarra por la que han pasado un borrador. Sólo reaparecen visiones mías en el mar, aterrorizada y casi al límite de mis fuerzas.

—Tarde o temprano, todo resurgirá y el recuerdo volverá, estoy seguro.

—Andrew, no tenéis por qué acompañarme, si resulta que tenéis otra cosa que hacer — Mabel lo miró—. Me gusta mucho explorar la finca, incluso sin compañía.

Él se rio.

—¿Es el vuestro un método elegante de despedirme, ansiosa por deshacerse de un pelmazo?

—De ningún modo. Seguramente habrías continuado sin deteneros si no nos hubiéramos cruzado. Pero me habéis visto y os habéis sentido obligados a ser mi ángel de la guarda.

—Suponiendo que sea así, sería un privilegio.

Ella le sonrió afectuosamente.

—No deberíais vagar sola por los campos, Mabel, y os ruego que creáis que lo digo en serio.

—¿Por qué? Esto es propiedad privada y dudo que corra ningún riesgo.

—Se ha visto a un individuo, sin identificar, deambulando por la zona, por lo que estaba realizando una ronda de reconocimiento.

—¿Un furtivo?

—Eso no puede darse por descontado. Se movía con sigilo y cuando uno de los granjeros intentó acercarse a él para preguntarle quién era, desapareció rápidamente, haciendo sospechar aún más al bueno de Peter Thacker, que naturalmente, se encargó de advertirnos a Deryl y a mí.

—Podría ser un vagabundo.

Mabel lanzó instintivamente una mirada en derredor, pero la niebla se había adensado y la visibilidad disminuía aún más: más allá de una decena de metros, lo único que se divisaba era una impenetrable cortina de niebla.

—Puede ser, pero los guardas están avisados, y si el intruso, quienquiera que sea, se atreve a adentrarse de nuevo en los confines de Brentwood, tanto peor para él. Deryl y yo siempre estamos dispuestos a contratar a trabajadores honrados que estén dispuestos a esforzarse, siempre y cuando se presenten a trabajar. Pero los sinvergüenzas abundan, y de todo lo que buscan, excepto doblar la espalda sobre el césped y sudar azada, me temo.

—Habéis hecho bien en advertirme, tendré cuidado, Andrew, aunque dudo mucho que se atreva a atacar a una mujer, vagabundo o lo que sea.

—Sois demasiado confiada, Mabel.

—No menosprecio vuestras recomendaciones. Así que evitaré salir de las inmediaciones de la casa.

—Os aconsejo precaución. Hay más vagabundos en circulación de lo que creéis, y debéis comportaros con extremo sentido común.

—No temáis privarme de mis paseos, no, pero me quedaré en las inmediaciones, absteniéndome de ir tan lejos como antes —declaró ella.

—¿Me lo prometéis?

—No soy tan necia como para ir en busca de problemas.

—Bien dicho, y ahora volvamos a entrar o la niebla nos impedirá ver a un palmo de nuestras narices.

EL HOMBRE MIRÓ FIJAMENTE a la pareja que se alejaba desde detrás del nudoso tronco de un árbol que le había servido de pantalla. La niebla le favorecía aún más, facilitándole las cosas como el mejor de los cómplices: densa y lechosa, se enredaba en la vegetación, ocultándole de los dos: casi le habían adelantado sin imaginar que estaba escondido a pocos metros de ellos. Esbozó una sonrisa, frotándose enérgicamente las manos heladas. Los guantes estaban ya inservibles, desgastados y agujereados en los dedos por el uso prolongado, pero los conservaba antes que no tener nada. El frío y la humedad eran insoportables.

¡Cómo añoraba el sol de su tierra natal!

Sin embargo, antes de poder regresar allí, tenía que ocuparse del asunto, extremando las precauciones. Alguien debía de haberle descubierto husmeando en aquel lugar habitado por ricos señores a los que no les gustaban los intrusos en sus fincas. Los guardias controlaban escrupulosamente la finca, precedidos por sus perros amaestrados. Se había visto obligado a

precipitarse en el pequeño arroyo que serpenteaba más allá de los árboles, para borrar las huellas de su paso. Había tenido la impresión de que el agua helada le cortaba los pies como una cuchilla, tanto que la sangre se le había vuelto insensible, pero al menos había engañado a aquellas bestias. Los Ashley andaban sobrados de dinero, y solamente la cría de los purasangres debía de ser muy rentable. Robar uno era tentador, pero se cuidaba mucho de no dar ningún paso en falso. Si le pillaban, tendría problemas y no quería acabar colgado del cuello en un patíbulo. Le habían descubierto y debía tener cuidado de que no le volvieran a pillar los que intentaban hacerle salir. Tenía que hablar con la chica antes de largarse y desaparecer. Hasta ahora se las había arreglado a base de pequeños hurtos, insignificancias propias de un ladrón de pollos, sólo para sobrevivir sin morirse de hambre, pero el dinero se le estaba acabando y aquel suelo, que pisaba bajo las agujereadas suelas de unas botas que le había birlado a un tipo que había conocido en un granero, estaba deseando perderlo de vista. Quería marcharse de Inglaterra cuanto antes. No soportaba el clima y los ingleses tampoco le caían muy bien. Necesitaba el dinero para el viaje, ¡maldita miseria!, y poder labrarse una vida decente en otro lugar. Esperaba abrir una posada y sentar las bases de un futuro en el que él ya no estaría a disposición de nadie. Se acabó el *sí señor* y las reverencias. La prometida y casi mujer del vizconde era su gallina de los huevos de oro, y por todos los demonios que la explotaría, y sin ninguna vacilación.

La fortuna se mostraba benévola con ella, y una pequeña parte del halagüeño futuro que aguardaba a aquella muchacha nacida en una cuna de oro, también le correspondía a él. Y la oportunidad de cogerlas al vuelo se presentaba raramente, a veces incluso nunca.

No era tan tonto como para renunciar a la riqueza material que podría haber obtenido de ella. Por nada del mundo se habría apartado de semejante oportunidad. Le entregaría el dinero sin rechistar, pensó, divertido ante la idea de lo poco que le costaría hacerse con parte de él, arrebatándoselo sin escrúpulos a quién nadaba en la abundancia. Sí, tenían que verse pronto, y él sabía cómo hacer para que ella acudiera a la cita, ¡ni más ni menos!

Tras haber mirado a su alrededor para cerciorarse de que podía salir, sin ser molestado, de su providencial refugio, se envolvió en su capa y se caló el sombrero sobre la frente, eclipsándose entre los setos y las plantas que se extendían fantasmagóricamente ante su andrajoso calzado.

—¿CÓMO ha ido hoy en Tattersall? —preguntó Lady Edwina durante la cena.

—Me hubiera gustado acompañarte —añadió el hermano.

—Bueno, tenías otras cosas que hacer, Drew, y saber que andabas de inspección por la finca me tranquilizó. Dicho esto, ¿habéis encontrado alguna huella de eventuales intrusos?

—No, pero si era un vagabundo, y no podemos descartarlo, podría haber cambiado de intención.

—Bien por él —se hizo eco su madre.

—Sí, si no ese idiota se habrá dado cuenta de que hemos redoblado la vigilancia.

—He llegado hasta los lindes de la propiedad, sin notar nada que me alarmara. Todo era normal.

—Deryl, qué me dices de Tattersall.

Él se cortó unos trozos de las lonchas de rosbif que tenía en el plato.

—Sir Cawerly está interesado en unos potros que le gustan mucho. Tendremos que ponernos de acuerdo en el precio, pero él no es dado a regatear.

—Confío en que concluiréis la negociación lo mejor posible, sin tener que alargarla.

—Y yo también lo confío, Drew —el vizconde asintió con la cabeza a las palabras de su hermano.

—Lástima que no podamos invitarle a vuestra boda. —Edwina bebió de su vino—. Será una ceremonia reservada a la familia, Mabel está de luto y no se pueden hacer excepciones.

—No es que yo desee una fiesta por todo lo alto, con música y baile hasta las tantas, pero celebrarlo con moderación no está en absoluto prohibido. —Harriet desaprobaba que la boda se celebrara de forma tan discreta—. Al fin y al cabo, no es un funeral.

—Cierto, y no estoy en contra de ofrecer un refrigerio a los vecinos y amigos íntimos el sábado siguiente —Edwina le sonrió.

Andrew desvió la mirada hacia Mabel.

—¿Os importa que sea una boda discreta?

Ella se encogió de hombros.

—Entiendo que las costumbres no se pueden cambiar y me adapto a las circunstancias —respondió. Llevaba un vestido de seda y encaje en un refinado tono gris paloma y se sonrojó al cruzarse con la mirada de admiración de su prometido.

—En Navidad, tal vez podríamos organizar una recepción más acorde con los contrayentes, en la que participara también gente con la que solemos reunirnos en Londres.

—Madre, ¿iremos a la mansión de la condesa Anthea? No hay nada impropio en asistir a una velada musical y ver gente. ¿Tenemos que marchitarnos en casa?

Edwina le dirigió un consentimiento indulgente.

—¿Te importa mucho?

—¿Es necesario que os lo confirme?

La mujer rio.

—De hecho le he asegurado nuestra presencia.

—¡Viva! —Harriet aplaudió, visiblemente eufórica ante la noticia.

—También incluiremos a los conocidos que nos inviten a tomar el té o a cenar en honor de nuestra Mabel. No se puede hacer distinciones entre unos y otros.

La muchacha desplazó ruidosamente su silla, haciendo que Deryl arqueara una ceja, y se apresuró a dar un beso a su madre, demostrando así su entusiasmo.

MÁS TARDE, cuando lady Edwina ya se había retirado a sus aposentos y Drew les había deseado buenas noches, Harriet le propinó a Deryl un clamoroso jaque mate, tras un reñido duelo que se prolongó hasta la última jugada. Lanzando al vizconde una irreverente mueca por haberle ganado con una hábil estrategia, se despidió y se fue a la cama. La irritante actitud hacia Mabel parecía superada y había voluntad de convertir su relación en amistad. Le había propuesto a Mabel ayudarla a perfeccionar la pronunciación de su inglés, y ella había aceptado. La otra lo hablaba de la manera refinada de las clases altas y a ella le hubiera gustado expresarse con la misma fluidez. Las clases diarias ayudaban a suavizar el antagonismo que Harriet sentía hacia ella. Mabel era una buena alumna, y había descubierto que tenía una mente que aprendía las nociones con rapidez, pensó, mientras dejaba el libro *Ivanhoe*. Lo había escrito sir Walter Scott, y Deryl se lo había traído de Londres para que ella pudiera practicar con su lectura en el idioma original, asimilando el significado de las palabras. La historia, ambientada en la Inglaterra de 1194, era apasionante.

—¿Cansada? —le sonrió él.

—Sí, y yo también me voy a dormir —le contestó ella.

—Os acompañaré arriba.

Subieron las escaleras, prácticamente rozándose, e intercambiándose trivialidades en voz baja, conscientes de la cercanía. Él se había sorprendido deseándola mucho más de lo que había previsto a su llegada. La boda no era el resultado de un enamoramiento que había crecido día a día, sino de un contrato formal que había llegado a buen puerto, por lo que no necesariamente se había establecido ningún tipo de sentimiento entre los prometidos. Bastaba con un mínimo de simpatía, una discreta conexión íntima e intelectual, no hacía falta nada más para que un vínculo matrimonial fuera duradero. Inesperadamente, se había desencadenado entre ellos algo más cautivador que el hecho de gustarse superficialmente. Ella le atraía, le intrigaba, le seducía, y no sólo físicamente. El aroma que emanaba de su piel embriagaba sus sentidos, y en diferentes momentos del día se sucedían en su cabeza imágenes de Mabel, la gracia con la que se movía, cómo le miraba fijamente con aquellos ojos verdes de gata, cómo le sonreía con su boca carnosa y sonrosada...

Deryl la agarró y la besó con vehemencia cuando se detuvieron en un lugar que las velas dejaban en penumbra. La besó como nunca lo había hecho, sensualmente, lamiéndole la boca con la lengua, como nunca se había atrevido. Normalmente se controlaba para no asustarla con un ímpetu pasional al que no estaba acostumbrada. Era inexperta, además de tan joven que ignoraba qué necesidades irreprimibles podían brotar de los impulsos carnales de un hombre más maduro, cada día más subyugado por la malicia que ejercía la mujer destinada a ser su esposa. Le acarició los pechos a través de la tela del corpiño, y ella no retrocedió en absoluto, dejándole y respondiendo a sus besos.

¡Mabel le había hechizado!

—Si pudiera, entraría en tu habitación y te haría el amor —le murmuró en la boca, estrechándola entre sus brazos con la fuerza de toda la tensión sexual que le hacía palpar la ingle. La deseaba con una intensidad que rozaba el dolor. Sólo necesitaba tocarla para perder el control—. ¿Realmente tenemos que esperar hasta la noche de bodas?

—Deryl, alguien podría vernos y no estaría bien que nosotros... —Mabel calló y se pasó la lengua por el labio inferior, cuando él se separó brevemente de su boca.

—Tienes razón, y supongo que debo aguantarme el deseo por ti hasta que, como marido, tenga derecho a exigirte todo el placer que me ofrezcas.

—No queda mucho. —Ella estaba ruborizada.

—Siempre demasiado, en lo que respecta a mi impaciencia. —Él suspiró, apartándose a regañadientes de aquel cuerpo que la emoción y su propio deseo hacían temblar entre sus brazos—. El sentido común nos impone detenernos y acostarnos, cada uno en su cama.

—Deryl, ahora es cuestión de poco tiempo.

—Ya.

Con gesto renuente, le abrió la puerta y la empujó suavemente hacia el interior de la cámara, y mientras ella lo miraba con ojos lánguidos, Deryl cerró la puerta con decisión y se dio la vuelta antes de rendirse al deseo por Mabel, volviendo sobre sus pasos.

CINCO

El domingo siguiente, el pastor Simpson y su hermano Paul, que habían sido convidados a cenar por Edwina, fueron recibidos con afable hospitalidad en Brentwood Court al anochecer. Cumplidas las formalidades, Mabel se excusó y subió a su alcoba a buscar su chal. Sorprendida, vio una nota en el tocador, entre el frasco de perfume, obsequio de Deryl, los polvos y los pocos cosméticos que utilizaba. Intrigada, la abrió.

Dos detalles le llamaron inmediatamente la atención: estaba escrita en italiano y era anónima, probablemente para evitar que se descubriera la identidad de quien se presentaba como “*un amigo*”.

Su corazón casi dejó de latir, reanudando su latido enloquecido al leer las primeras frases. Una amenaza se cernía sobre ella, algo que podría poner en peligro su futuro con Deryl, o incluso destruirlo. Aferrando el papel, se obligó a mantener la calma, a no sacar conclusiones precipitadas sin llegar siquiera al fondo de aquel mensaje. Se estremeció convulsivamente. Lo que le preocupaba era la forma en que lo había recibido, y que hacía saltar todas las alarmas en su mente. Si se hubiera entregado por correo, habría sido menos inquietante recibirlo, pero así... Se tragó el nudo de aprensión que le cerraba la garganta, recordándose a sí misma que Deryl y el resto de la familia la esperaban abajo para cenar, y que no podía prolongar más de la cuenta su estancia en la habitación.

Lady Edwina era extremadamente protectora con ella, y si no aparecía pronto enviaría a alguien a llamarla. Releyó la nota.

¡BIENVENIDA DE NUEVO, muchacha!

Como puedes ver, no eres la única que ha escapado del naufragio y, naturalmente, me alegro mucho.

Nunca habría esperado cruzarme contigo en Londres, y cuando te vi, ¡casi me llevé un susto! Estaba convencido de que habías muerto con todos los demás, durante aquella espantosa noche que puebla mi mente de horribles pesadillas. Desde ese momento me he transformado en tu sombra, y nunca más te he perdido de vista. Imagino tu reacción al leer estas palabras, pero no debes preocuparte en absoluto. Soy un tipo muy discreto y comprendo que es mejor para ambos guardar el secreto, ¿no es así, futura Lady Ashley?

Te aconsejo que no enseñes esta carta a nadie. Sería un error causar revuelo en vísperas del enlace, y desde luego no es eso lo que queremos, estoy convencido de ello. Debemos hablar de algunos asuntos que nos conciernen a ambos, si es que te interesa retener al vizconde. El problema es cómo hacerlo sin levantar sospechas. Así que me apostaré todos los días al

anochecer en la zona que estás detrás de las caballerizas, oscura y espesa de setos y árboles, ya que no hay otra alternativa. Hubiera preferido encontrarme contigo a una distancia prudencial de Brentwood Court, pero eludir las atenciones que te rodean no es precisamente lo más fácil, así que nos adaptaremos. No te hagas mucho de rogar: no dispongo de una paciencia infinita y serías tú quien saldría perdiendo, te lo advierto.

Hasta pronto, por lo tanto

Un amigo

Mabel apartó la mirada del papel y se mordió el labio, antes de arrojar impulsivamente la nota a las llamas de la chimenea. Un temblor de aprensión la sacudió.

¿De quién se trataba?

¿Por qué actuaba de forma tan ambigua y furtiva?

El desconocido tuvo que estar a bordo del *Duca di Savoia* para estar al tanto de tales detalles, habiendo sobrevivido al hundimiento como ella, y desembarcado en Inglaterra tras ser rescatado en el mar por los entregados rescatistas que acudieron en su socorro. Y por último, ¿por qué, si la había reconocido en Londres, no se había presentado inmediatamente para contarle esas cosas?

¿Qué quería exactamente? ¿Un chantaje?

Un cúmulo de preguntas sin respuesta, tuvo que admitir, pero había un detalle que era innegable: quienquiera que fuese el individuo que se había puesto en contacto con ella, era de hecho el único que podía decir si era Mabel o Melissa.

Descubrir la verdad sobre sí misma era muy tentador en ese momento, pero también la asustaba. Estaba a punto de casarse con un hombre del que se enamoraba más a cada momento y que le correspondía, según su impresión, a sus sentimientos. Al principio había tenido la impresión, que resultó ser errónea, de que Deryl era frío y altivo, pero resultó ser de un talante completamente distinto. Era asombroso lo diferente que podía parecer una persona si uno trataba de conocerla mejor y más profundamente.

Le resultó difícil serenarse, agitada como estaba, y tener que bajar a cenar, cuando hubiera preferido reflexionar y estudiar qué hacer, puso a prueba su voluntad. Se pellizcaba las mejillas para disimular su palidez y luchaba por recuperar el control de sus agitadas emociones. Exteriormente estaba desenchajada, se percató, examinándose atentamente en el espejo, y a él no se le habría escapado que algo había pasado si la hubiera mirado, y lo hacía una y otra vez.

Se preguntó si sería el momento de abrirse a Deryl, de confiarle por qué estaba tan alterada, pero no estaba segura de que fuera la decisión correcta.

Dios, estaba tan trastornada... advertía una sensación de peligro y estaba demasiado nerviosa para poder razonar.

No, tenía que dejar a Deryl al margen de aquel extraño asunto, sin ser capaz de prever cómo se desarrollaría, decidió instintivamente. Tenía que conocer las razones por las que aquel hombre había acudido a Brentwood Court, incluso insinuándose en la casa, sin reparar en el riesgo que suponía violar la intimidad de los Ashley. ¿No tenía miedo de que lo atraparan? ¿Era el vagabundo señalado por los guardas? Debía de ser muy astuto para colarse en un hogar que le era completamente desconocido, ¡y sin llamar la atención! Había demostrado no poca astucia para poder moverse por una mansión en la que siempre había alguien, eludiendo incluso a los sirvientes.

Dejó de devanarse los sesos y se apresuró a descender con los demás.

MOSTRANDO UNA APARENTE TRANQUILIDAD, se unió al grupo de los Ashley y sus invitados, antes de tomar asiento en el espacioso comedor con su enorme mobiliario de época. El mantel brillaba por la plata y el cristal, y el apetitoso aroma de la comida que se iba a servir impregnaba el ambiente. Sintió náuseas. Tenía el estómago contraído y dudaba que pudiera tragar siquiera unos pocos bocados. Drew le sonrió mientras se dirigía con Lady Edwina a su asiento en la cabecera de la mesa. El pastor Simpson y Paul se sentaron a su derecha. Este último era un joven esbelto, rubio como un querubín, de suaves ojos oscuros, y rostro dominado por una nariz aguileña. Presentaba el porte huraño y desgarbado de la gente tímida, y sin embargo, que Harriet le había impresionado significativamente como mujer que cortejar, era evidente por su expresión franca y abierta. Desde luego, la chica no había pasado por alto sus miradas de admiración... ¿cómo habría podido ignorarlas? Incluso, parecía disfrutar de la atención que le prestaban.

—Miss Mabel, supongo que la emoción aumenta a medida que se acerca el gran día, ¿no es así? —El pastor Simpson le sonrió jovialmente. La excelente comida, y el vino que Drew le servía puntualmente cada vez que el vaso se vaciaba, habían enrojecido su rostro e iluminado sus dulces ojos castaños.

—Estamos todos emocionados, reverendo —intervino Edwina.

—Sí, ya lo creo —se hizo eco Drew, con la cabeza.

—Será un honor y un privilegio bendecir la unión del vizconde y su prometida en la antigua capilla de Brentwood Court, Deryl lo sabe perfectamente.

—También vos deberíais tomar una esposa, Martin —contestó él.

—¿Esposa? Con un ama de llaves es más que suficiente, y, francamente, dudo que la querida señora Edwards cediera de buen grado el bastón de mando a una eventual consorte —la réplica despertó la hilaridad de los comensales. Todos sabían que Prudence, el ama de llaves del párroco, lo protegía al máximo, volviéndose despótica con cualquiera que osara menoscabar su autoridad dentro de la casa parroquial.

—Manda ella —confirmó Paul, sonriéndole a Harriet.

—Prudence se considera la señora de la casa, me temo —Simpson negó con la cabeza y miró fijamente al vizconde con la complacencia de quien ha apreciado una broma ingeniosa—. En realidad, no deseo desposarme. Siempre he pensado que el primer deber de un ministro de Dios es servir a su prójimo.

—Sí, y sin duda lo hacéis primorosamente —convino Andrew—. Sobre la posibilidad de casaros, nunca digáis nunca.

—Gracias, no siento la necesidad de atarme a nadie.

—Tal vez sea porque aún no habéis encontrado a la pareja adecuada para vos. —Deryl apretó la mano de Mabel en un gesto de devoción que los demás notaron. Edwina arqueó una ceja, manifestación explícita de que cualquier efusión en público no contaba con su aprobación.

—Tal vez —convino Martin—, y si es así, que se cumpla la voluntad del Señor. ¿Quién soy yo para oponerme a lo que Él ha establecido para mí desde las alturas de su inmensa clarividencia?

Los comensales volvieron a reírse, completamente a sus anchas en el ambiente relajado y amistoso que caracterizaba la comida de aquel día festivo que ya tocaba a su fin.

—Entonces, miss Mabel, ¿estáis deseando pronunciar vuestros votos matrimoniales? —el pastor la miró con toda la genuina simpatía que desde el primer día había expresado a la prometida del vizconde, y las velas encendidas refractaron la luz en los cristales de sus gafas.

—Sí, reverendo, lo estoy, y supongo que como cualquier prometida en circunstancias similares. —Mabel se negó a tragar otro bocado del postre. Sintió los ojos de Deryl clavados en

ella, como si hubiera percibido la agitación interior que la sonrisa ocultaba. Una sonrisa forzada que ocultaba decepción, y que le entumecía los músculos faciales... se la había impuesto para que él no se diera cuenta de alterada y asustada que estaba.

—¿Y vos, vizconde?

—Martin, ¿me estáis preguntando si estoy feliz o si *me horroriza* ser pronto un marido a merced de una esposa que tiraniza? —profirió el *me horroriza* con ironía y una mueca elocuente.

—No tengo intención de tiranizar, Deryl, si por casualidad ha surgido tal duda —la puntualización de Mabel, expresada con voz vacilante, hizo reír de nuevo a todos.

—Eso lo dicen todas, luego por lo general, las señoras sois las que mandáis —objetó el pastor, que se refería, sin duda alguna, a Prudence.

—Hijo mío, tienes el deber de darle a nuestra familia, los Ashley, un heredero, y además pronto —Edwina levantó la copa en dirección de él y de Mabel.

—¡Has sido afortunado, hermano!

—Te lo agradezco, Drew, y te deseo lo mismo.

Guiñó un ojo en dirección a su futura cuñada, que estaba preciosa, con uno de los finos vestidos comprados en Londres.

—Mujeres como tu Mabel no abundan.

Ella se sonrojó y bajó la vista hacia los elaborados arabescos que habían bordado sobre el mantel. Era consciente de que el modelo de terciopelo azul de talle alto, con un escote demasiado atrevido para su gusto, le quedaba muy bien. El color armonizaba con su blanquísima piel y el castaño cobrizo de su cabello, y Deryl había insistido en que no lo alterara ni le añadiera volantes. A pesar del encaje drapeado sobre sus hombros como defensa extrema contra el pudor, sus pechos quedaban al descubierto más de lo que a ella le hubiera gustado, y más que cubrirlo lo hacía todo más provocativo.

En los ojos de Deryl brilló un destello de satisfacción.

—Lo sé, Drew —se limitó a confirmar, rozando las yemas de sus dedos con un besamanos furtivo y veloz.

—Harriet, ¿tocarías algo para Martin y Paul? —intervino Edwina con un tono que no admitía negativas.

—Con mucho gusto, madre —aceptó ella, sin que la mujer tuviese que insistir. Guiñando un ojo a su admirador, que cada vez estaba más embelesado con ella, caminó sin prisas en dirección al salón rojo y dorado, el más grande de la casa, para tomar asiento junto al piano.

Evidentemente, Paul se situó, sin más demora, junto al instrumento, dispuesto a pasarle las páginas de la partitura.

La velada transcurrió cordialmente y nadie reparó en lo agobiada que estaba Mabel ante la perspectiva de verse obligada a hacer algo sin que Deryl lo supiera.

HARRIET LANZÓ una mirada a Deryl con los ojos entornados, mientras sus dedos se movían ágilmente sobre el teclado. Las notas de *Claro de luna*, la sublime composición de Beethoven, flotaban por el salón, dulces y conmovedoras. Él estaba sentado en el sofá junto a Mabel y le cogía la mano, escuchando la pieza en absorta concentración. Deryl amaba la música más que nadie en la familia, pero en lugar de prestarle atención, mostrándole cómo le deleitaba su habilidad como pianista, era a su prometida a quien reservaba todo su interés. ¡Qué comportamiento tan empalagoso! Los celos le devoraban el corazón. Se esforzaba por ser amable

con la otra, sobre todo para no disgustar a lady Edwina, que estaba tan predispuesta hacia la que iba a ser su nuera, como Mabel lo estaba hacia la mujer, después de todo. No es que Edwina descuidara a Harriet, en absoluto, pero el hecho de que la prometida de su hijo se hubiera quedado huérfana, al perder a sus padres de un modo tan trágico, había acrecentado su sentimiento maternal hacia la *extranjera*.

Había momentos en los que no soportaba ni la proximidad, y no le importaba ser despreciable. No había renunciado a Deryl, no todavía, ni a la esperanza de que la relación se convirtiera en sentimientos menos estériles que la afectuosidad fraterna. No creía que estuviera enamorado de aquella insulsa e insignificante mosquita muerta que, sin quererlo, se había ganado el favor del Ashley. Probablemente estaba encaprichado de ella, pero estaba segura de que si se casaba con ella, a la larga lo lamentaría. Mabel era una novedad y aquella actitud de oveja descarriada había despertado un tipo especial de protección por parte de Deryl y de los demás miembros de la familia. Drew estaba prácticamente a su completa disposición, Edwina se adelantaba a casi todas sus peticiones, y el prometido manifestaba un entusiasmo que Harriet habría anhelado para sí misma y con el que sólo podía soñar. Por ahora, no hacía falta decirlo.

Los pensamientos de la muchacha se volvieron hacia el tipo que la había parado en Londres...

ESTABA FRENTE a un escaparate que exhibía sombreritos y gorritos a la última moda, mientras Deryl y Mabel se habían colado en una joyería cercana. Mabel, obstinada porque parecía absurdamente reacia a los regalos, se había empeñado con él en comprar un par de preciosos pendientes de perlas y diamantes, combinados con un colgante de diamantes que formaba el conjunto del día de la boda.

—Disculpadme si os molesto, miss...

Había mirado con recelo al joven, de mal aspecto, que se le había acercado. Era viril y atractivo, de cabello negro y ojos oscuros.

—¿Qué queréis? ¡No doy limosna a alguien que puede remangarse y ganarse el pan!

—¡No ando buscando la caridad de nadie, miss!

—¿No?

—¡No! —había sido la seca contestación del individuo.

—¿Qué buscáis, entonces?

—Una información, miss.

—¿Información con respecto a qué?

—Con respecto a vuestra amiga, la que ha entrado en ese negocio...

—¿Os referís a Mabel?

—¿Se llama así, entonces?

—Sí, así se llama, ¿por qué me lo preguntáis?

—Me parecía haber reconocido en ella a alguien que conocía.

—¿De verdad? ¿Y puedo preguntaros quién?

El hombre se había encogido de hombros al descuido.

—Disculpad, debo haberme equivocado. La persona a la que me refiero tenía un nombre diferente.

Harriet lo había observado con más atención, intrigada repentinamente por la curiosidad de saber más de aquel hombre que hablaba en la jerga de los barrios bajos. En lugar de eso, inclinando la cabeza en un apresurado saludo, se había esfumado antes de que ella pudiera abrir

la boca e interrogarlo más a fondo, desapareciendo en el tráfico de carruajes y transeúntes que animaba aquella calle de *Piccadilly*.

HARRIET VOLVIÓ de pronto al presente al oír el suspiro de Paul, embelesado por la melodía que estaba escuchando. Dibujó el acorde final de la sonata y sonrió con la necesaria modestia, cuando los aplausos de los espectadores tomaron el relevo de las notas del piano.

No habría sabido explicar el origen de la sospecha, pero estaba dispuesta a apostar a que la virtuosa y almibarada Mabel tenía algo que ver con el tipo que la había apostrofado en Londres, delante de la sombrerería. Bueno, ella no era tonta y mantendría los ojos y los oídos bien abiertos, se prometió a sí misma, agradeciendo amablemente al adorable Paul los cumplidos que le dedicaba en aquel momento. Él parecía a punto de arrodillarse a sus pies y rogarle que se casara con él.

La idea era tan divertida que disipó el descontento que le producía ver cómo, día a día, Deryl perdía la cabeza por la *extranjera*.

La palabra definitiva, en aquella aventura amorosa que de inmediato le había dado la espalda, aún no se había pronunciado.

SEIS

Mabel le comunicó a Lady Edwina que tenía una fuerte migraña y, disculpándose por verse obligada a perderse la cena, se retiró sin tomar ni un sorbo de té ni mordisquear una galleta. No era del todo cierto: la atormentaban oscuros pensamientos que rebotaban en su cabeza sin descanso, causando estragos en cualquier atisbo de calma. Demasiado nerviosa para llevarse a la boca alguna golosina, y las náuseas que le revolvían el estómago eran lo último que deseaba. Aquella tarde necesitaba eficiencia y claridad mental, decidida a escabullirse al anochecer para hablar con la persona que había estado en la nave y escrito aquella nota. Y no es que estuviera ansiosa por enfrentarse a ese cara a cara, pero los días pasaban y él podía incluso dudar de que ella no quisiera presentarse a la cita. Admitió que, a ciegas, tratar con él le consternaba más de lo que pudiera manifestar. El hombre se había declarado poco paciente y ella no podía descartar que, en represalia, la hiciera objeto de desagradables represalias, creando una situación terrible.

Se estremecía sólo de imaginar las consecuencias.

Deryl había ido a ver a un aparcero que se había caído del tejado del granero, rompiéndose ambas piernas, y al que había enviado el médico para que le entablillara los miembros fracturados. Andrew había ido con él, diciéndole a su madre que tardarían en volver, así que Mabel se propuso aprovechar las circunstancias favorables e imprevistas para salir sin ser molestada.

Cuando la noche empezó a envolverlo todo en el exterior, colocó las almohadas en la cama, dándoles forma para que en la penumbra parecieran un cuerpo acurrucado, luego ajustó las mantas para adaptarlas a la farsa y corrió cuidadosamente las cortinas. Nadie, si hubiera subido a ver cómo estaba, se habría atrevido a molestar a una persona dormida, ni siquiera para preguntarle si se encontraba mejor.

Con la capa puesta, inspeccionó a través de una rendija de la puerta si había algún criado en el pasillo antes de salir de la alcoba. No vio a ninguno, para gran alivio suyo, pero por precaución se dirigió a la parte más oscura del trayecto, en dirección a las escaleras traseras. La alfombra del pasillo amortiguaba sus pasos y en un instante estuvo fuera, sin ser haber sido molestada. Con ánimos renovados, y desterrada cualquier duda restante, se dirigió al lugar de encuentro. El frío era intenso y quizá por eso en el camino de la casa a las caballerizas no se topó con ningún mozo de cuadra o cualquier otra persona. Se habría inventado alguna excusa, si hubiera surgido ese imprevisto.

Al llegar detrás de las caballerizas, agudizó la vista para distinguir una silueta masculina. Aparte de ella, no parecía haber nadie alrededor. Diantre, ¿acaso aquel individuo ya se había cansado de esperar? Sin embargo, no había pasado mucho tiempo desde que había recibido su mensaje, y antes no había sido capaz de encontrar la oportunidad de ir a hablar con él. Con los

puños apretados por la preocupación, acortó la distancia que la separaba de los árboles con follaje amarillento.

De repente, alguien salió de entre los setos.

Ella se detuvo, asustada e insegura por la identidad del hombre que se había materializado en la brumosa oscuridad del atardecer. Era tan alto como Deryl, robusto, con ropa humilde y un sombrero de fieltro de ala ancha que ocultaba los rasgos de su rostro. Parecía seguro de sí mismo.

—¡Aquí estás, por fin! —exclamó acercándose a ella.

—¿Sois la persona del mensaje?

—En carne y hueso —le respondió.

—¿Qué tenéis que decirme?

—En primer lugar, que fue una sorpresa verte en Londres.

—Yo, en cambio, no sé quién sois.

—¡Pero mira qué desfachatez! —le replicó con tono burlón—. No pensaba que fueras tan astuta y calculadora.

—¿A qué os referís? ¿Qué relación tenéis con los difuntos Montorsi?

—Una pregunta cada vez, muchacha.

—Puedo dedicaros poco tiempo, y no por mala voluntad de quien tenéis enfrente. Podría venir alguien y no puedo quedarme aquí mucho tiempo.

—Cierto. Para ir al grano, los tienes bien engañados a estos ricachones, debo decir. Impresionante iniciativa, porque no te creía tan avispada.

—No comprendo a qué os referís.

—Pero, ¿lo dices en serio?

—¿Estabais en la nave con nosotros? Quiero decir, ¿con mis padres y yo?

—¿Tus padres? —él soltó una carcajada—. Realmente te he subestimado, muchacha, y habría dicho cualquier cosa de ti, menos que serías capaz de engañar a esta gente.

—Os equivocáis porque yo no...

—Oh sí, ¡ya lo creo que sí! ¿Te estás burlando de mí, *Miss listilla*? No puedo culparte de haber aprovechado la ocasión, yo habría hecho lo mismo, lo admito. Pero un servidor también quiere sacar tajada con ello, ¿entendido?

—¿Os ofenderéis si os respondo que no entiendo el significado de lo que estáis diciendo?

—¡Eh, basta ya de esta ridícula farsa! Alvaro Nicoli no permite que nadie se burle de él.

—¿Os llamáis Alvaro, entonces?

—¡Cómo si no lo supieses! Para abreviar, has ocupado su lugar y me parece bien, pero mi silencio tiene un precio.

—¿Os referís a Mabel?

—Sí, me refiero precisamente a la mismísima hija del barón, que acabó como pasto de los peces, y que tú nos has perdido el tiempo en reemplazar.

Ella cerró los ojos y el corazón le dio un vuelco.

Ella no era Mabel.

Era Melissa Donati, la doncella.

La verdad había salido a la superficie, le parecía bien decirlo, irrefutable y devastadora en su impacto, y después de todo, no le sorprendía tanto. A un nivel instintivo, por muy indefinible que fuera percibir sensaciones vagas y descoordinadas, ella siempre lo había sabido. A la punzada de dolor le siguieron la tristeza y la sensación de impotencia que aniquilaban toda voluntad de reacción.

Tristeza por la pérdida de aquellos que no habían sobrevivido al naufragio, y con los que, sin duda, había estado unida.

Impotencia por Deryl, ya que su compromiso estaba destinado a terminar de la peor manera. Sólo esperaba que él la creyera y no sospechara que se había aprovechado de las circunstancias mintiéndole desde el primer momento.

—¡Hum!, ¿te ha comido la lengua el gato y no tienes nada que decir? —el tono de Alvaro resonó bruscamente en el silencio que se había hecho entre ellos.

—Bueno, no podría culparos si no os creéis lo que voy a explicaros... —comenzó ella, retorciéndose las manos.

—No intentes engañarme, muchacha, haré que te arrepientas.

—No soy una farsante. Ignoro quién sois y cuál era vuestra relación con los difuntos barones, y debéis fiaros de lo que sostengo, porque no podría ser más sincera.

Le clavó la mirada perplejo.

—Ahora se me escapa el significado de lo que dices. Y si estás actuando para engañarme, que sepas que no te conviene.

Melissa negó con la cabeza.

—Veréis, el hundimiento de la nave me causó un trauma emocional tan violento que perdí la memoria.

Alvaro la miró con expresión escéptica.

—Te estás burlando de mí.

—Me doy cuenta de que esto os parecerá absurdo, pero fueron los Ashley quienes me reconocieron como Mabel... Desde luego, yo no era capaz de reconocerme ninguna identidad.

—Me cuesta creer lo que están oyendo mis oídos, te lo digo sinceramente.

—Lo sé, pero sólo puedo reiteraros que no conservo ningún recuerdo del pasado, de quién fui y de lo que fui. Deryl y su familia, gracias al medallón que llevo al cuello... —ella se lo mostró — están convencidos, de buena fe, de que yo soy Mabel.

—¿Lo has olvidado todo?

—Completamente. Pero ellos han considerado que el medallón es una prueba fehaciente de mi identidad. Además, hay una miniatura de ella cuando era adolescente, y mi parecido con la chica del retrato disipó cualquier duda.

—Sí, de hecho tú y ella os parecíais mucho.

—He de decir que el miedo a equivocarme de identidad me ha atormentado durante mucho tiempo. Los Ashley, en cambio, me han convencido de lo contrario, afirmando que era Melissa quien se había ahogado.

—¡Qué me parta un rayo! —exclamó el hombre, mirándola atónito.

—El periodo posterior al naufragio fue duro para mí. No materialmente: Deryl y los Ashley hicieron todo lo que pudieron para devolverme la tranquilidad, pero moralmente estaba destrozada, angustiada por lo que había pasado.

—¿No recuerdas nada?

—No, aparte de las imágenes de aquella noche, aferrada a un pecio para mantenerme a flote, oprimida por el miedo a morir.

—A mí también me pasó lo mismo. Estamos vivos por solo Dios sabe qué milagro, ¿eh?

—Sí —ella se apretó las sienes. Ahora sí que le dolía la cabeza y sólo quería correr y encerrarse en la alcoba—. Llegados a este punto, es evidente que el matrimonio con el vizconde ya no tendrá lugar. Sabiendo quién soy, Deryl no dudará en romper el compromiso.

—¿Sería tan mezquino?

—No es una cuestión de mezquindad, sino de lógica. Se ha comprometido con una mujer que no soy yo, tiene derecho a estar informado, ¿no creéis? En cuanto vuelva, hablaré con él al instante, si no, me faltará valor para hacerlo. Debe saber cómo están las cosas y actuar en consecuencia...

—¿No lo dirás en serio?

—¿Por qué?

—¿Te gustaría volver a ser una sirvienta, pudiendo casarte con un noble, y por si fuera poco, rebosante de dinero?

Ella le miró confusa.

—Pero el vizconde no querrá casarse con una doncella, descubriendo que soy Melissa, y no Mabel.

—¿Qué necesidad hay de revelar quién eres? La hija del barón está muerta, y, salvo nosotras dos, ¿quién podría imaginarlo?

—No es justo, y me niego a...

—Maldita sea, ¿quieres actuar como una demente? ¿Qué sentido tiene?

—No podría vivir en la mentira.

—Serás envidiada y venerada, ¡largarlo es una insensatez!

—Me repugna hacer eso.

—No le estás robando nada a nadie, ¿no?

—Sigue siendo algo deshonesto.

—Se nota que estás enamorada de él, que él está enamorado de ti, y yo no quiero desgañitarme. Entre nosotros, la chusma debe ser solidaria, muchacha. No exijo más que una pizca de la impúdica suerte que te ha tocado.

—Él es un noble y yo una mujer de clase baja, no me apetece engañar a alguien que se ha portado bien conmigo.

—Pero bueno, ¿quieres despertar?

—La conciencia me obliga a ser honesta. Engañar a un hombre como él, sería un acto repugnante del que me avergonzaría el resto de mi vida.

El otro resopló y recorrió con la mirada el lugar, comprobando que siempre estaban solos en aquel apartado rincón de la finca.

—No hubo ningún cálculo en sustituir a la heredera del barón, las cosas sucedieron como tenían que suceder, eso es todo.

Ella se secó las lágrimas que habían brotado de sus ojos ante la idea de perder a Deryl. A estas alturas, él le importaba más de lo que podía decir y su corazón se había vuelto pesado como una roca ante la perspectiva de no verlo nunca más.

—No puedo traicionar la confianza de quienes me han acogido y ayudado. Debe saber quién soy, ahora que me ha sido revelado.

—Afrontémoslo, mi niña: desde luego, no voy a ser yo quien le diga quién eres. Estáis a punto de convertirlos en marido y mujer, lo que te permitirá vivir como una gran dama el resto de tus días. ¡Me corresponde un trozo del pastel!

—¿Qué querrías a cambio del silencio?

—Un poco de dinero, ¿tienes que preguntarlo?

—¿De dónde lo saco? —objetó—. Yo era una doncella y no dispongo de ningún dinero que daros.

—Cierto, pero te toman por Mabel, y muy pronto heredarás el patrimonio de los Montorsi.

—Esto también es indiscutible.

—Tendrás dinero para dar y regalar. Mientras tanto me conformaré con calderilla, yo también tengo que salir adelante, chica. Y mira, te estoy echando una mano. Has perdido la memoria y tu sinceridad salta a la vista, pero estoy sin blanca, maldita sea, y me tengo que apañar aunque sea con poco hasta que consiga un botín más sustancioso.

—Mis bolsillos están vacíos, Alvaro.

—¿Qué quieres decir?

—Mis gastos los paga el vizconde.

—De acuerdo, si ese es el caso, de todas formas existe una solución, y no te será difícil sustraer objetos de valor.

—¿Queréis que me convierta en una ladrona?

—No exageres, se trata de sobrevivir y ante la necesidad no se mira demasiado si el fin justifica los medios. Ni siquiera se darán cuenta si les falta algo. Venderé a un perista lo que me entregues, convirtiéndolo en líquido. Nos las arreglaremos hasta que obtengas tus ingresos, no te preocupes. —Nicoli chasqueó la lengua, completamente satisfecho de haber planeado la mejor manera de proceder con el trato—. Después de esto desapareceré de tu horizonte y volveré a mi tierra.

—Queréis obligarme a robar y a comportarme de forma deshonesto y dolosa con Deryl, pero yo no...

—Mabel, *darling*, ¿qué hacéis aquí fuera?

Se giró aterrorizada, al oír la voz de Andrew. Y si él había vuelto, Deryl también debía estar cerca.

—Me encontrarás aquí todas las noches a esta hora, trae lo que te he pedido —le susurró Alvaro, retrocediendo en la oscuridad hasta hacerse invisible a los ojos de los que se acercaban.

—Querida, deberíais estar sentada en el cálido salón de casa de mi madre, si me permitís la reprimenda, no en el jardín con este frío. —Andrew se había acercado lo suficiente como para advertir la oscura silueta del hombre que acababa de conversar con ella.

Melissa lanzó una mirada asustada por encima del hombro, pero Nicoli había desaparecido como un fantasma y ella volvía a estar sola.

—Tenéis razón, pero me duele la cabeza y sentía la necesidad de respirar aire fresco. ¿Está Deryl con vos?

—Vendrá más tarde.

La mirada de Andrew se desvió hacia los setos que había detrás de ella, y durante unos instantes pareció escudriñar el claro circundante con sumo cuidado.

—¿Buscáis algo, Drew? —lo tanteó temerosa.

—¿Había alguien con vos?

—No, ¿por qué?

Él se encogió de hombros.

—Me había parecido oír voces.

—¿Voces? —se encogió de hombros—. Yo no he oído nada...

—Probablemente provenían de las caballerizas.

—Lo siento, estaba absorta y no he oído nada, la verdad —negó Melissa, avergonzada de actuar de manera tan abyecta con el hermano de Deryl.

—Venid, volvamos —le rogó, ofreciéndole el brazo—. Va a llover y quiero evitar que ambos nos empapemos.

Ella le siguió sin protestar, agradecida a la oscuridad porque disimulaba la consternación que sentía tras enterarse por Alvaro de que era una usurpadora.

—QUERIDA, he recibido la carta de respuesta de Giovanni Bertoni, el abogado de vuestro padre. Escribe que está triste por la tragedia que os ha sucedido, pero feliz de que al menos estéis a salvo.

—Gracias, pero no recuerdo nada de él.

—Es comprensible, pero debo deciros lo que me ha comunicado en su carta.

—Os escucho, Lady Edwina.

—Hay un descendiente de la casa Montorsi, que hereda el título y la casa solariega, siendo las tierras inalienables con respecto a la línea masculina a la que pertenezca el blasón.

—Comprendo.

—El resto del patrimonio, es decir, el capital, las distintas fincas agrícolas y los bienes inmuebles, os pertenecen: están fuera de la herencia y producen excelentes rentas anuales.

—¿Vendrá Bertoni a Inglaterra para la entrega de los documentos relativos al testamento de mi padre?

Melissa tuvo que realizar un terrible esfuerzo para pronunciar aquellas palabras. El barón era el verdadero padre de Mabel, ahora lo sabía, y le parecía una blasfemia ofender su memoria citándolo como si fuera realmente de su propia sangre. Además, se le ponían los pelos de punta ante la idea de que el abogado de los Montorsi viniera a Brentwood en persona, desacreditándola delante de Deryl y su familia en cuanto la viera.

—No, sufre de gota, lo que le impide moverse de casa y emprender un largo viaje.

—Lo lamento mucho.

—Sin embargo, estaba pensando que en primavera quizá podríais ir los dos a Italia, ¿qué os parece?

—¿Con Deryl?

Ella se estremeció. Eso era lo último que quería que ocurriera. No había podido pegar ojo, en la noche que acababa de pasar debatiendo qué hacer con él. Permanecer a su lado como si nada hubiera pasado significaba tener que mentir siempre, y por ello vivir perpetuamente con remordimientos. Engañarle era la carga que aceptaba llevar, que le impediría ser completamente feliz. Sólo que no poseía fuerzas suficientes para renunciar a ser la esposa de un hombre que ahora la había conquistado.

—Claro, con Deryl. Estaréis desposados y podréis mudaros a donde os plazca, matando dos pájaros de un tiro.

—Sí, es cierto —se vio obligada a decir.

—No parecéis feliz ante la perspectiva de partir.

—De hecho, no sé si podré soportar ver los lugares en los que he vivido a lo largo de los años, sabiendo que no encontraré a las personas que amaba, y que por desgracia han desaparecido.

—¿Qué insensible arpía soy por no haber pensado en eso? —La otra había fruncido el ceño y el malestar que manifestaba era más explícito que las palabras—. Disculpadme. Las heridas están frescas, lo sé, por lo que es demasiado pronto para tener el deseo de regresar a vuestro hermoso país. A veces hablamos por hablar, sin haber sopesado el alcance de nuestras palabras.

—No tenéis que excusaros, por favor.

La mujer le dio una afectuosa caricia en la mano, enmendando su impulsividad.

—No quería agudizar la pena que aún sentís.

—No os debo más que gratitud, Lady Edwina. Me habéis acogido como a una hija y vuestras

incesantes atenciones me conmueven como no os podéis imaginar.

—¿Por qué no iba a hacerlo, Mabel? Eres una joven tan adorable... También estoy segura de que la nostalgia se impondrá al lamento antes de lo que creéis, y seréis vos quien pidáis a mi hijo que os lleve a Italia.

Melissa se limitó a asentir.

—Pero basta ya de tristezas y abordemos cosas más prácticas.

—¿Qué queréis decir?

—Vuestro ajuar se perdió, con todo lo que se hallaba en la bodega de la nave. Vuestra madre, sin duda, os había proporcionado sábanas, fundas de almohada, toallas y manteles. En resumen, la ropa blanca necesaria que toda novia debe tener cuando se dispone a llevar dignamente su hogar conyugal.

—Supongo que sí.

—No podéis prescindir de él, por lo que vendrá de Londres una persona que se encargará de estas cosas. Ella os suministrará lo que necesitéis, y seréis libres de elegir lo que preferáis, según vuestro gusto personal.

—Os lo agradezco, es un gesto que aprecio enormemente, pero no puedo permitir que os hagáis cargo del coste del nuevo ajuar.

—¿Qué queréis decir?

—Supongo que Bertoni podrá enviar la suma adecuada a los gastos ocasionados por la compra de la ropa de casa —sugirió ella—. Incluso para las de la ceremonia de boda. —Por fin había conseguido decirlo, pensó Melissa. Si le abonaban el dinero, podría liquidar con Alvaro Nicoli, que entonces se marcharía.

Se apresuró a agitar la mano.

—Considerad el ajuar mi regalo de boda, y no aceptaré ninguna queja al respecto.

—Lady Edwina, no puedo dejaros...

—¡Ni una palabra más! No era apropiado dejaros más tiempo sin camisones, corsés y cualquier otra cosa que pudierais necesitar, aunque muchas cosas de mi ajuar que nunca habían sido usadas estaban, evidentemente, a vuestra disposición. Después de la boda os haréis cargo gradualmente de la dirección de Brentwood. Como esposa legítima de Deryl, es un papel que os corresponderá asumir, sin interferencias por mi parte, a menos que deseéis involucrarme. Podéis contar conmigo para cualquier consejo que pueda daros, ya lo sabéis.

—Sí, y os lo agradezco.

—Os las arreglaréis de maravilla, estoy convencida.

—Espero merecer la confianza que depositáis en mí.

—Seréis mi nuera y nuestra relación debe caracterizarse por el afecto mutuo y la cooperación.

—En lo que a mí respecta, vuestro apoyo será inestimable.

—¡Bien! Y no os angustíéis por nimiedades que se resuelven rápido y bien. Deryl no habrá pensado en daros dinero en efectivo para vuestros caprichos o necesidades eventuales, pagando él mismo a los proveedores. Si necesitáis dinero, no dudéis en dirigiros a mí, querida, os lo exijo. Económicamente, siempre he sido libre de no depender de Cornelius, desde que mi padre me concedió una renta vitalicia que me daba autonomía respecto a mi marido. Me parece justo que mi nuera pueda hacer uso de la misma libertad.

Melissa sintió un arranque de cariño por Edwina. Sin saberlo, le simplificaba las cosas y sintió que la sangre le templaba el rostro.

—En realidad deseaba haceros obsequios a todos.

—¿Obsequios?

—Con motivo de la boda, pero no tengo intención de aprovechar...

—Para mañana dispondréis del dinero para las compras que pensáis hacer—zanjó el asunto Edwina—. Dentro de unos días nos acercaremos a Londres para hacer las últimas compras y podréis gastarlo como mejor os parezca.

—Gracias —murmuró Melissa. La madre de Deryl era un encanto y la apoyaba en todo, sin apenas hacer diferencias entre Harriet, su querida hija, y ella, aún sin parentesco.

—Bertoni ingresará en breve en una cuenta bancaria a vuestro nombre una suma considerable para que la utilicéis en lo que necesitéis.

Melissa sólo pudo asentir. ¿Qué había hecho ella para caer en una familia tan maravillosa como la de los Ashley? Se juró a sí misma que devolvería el favor a aquellas personas tan cariñosas y desinteresadas.

SIETE

Deryl, por costumbre, anotaba los sucesos de Brentwood Court en un registro. La caída del techo de Jeremy entraba en esa especie de crónica familiar, y, afortunadamente, el hombre, una vez curado de sus fracturas, caminaría con la misma normalidad que antes. Esto era algo bueno porque tenía ocho hijos que dependían de su padre para alimentarse y criarse, y su mujer seguía embarazada. Edwina, en aquella época nada fácil para los Norton, enviaba regularmente provisiones y ropa para los chicos. Habían sido aparceros de los Ashley desde hacía al menos cuatro generaciones, y ayudarles en una época difícil les correspondía a ellos.

La punta de la pluma con la que estaba escribiendo sobre el accidente de Jeremy rechinó sobre el papel. Estaba casi gastada y había que rehacerla, se dio cuenta. Podía manchar el papel de tinta y Deryl aborrecía los garabatos. «Mañana lo haré», se prometió, mientras los pensamientos se dirigían inevitablemente a Mabel. Después de la cena, una vez más, ella se había retirado a su alcoba sin dedicarle tiempo a él, no así con los demás. Era costumbre de Mabel pasar la velada con los Ashley, hasta ahora, salvo en alguna ocasión esporádica en que se encontraba indispuesta. Por añadidura, había vuelto a mostrarse esquiva, atrincherada en sí misma e incluso peor que al principio, cuando le afligía el dolor que había asolado su existencia. Sin embargo, él la comprendía. No podía ser sencillo verse mutilada de toda tu familia. A medida que se acercaba la boda, podía sentir el agudo abatimiento de quien ya no tiene seres queridos con los que compartir la felicidad de un día único y especial. Deryl suspiró y se terminó el brandy que se había servido poco antes. Había intentado sondearla, sin sacar nada en claro, e incluso los intentos de arrancarla de su abatimiento habían fracasado estrepitosamente, aumentando la sensación de frustración que lo invadía. Hubiera sido más fácil conseguir que un erizo a la defensiva se abriera, que empujar a Mabel a confidencias de ese tipo. Volvían a la casilla de salida con todo el asunto de la nave que se hundía, justo cuando él estaba casi convencido de que ella por fin estaba dejando atrás el pasado. Justo cuando las cosas parecían encaminarse hacia un final feliz, después de las vicisitudes anteriores. Pero, ¿cuál era el desencadenante de aquel arrebato de desesperación?

Nostalgia y arrepentimiento, ¿o había algo más que se le escapaba?

No veía qué era lo que en particular la había disgustado, puesto que ella no se alejaba de casa y solo veía a los Ashley.

«¿Quizás era a causa de Harriet?» se preguntó.

Pero no le había parecido que la muchacha siguiera haciendo de ella objeto de burlas más o menos mordaces, ni que manifestara la antipatía que había reservado a Mabel en las últimas semanas...

No, ¡no podía depender de semejantes estupideces! Mabel era una persona inteligente y la

susceptibilidad estaba fuera de su carácter. Hasta hacía unos días se había mostrado tranquila, por no decir serena, tan amable con él que cada vez estaba más embelesado, más impaciente por pronunciar sus votos matrimoniales. Dejó la pluma, cerró el registro y se recostó en el respaldo de cuero de su silla. No tenía ni idea de qué hacer para devolverle la sonrisa, admitió, con la mirada perdida en el retrato de Cornelius pintado por Drew y colgado en la pared opuesta al escritorio. Su hermano poseía un talento natural para la pintura y había retratado a su padre con cierta maestría.

Pero sus pensamientos volvieron a Mabel. ¿Había alguna forma de sacar a Mabel de la angustia que se había abatido sobre ella? Edwina estaba tan ansiosa por ello como él, haciendo todo lo posible por la que consideraba su nuera. En ese instante el viejo reloj de péndulo marcó las horas, redimiéndolo de sus inconclusas cavilaciones nocturnas sobre Mabel. Se acercaba la medianoche y tenía que madrugar al día siguiente. Era hora de irse a la cama, como ya habían hecho todos los demás. La casa estaba tan silenciosa que el monótono repiqueteo de la lluvia seguía dejándose oír en el estudio, aunque las ventanas estaban protegidas por las cortinas.

Apagó la lámpara de aceite y, mientras se dirigía hacia las escaleras, deseó que su prometida pudiera recuperar su paz interior y saborear todo lo que de hermoso y feliz podía ofrecerle la vida.

MELISSA CERRÓ los ojos y contuvo el pánico al oír los pasos de Deryl en dirección a sus aposentos. Estaba decidida a contarle la verdad aquella misma noche, o perdería el valor. Había estado terriblemente indecisa sobre si debía informarle de lo que había descubierto gracias a Nicoli, pero la voz de la conciencia había prevalecido, obligándola a actuar con rectitud. Una elección difícil. Tanto que le bajó la moral. Ceder al chantaje le había parecido la solución correcta al principio, pero luego se dio cuenta de que someterse a sus exigencias significaba encontrarse siempre a su merced cuando necesitara dinero; eso era un hecho. ¿Y si, por la razón que fuera, carecía de él? ¿Habría tenido que robar, como le había sugerido Alvaro, para satisfacerle?

¡No, jamás!

Por supuesto, la irreprochabilidad conllevaba un elevado precio a pagar: significaba tener que enfrentarse de nuevo a un cambio drástico en su vida. El destino seguía provocando estragos, arrebatándole la estabilidad que apenas había recuperado tras vislumbrar un horizonte casi despejado. Respetaba demasiado a Deryl como para engañarle, y ocultarle algo tan importante la hacía sentirse despreciable. Él podría haber decidido no desposarla. De hecho, estaba segura de que las nupcias se desvanecerían. Al fin y a al cabo, ¿quién era ella? Una doncella de origen humilde, sin arte ni parte, que sólo el azar la había llevado a la existencia de él. Durante aquellas semanas, había soñado con compartir su futuro con Deryl, su príncipe azul, pero la realidad nunca refleja la de los cuentos de hadas, que terminan con un: “¡Y todos vivieron felices y contentos!”

Era consciente de que el sueño, cuando estaba a punto de comenzar, ya se había disuelto, y tenía que aceptar el final muy a pesar suyo. Había llorado durante mucho tiempo, mientras se devanaba los sesos buscando una salida, un resquicio que le permitiera aferrarse a Deryl y a todo el amor que sentía por él, pero no había alternativa. Así que no tardaría en reunirse con él en su aposento y abrirle su corazón.

Dios, ¡le quería tanto...!

Sin vacilar más, abrió lentamente la puerta y, con el corazón palpitante, recorrió de puntillas el pasillo desierto hasta la puerta de él, la última al final. Llamó suavemente.

Tenía la boca seca por la tensión.

Abrió de inmediato, como si Deryl estuviera esperando a que ella apareciera.

—¿Puedo intercambiar unas palabras con vos?

La miró asombrado, pero luego, al instante, le sonrió.

—¡Mabel! ¿Os encontráis bien?

—Debo hablar con vos, si no os molesto. Es tarde, lo sé, pero es un asunto inaplazable.

—Nunca me molestáis, querida. Si no podéis esperar hasta mañana, estoy a vuestra disposición —le contestó con su acostumbrada afabilidad.

—Perdonadme, Deryl, comprendo que es de noche y que entrar en el aposento de un hombre es, cuando menos, indecoroso...

No la dejó terminar y tiró de ella hacia el interior con un gesto expeditivo.

—Mejor que nadie oiga nuestras voces y se asome, ¿no?

—Gracias por vuestra amabilidad.

—Si os habéis presentado a estas horas, imagino que el motivo es muy serio...

—Sí, y cualquier cosa sería preferible antes que atreverse a buscaros a estas horas. Pero no puedo posponer más lo que tengo que deciros.

—No os preocupéis, Mabel. Nadie lo sabrá.

—Vuestra comprensión me hace sentirme aún más incómoda.

—No tenéis por qué hacerlo, y, de todas formas, hablaría con vos por la mañana.

Ella se retorció las manos. ¿había intuido Deryl algo? ¿Alguien la había visto con Nicoli y se lo había dicho al vizconde?

—Estáis abatida y triste —continuó él, mirándola perplejo a la tenue luz de las velas que ardían en un candelabro de dos brazos colocado sobre la cómoda—. ¿Qué os inquieta?

Ella negó con la cabeza y desvió su atención hacia la cama con dosel preparada para la noche, con las sábanas bien extendidas. La intimidad de la situación la sorprendió: nunca había estado en aquel aposento y se ruborizó por haber tenido la insolencia de ser recibida allí y no en un lugar más apropiado. ¿Qué demonios la había llevado a decidir contárselo todo aquella noche? Nada habría cambiado si lo hubiera hecho al día siguiente, ¿verdad? Sí, en cambio, le habría faltado valor, y eso había sucedido puntualmente desde que Nicoli le había revelado su verdadera identidad, para llegar a la puerta del despacho de Deryl y luego marcharse sin entrar... Melissa no se atrevía a aventurarse cómo debía juzgarla él en aquel momento. ¡Ni la más desaprensiva de las mujeres podría haberse comportado peor que ella!

Él pareció intuir lo que le pasaba por la cabeza. Levantó el brazo y le acarició la mejilla.

—Este encuentro nocturno seguirá siendo un secreto entre vos y yo, no temáis.

Ella asintió y le miró agradecida.

—Tenéis los ojos cubiertos de lágrimas y no soporto veros tan angustiada como para terminar llorando, Mabel.

Melissa se mordió el labio con fuerza para no gritar. Le habría gustado oír a Deryl pronunciar su verdadero nombre, no el de la otra, al menos una vez, pero en cambio, él nunca se dirigiría a ella como Melissa. Ese habría sido el castigo, una cadena perpetua y un recordatorio que reavivaría el remordimiento. Era el lastre de la mentira por la que había optado.

—¿No queréis decírmelo, entonces?

—Me esfuerzo por... —de nuevo se detuvo y suspiró.

—¿Por hacer qué? No tengáis miedo de expresaros abiertamente ante mí, querida. Así que

adelante, os escucho.

—Pues bien, por el respeto que os tengo, es necesario que os diga que la boda no es... —se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—¿Ya no queréis desposarme? ¿Es eso lo que os inquieta?

Le respondió con una negación.

—¿Cómo puedo ayudaros si no explicáis de qué depende?

—Nadie puede hacerlo —ella balbuceó con la cabeza agachada.

—¿Estáis segura, amor? Sólo pido aliviaros de cualquier preocupación.

Amor... la palabra fue pronunciada con una ternura que rompió cualquier ulterior defensa emocional, dejando a Melissa sin fuerza de voluntad y aumentando la necesidad de él, en el frágil y vulnerable corazón que en su pecho palpitaba por él.

Empezó a llorar desconsoladamente. No podía ensañarse consigo misma con tal crueldad. ¡Sencillamente, no podía! La perspectiva de infligirse infelicidad a sí misma era inhumana. Una cosa era impulsarse a hacerlo, y, otra muy distinta, ser capaz de ponerlo en marcha. Era aberrante, e injusto, tener que decirle adiós a Deryl para cumplir con un erróneo sentido del deber. Con toda probabilidad, le habían enseñado que la respetabilidad era un valor que nunca debía comprometerse; sólo que, en términos de dolor, el coste era altísimo. Para Melissa era algo innato tratar a los demás con educación y cortesía, pero ella también tenía derechos, no sólo deberes. Ella no había cometido ningún delito contra él, no deliberadamente: abandonar su vida equivalía a matar su espíritu, dejando una cáscara vacía. El arrepentimiento habría envenenado el resto de su existencia, aniquilando la alegría de vivir sin solución de continuidad.

¡Quería a Deryl con todas sus fuerzas!

—Entonces, Mabel, ¿cómo puedo aliviar vuestra angustia?

Ella resurgió de sus pensamientos.

—No podéis, me temo.

—¿Estáis segura?

Melissa entrelazó los dedos con tanta fuerza que los nudillos comenzaron a amoratarse.

—Solo puede decir que os amo, Deryl, os lo juro.

—No hace falta que me lo juréis.

—Para mí es importante repetirlo. Te quiero más que a nadie en el mundo —repitió ella, y luego rompió a llorar.

Él la abarcó en una mirada de consternación y le pareció sentir físicamente el mismo dolor que ella, sacudido por sollozos que le impidieron preguntarle por qué sentía la necesidad de recalcar sus sentimientos hacia él.

—Soy patética, ¿verdad?

—No soporto veros en estas condiciones.

—No hay nada que podáis hacer al respecto, no debéis angustiaros.

Ella se sonó la nariz y se obligó a calmarse. Fue entonces cuando él la agarró de las caderas para atraerla contra sí, besándola con un ímpetu que la llenó de deseo. Una reacción física inmediata e inequívoca que le agitó la sangre y volvió a pillarla desprevenida. Había un rastro de brandy en su lengua, y por la forma en que le lamía la boca parecía empeñado en penetrarla hasta el punto de traspasar los límites del alma, los de la sensualidad. La sujetaba como si temiera que se le escapara, provocándole dolor en los pechos, mientras uno de los musculosos muslos masculinos se había deslizado entre sus piernas. Melissa se arqueó instintivamente, como si su cuerpo tuviera autonomía propia y quisiera fundirse con el de Deryl. Se derritió en un estremecimiento de placer cuando él le susurró algo al oído en un ardiente suspiro, antes de

capturar sus labios en un beso tan erótico que la absorbió en un torbellino de sensaciones que aumentaron su excitación. Se preguntó vagamente si iba a llevarla a la cama y luego tomarla toda entera, no sólo la boca. Sí, le dejaría hacerlo, admitió para sus adentros. Prefería morir antes que repelerlo, o rehuir unos labios capaces de tal contagiosa voluptuosidad, temblando por cada una de aquellas caricias que alimentaban su arrebato.

De pronto, en el encantamiento del abrazo, resonó el canto de un pájaro nocturno, molesto e inoportuno, agrietando el extasiado abandono que se estaba apoderando de Melissa y Deryl. Ella le rodeó la nuca y deslizó los dedos en su espeso y oscuro cabello, ansiosa de más besos y otros excitantes estímulos. Ansiaba una intimidad menos superficial que la que otorgaba el contacto de las bocas, por muy apasionados que fueran los besos. Cuando él apenas se apartó, ella ladeó la cabeza y le miró, casi con arrogancia, al hombre que ya la dominaba por completo con su sola presencia, seduciéndola con impulsos apasionados. Ella era todo deseo, y la excitación de sus sentidos aumentó al encontrarse con sus ojos: estaban nublados de lujuria por ella. La demostración de lo mucho que la ansiaba, presionada contra su entrepierna, explícita hasta el punto de sonrojarla y, al mismo tiempo, tentarla.

Deryl deslizó el escote del vestido sobre sus pechos para poder tocar su piel, antes de ensañarse en sus pezones con labios ardientes. Ella gimió y estiró el torso, despreocupada de mostrarse impúdica. Estaba preparada a ofrecerse a él, si él estaba dispuesto a sobrepasar los límites permitidos por el compromiso.

Ella no tenía intención de impedírselo.

Pero él se contuvo.

Lo miró confundida, sacudida por un temblor que le revelaba hasta qué punto estaba excitada.

—Deryl... —balbuceó.

Parecía debatirse, en conflicto con el impulso de hacer el amor, allí y ahora, como amantes dominados por una pasión tan fuerte que no tenían otra elección que rendirse a los impulsos carnales.

—Me gustaría empezar a besarte de nuevo hasta agotarte de voluptuosidad. Me gustaría explorar la húmeda dulzura de tu boca. Me gustaría tumbarte en la cama, desnudarte y acariciarte prolongadamente entre las piernas antes de que me recibas mientras te acaricio los pechos. Ni siquiera sabes cuántas veces mi mente ha conjurado la visión de tu hermoso cuerpo desnudo... —su voz era ronca al murmurar aquellas palabras de amor—. Despierto me obsesionas como sólo tú puedes hacerlo, e incluso en sueños, cuando has venido a perturbar mis sueños.

—Deryl, yo... —se humedeció los labios y se limitó a mirarlo.

Él volvió a colocarle el vestido con gestos toscos, negándose a ir más allá. Quizá porque la boda no estaba lejos y no quería transgredir el compromiso que había adquirido de respetar su propia castidad y la de ella hasta la noche de bodas.

Melissa se tragó la vehemente protesta que le cosquilleaba la garganta cuando, rozándole los labios con el pulgar en una última caricia, dejó caer los brazos hacia atrás.

—¿Deryl? —repitió ella.

—Vete, te lo ruego, o no seré responsable de mis actos —le susurró en la cara—. Mañana me dirás por qué me has buscado.

Melissa se dio cuenta de lo inútil que sería insistir. Su piel ardía allí donde la había tocado, pero él no volvería a empezar aunque, indiferente al esfuerzo de verdadero *gentleman* de Deryl por detenerse, ella lo besara por voluntad propia. Aunque reacia, se rindió a su voluntad. Si así lo deseaba, obedecería.

—Ve a dormir, amor —la instó de nuevo.

Ella dio un paso atrás, mirándolo con turbadora concentración para grabar aquel rostro en sus ojos y luego soñar con él aquella noche. Nada en el mundo podía sustituir los maravillosos e intensos sentimientos que Deryl le infundía. Si estaban juntos, se disipaban los temores que ella no podía reprimir cuando estaba sola, e intentaba en vano no pensar en las consecuencias de descubrir su verdadera identidad. Tenía que ingeniárselas para darle a Nicoli lo que le pedía... a cualquier precio.

—No era nada importante, Deryl —se sorprendió replicando con la determinación de quien ha cruzado un límite prohibido y no piensa volver atrás.

—Mejor así, entonces.

—En realidad, el consuelo que me has dado es lo único que importa, después de todo. No quiero dejarte, quiero estar contigo, para siempre.

—No puedo pedir nada mejor, amor.

—¡Ni siquiera pienses hasta qué punto lo quiero!

Tras pronunciar esas sentidas palabras, Melissa giró sobre sus talones y salió corriendo.

ESTABAN TOMANDO el té en el salón de Edwina, una tarde unos días después, cuando la voz de Harriet rompió el silencio que se había apoderado temporalmente de la estancia, cada uno de ellos concentrado en saborear la caliente infusión que acababan de servirles los criados, acompañada de un surtido de delicatessen, dulces y saladas.

—Mabel, ¿puedo preguntarte quién es el hombre con el que estabas hablando hace unas noches, detrás de los establos? Si no estoy siendo indiscreto, claro está.

Las miradas de los presentes se dirigieron a Melissa, que se ruborizó por completo. Dejó la taza sobre el platito, antes de que pudiera derramar su contenido. Podía imaginárselo todo, salvo que la otra le hiciera semejante pregunta. Sintió que se estremecía. ¿Y ahora qué? ¿Cómo justificar el encuentro con Nicoli?

Deryl, Drew, Edwina la miraban inquisitivamente, esperando que respondiera a Harriet.

Esta última parecía imperturbable. La sonrisa de sus labios era el emblema de la inocencia.

—Querida, ¿salisteis a oscuras? —Edwina, con la taza suspendida en el aire, parecía incrédula de que Mabel se hubiera comportado de manera tan imprudente.

Deryl, en cambio, la miró con desaprobación.

—¿Estabais fuera con alguien y no me dijisteis nada? —fue su comentario, expresado, tal vez, como simple curiosidad, más que por reproche.

Melissa tenía la lengua trabada y la mente vacía de pensamientos, y tras el rubor que había subido a sus mejillas, sintió que la sangre se le escurría del rostro mientras palidecía.

¿Qué diantre podía decirles a los Ashley que no sonara a mentira? ¡Dios mío, estaba metida en un lío, pero un lío gordo!

—¡Qué imprudencia! —repitió Edwina.

—De hecho, yo misma lo juzgué así. Aventurarse en el parque sin compañía es algo que yo no haría —Harriet le guiñó un ojo a su madre con esa actitud de sabelotodo que se considera que está por encima de toda debilidad humana.

—Tenía migraña y pensaba que respirar aire fresco podría sentarme bien... —tartamudeó Melissa, esforzándose por articular la frase.

—No está prohibido, por cierto —remarcó Edwina.

—Nada que objetar, si no se hubieran advertido intrusos merodeando.

—Tienes razón, Deryl, lo había olvidado.

—Pasear a esa hora podía resultar peligroso.

El tono de Harriet sonó, en todo caso, más chillón al reiterar aquel concepto. Eligió un esponjoso pastelito relleno de chocolate, saboreándolo con la glotonería de una niña golosa, y dirigió a Melissa una mirada meliflua para que explicara mejor a los presentes el porqué de semejante temeridad.

Ella se encogió de hombros. Aquella tarde se había movido con sumo cuidado para no ser descubierta por nadie, pero estaba muy nerviosa por su encuentro con Alvaro Nicoli y había olvidado que las ventanas de la habitación de Harriet daban a aquel lado del jardín. La otra la había visto, aunque Melissa se había mantenido en el límite del césped, y, por precaución, se había puesto una capa oscura con la esperanza de confundirse con las sombras del crepúsculo. Había sido tonta, más que descuidada, al subestimar el ingenio de una chica que no había dejado de boicotearla y que fingía ser su amiga. A Melissa le asaltó el temor de haber cometido un error al verse con el ayuda de cámara del barón. Por otra parte, ¿cómo hubiera podido negarse después de leer su ultimátum? Estaba ansiosa por saber quién era realmente, por lo que había sido una elección forzada, pero también un paso en falso que podía comprometerlo todo. Lanzó una mirada vacilante a Deryl, sin saber qué decir a los presentes para convencerles de que sólo había intercambiado unas palabras con uno de los mozos de cuadra.

¿Y si Deryl hubiera querido investigar más?

No, basta de mentir, ¡posiblemente acabaría empeorando las cosas! El impulso de confesárselo todo la aguijoneó. Estaba cansada de verse atrapada en una pantomima que la mantenía constantemente ansiosa, se dijo a sí misma, buscando el valor para confesar la verdad. Decidida a sacudirse la indecisión, abrió la boca, dispuesta a limpiar su conciencia de aquel secreto, pero Drew se le anticipó con una sincronización que le impidió hablar primero.

—Harriet, querida, era yo el hombre que acompañaba a Mabel, ¿no me reconociste?

La chica se quedó de piedra al escuchar la declaración de su hermano. Se notaba que no se lo había esperado.

—¿De verdad, Drew?

—Sí, claro, ¿acaso lo dudas?

—Bueno, desde la ventana no parecías tú, francamente.

—Era de noche, y sin la luz del día puede pasar que cometas un error de bulto, ¿no?

—Sí, supongo que la distancia y la oscuridad pueden haberme confundido como dices, Drew.

—Oh, ya está, aclarado el misterio. —Edwina volvió a saborear su té, haciendo una mueca al darse cuenta de que se había enfriado.

—No os lo toméis como un reproche, Mabel, no lo es, pero es absolutamente necesario que no salgáis de Brentwood Court a horas intempestivas, no sin que alguien os acompañe —intervino Deryl—. No quiero coartar vuestra libertad, pero saber que deambuláis por ahí de noche sería motivo de alarma para mí.

—Querido, ¿podríamos cambiar de tema?

—¡A vuestra entera disposición, Lady Edwina!

La mujer le sonrió amablemente antes de desviar la mirada hacia Mabel.

—Ya casi estamos, querida. Dentro de una semana, Deryl y tú os daréis el sí, y os convertiréis en mi nuera.

—Como suegra no podría pedir nada mejor.

—Os lo agradezco, sois realmente un tesoro. Os he cogido cariño y habría podido deciros las

mismas palabras.

Melissa, que entretanto se había calmado, asintió con la cabeza.

—Sólo de pensarlo me emociono, y por la noche, a medida que se acerca la fecha de la boda, me cuesta conciliar el sueño —Era la impaciencia por ser pronto la esposa de Deryl lo que la mantenía despierta. Era el marido con el que ni siquiera se había atrevido a soñar. Era noble de corazón, así como de alcurnia. Juntos lo compartirían todo, especialmente la pasión física que ambos deseaban satisfacer. Ella no quería a nadie más que a Deryl, para siempre.

—¡Diantre!, ¡insomne!, ¿por qué? —resopló con petulancia Harriet, quitándose irritada un tirabuzón del ojo—. No vas a subir al patíbulo, ¡me parece!

—Harriet, no seas desagradable —la amonestó Drew.

—No me parece una broma divertida, ¡en absoluto! —La mirada de desaprobación de Edwina habría resultado escalofriante para cualquiera, pero no afectó a la expresión seráfica de la muchacha.

—Harriet posee un extraño sentido del humor —se hizo eco Deryl. Él tampoco sonreía, de hecho, parecía bastante molesto.

La otra se encogió de hombros, cogió una tartaleta de grosellas de la bandeja y, antes de metérsela en la boca, proclamó:

—¡Si yo estuviera en la situación de Mabel, bailaríamos de felicidad a cada momento!

—Afortunadamente no somos todos iguales —balbuceó Drew.

—Cierto, algunas personas viven sus estados de ánimo de una manera más sobria y no deben ser execradas por ello —sentenció Edwina—. Mabel, querida, el pastor Simpson propone el próximo jueves para el ensayo de la ceremonia.

—A mí me parece bien. —Melissa le sonrió.

—Yo también lo apruebo —Deryl hizo una mueca divertida como diciendo: mira lo que tengo que hacer, y todos se rieron, mientras que la tensión, que durante la última media hora se había ido acumulando entre las paredes del salón, se disolvía en un ambiente más relajado.

—¡ESTABA desesperado por volver a verte, muchacha! —Alvaro Nicoli apareció de repente en el camino de tierra que serpenteaba entre los árboles hasta el arroyo, cortando el paso a Melissa. Agarró hábilmente las riendas del animal que montaba, sujetándolo con la debida energía para evitar que la descabalgara. No es que estuviera galopando, claro está, ya que aún no había practicado hasta el punto de hacerlo correr velozmente.

—¡Alvaro! Me habéis asustado.

—Perdona, no quería saltar tan de repente, pero te estaba vigilando y he aprovechado la ocasión. —Él la ayudó a desmontar de la silla.

—También me ponéis en peligro a mí, vagando por Brentwood con los guardias dando vueltas.

—¿En peligro?

—Harriet os ha visto desde la ventana, la vez pasada.

—¿Estás segura?

—Me ha preguntado delante de todos quién era el hombre con el que hablaba. Os dejo que imaginéis la reacción de los demás.

—¡Maldita sea!

Ella se bajó la capucha de la capa y amplió el espacio entre ella y *Black Beauty*. Montar a

caballo no la entusiasmaba, ¡todo lo contrario! Los Ashley eran excelentes jinetes y Deryl quería que aprendiese a montar a caballo, aprendiendo a gobernar a los espléndidos purasangres que criaba con una dedicación exclusiva.

—¿Y cómo te has justificado?

—Gracias a Dios, como pudisteis constatar, Drew había llegado, y ha creído de buena fe que Harriet se refería a él, sosteniendo que estábamos juntos.

—Naciste de pie, muchacha, ¿lo sabías?

—Aunque así fuera, no se debe abusar.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de no tentar a la suerte. Y, de todas formas, no puedo entretenerme más con vos más que unos pocos minutos, así que ajustad vuestro tiempo.

—¿Es por el individuo que te acompaña?

—Sí, el hermano del vizconde, el que me ha sacado del apuro. Hoy he salido a cabalgar con él. Drew tenía que hablar con uno de los granjeros, y con el pretexto de querer pasear por la granja para practicar la equitación, me he alejado.

—¡Brava! —Él se arregló la coleta, despeinada por el viento.

—Podría llegar de un momento a otro.

—Desapareceré enseguida, si has traído algo para mí.

Se desabrochó el medallón de oro y se lo tendió a Nicoli, mientras le contaba su conversación con Lady Edwina.

—¿Y cuándo podrás disponer del dinero heredado? —le inquirió Alvaro, sopesando la joya para valorar cuánto podría ganar con la venta del objeto.

—Espero que pronto, pero mientras tanto tendréis que conformaros por ahora con el colgante. No tengo intención de robar en casa de los Ashley, por favor, comprendedlo.

—¡Ah, muchacha, tienes demasiados escrúpulos con esa gente!

—Vos los definís *gente*, para mí son personas muy queridas. Dentro de unos días me casaré con el vizconde y evitaré el remordimiento de pagarles a él y a su familia comportándome como una vulgar ladrona. El medallón de oro y la cadena, por otra parte, son míos y os bastarán para salir del paso durante un tiempo. Si Deryl se da cuenta de que me faltan, le diré que los he perdido. Os daré el dinero en cuanto sea ingresada mi renta personal, de la que dispondré dentro de muy poco.

—¡Hum! Hagámoslo así: me quedaré con el caballo. Conozco a alguien que lo comprará sin hacer preguntas inoportunas, y me mantendré alejado de ti hasta que consigas el dinero. Te deseo lo mejor para el día de tu boda, y ten por seguro que no te molestaré durante tu luna de miel. No me parece correcto interferir entre dos recién casados.

—¡Pero no podéis apropiaros de *Black Beauty*! ¿Qué le voy a decir a Drew cuando aparezca a pie?

—Muy sencillo: dirás que te ha tirado de la montura y la bestia se ha escapado, suele pasar...

—de repente él le dio un empujón, haciéndola caer de bruces sobre el polvo del camino, y luego la golpeó en la cara con los nudillos, sin ser demasiado violento.

—¿Qué diantre hacéis? —Melissa lo miró asombrada.

—No te he causado mucho daño, y la mascarada tiene que parecer verosímil. El moratón de tu pómulo desaparecerá rápidamente, no te preocupes, de lo contrario, ¿cómo podría el vizconde tomar al pie de la letra tu afirmación?

Ella se apoyó en el codo para levantarse, conteniendo las lágrimas. El golpe no había sido violento, pero la cara le dolía de todas formas.

—Por favor, dejad el caballo. Yo no...

Sin siquiera escucharla, se izó sobre su grupa y, espoleando a *Black Beauty* con los tacones, se escabulló entre la espesura de los árboles.

Desconsolada y aturdida por el puñetazo, Melissa volvió sobre sus pasos, caminando por el sendero que conducía a la granja.

Drew estaba todavía en la era, charlando con el granjero, un hombrecillo pequeño y esmirriado, de ojos bonachones, cuando ella reapareció.

—Mabel, ¿dónde está *Black Beauty*?

—Lo siento, Drew, de repente, ha escapado...

—¿Escapado? Por todos los demonios, ¿qué os ha pasado? —exclamó él, fijándose sólo en ese momento en sus ropas desaliñadas y en la hinchazón de su mejilla.

Evitando mirarle a los ojos por miedo a que se diera cuenta de que mentía, le dijo que la había descabalgado y que Black se había marchado al galope.

—¿Os habéis hecho daño? —él la examinó preocupado.

Melissa se limitó a negar con la cabeza, sonrojándose bajo la mirada ceñuda del hermano de Deryl.

—¿Estáis segura?

—No me he hecho nada por lo que debáis compadeceros de mí —ella lo tranquilizó—. Me he golpeado el pómulo con una piedra, una nimiedad, como podéis observar, y se me curará en unos días.

—Qué extraño, *Black* es dócil, jamás se ha comportado así.

—Perdonadme, Miss, mi mujer podrá remediarlo con compresas de agua fría y un ungüento que hace milagros —intervino el granjero—. Si me hacéis el honor de acompañarme a mi casa, estaremos encantados de ofreceros algo para que se os pase el susto que os habéis llevado.

—Gracias, John, si Mabel está de acuerdo, aceptaremos gustosos vuestra sugerencia —asintió Drew.

—Si para vos no es molestia, yo también os agradezco vuestra amabilidad —aprobó Melissa, antes de encaminarse con Drew hacia la casa del labrador.

OCHO

La capilla privada de los Ashley era acogedora y hermosa, una verdadera joya de la época de los Tudor, que Jerome, el primero de la estirpe, había restaurado cuidadosamente. Estaba en ruinas cuando el primer vizconde había tomado posesión de Brentwood Court. El edificio era lo suficientemente espacioso como para albergar a varias personas, y en su interior se respiraba una sensación de paz y misticismo adecuada para el recogimiento y la oración de quienes allí se encontraban. Los bancos estaban dispuestos a ambos lados y había un dosel sobre la pila bautismal, igualmente de estilo Tudor. El techo era de roble con ángeles tallados, y las ventanas, realizadas con fragmentos coloreados de vidrio medieval, rescatados de los escombros, proyectaban la luz exterior sobre el suelo de ladrillo en forma de espina de pez. Seguía siendo la planta original, le había explicado Deryl, porque su astuto antepasado tenía un agudo sentido artístico, y conservar el notable efecto decorativo había sido encomiable.

Harriet iba a ser dama de honor, y Drew, que haría las veces de padre de Mabel, la acompañaría al altar, para luego hacer de testigos junto a las novias el barón Arthur Wilson, un íntimo amigo de Deryl que vivía a poca distancia de los Ashley.

—Los jardineros arreglarán las flores mañana antes del amanecer, para que estén frescas para el casamiento. —Lady Edwina estaba resfriada, pero a pesar de ello había dispuesto que la ceremonia fuera seguida de un delicioso refrigerio con todo tipo de manjares para los invitados, y que culminaría con el corte de la tarta nupcial.

—Nuestra madre les ha permitido saquear el invernadero sólo por ti —se rio Drew, guiñándole un ojo a Mabel—. Una boda sin adornos florales sería muy triste.

—Gracias, Lady Edwina —Melissa le sonrió. Estaba conmovida por tal muestra de afecto y se le notaba.

—Nada de lágrimas, ¿eh? —la amonestó, sonándose la nariz para disimular su emoción. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos, y no era sólo por los estornudos—. Guardad alguna para vuestra boda, querida.

—Recomendación inútil, madre —rio Deryl, rozando con los labios la mano de su emocionada prometida—. Nervios de acero, amor mío —le susurró, lanzándole una mirada de explícito deseo—. Todo saldrá perfecto para la celebración de nuestra boda, podéis apostar, pero lo que más me urge, si es que hace falta decirlo, es que será la última noche en la que dormiremos separados.

Melissa estaba radiante. Lady Edwina había hecho reformar la suite principal que siempre había albergado a los Ashley recién casados, y le había encantado. Ocupaba prácticamente toda el ala sur de la planta superior, y además de la cámara nupcial con su enorme lecho con cortinas, contaba con dos saloncitos para cada uno de los novios, a los que se accedía por puertas de doble

batiente enfrentadas, a derecha e izquierda de la cama. Había vestidores dobles que daban independencia a los esposos en sus rutinas diarias, un gran cuarto de baño con una bañera en la que cabían cómodamente dos personas, y una segunda estancia, más pequeña, en la que había una sencilla bañera de cobre.

—La efusividad resérvala para otro momento —esta vez fue Harriet quien habló.

Deryl no pareció irritado por el ácido comentario de la chica y rodeó la cintura de Melissa con el brazo, como si reclamara el derecho a ese tipo de confidencias.

Harriet apretó los labios en un mohín que la hacía parecer fea.

—El ensayo del servicio ha salido muy bien —intervino el pastor Simpson en tono bonachón.

—Entonces, ¿podemos volver todos a casa, Martin?

—Sí, Deryl, y mañana celebraré la verdadera que uniré...

—¡No, reverendo, no creo que se celebre tal boda!, ¡ni mañana ni nunca! —sonó una aguda voz femenina desde el umbral de la capilla—. ¡Una boda que yo no dudo en calificar, y sin temor a equivocarme, de farsa grotesca!

Los presentes se giraron al unísono, mirando sorprendidos a la mujer que había hablado. Iba elegantemente vestida, y por los ribetes de su capa se vislumbraba el vestido azul noche de pesada seda. Se mantenía erguida con la altivez de quien alardea de su alcurnia. Su rostro estaba protegido por un velo que descendía del ala de su sombrero. Detrás de ella había una muchacha de unos trece años, de rostro sonrosado, muy bonita, con un gorrito de cintas de colores anudado bajo la barbilla, y un caballero con la cabeza descubierta que observaba a los presentes con curiosidad. Se había quitado el sombrero por respeto al lugar, y su espesa melena de color negro, un poco a lo dandi, brillaba bajo la suave luz del sol que se colaba por los vidrios emplomados.

—¿Quién sois? ¿Quién os ha autorizado a entrar en mi propiedad sin invitación? —la voz autoritaria del vizconde resonó en el silencio que se había apoderado de golpe de la capilla.

—Os pido disculpas por esta grosera intromisión, Lord...

—Sí, al menos a mí así me lo parece.

—Vuestros criados me han dicho dónde puedo encontraros, porque yo soy...

—¡Mabel! —exclamó Melissa.

Todos se giraron bruscamente en su dirección.

—Exacto, Melissa, es decir, a la que te has atrevido a sustituir impunemente —exclamó la otra, apartándose el velo y mirándola con rencor—. No te lo esperabas, supongo, y al parecer he llegado justo a tiempo para desenmascararte, impidiendo que Deryl se case con una sirvienta mentirosa y recelosa.

—Entonces ella sería Mabel, ¿y no vos? —Deryl se había vuelto asombrado hacia Melissa, que había palidecido tanto que al final se había puesto morada.

—Sí —confirmó esta última en voz baja casi inaudible.

—¿Cómo la habéis reconocido? —la apremió él—. ¿Acaso habéis recuperado la memoria?

Ella negó con la cabeza.

—No, yo... ha sido la voz. Mabel ha hablado y su nombre me ha salido espontáneamente de la boca —articuló con dificultad como respuesta, petrificada hasta el punto de ser incapaz de moverse.

—¿Así que os ha dicho que había perdido la memoria? ¡Menuda sinvergüenza! —Mabel hizo un gesto amenazador con el dedo hacia la desconcertada Melissa—. Haré que te arresten y te arrepentirás de haberme suplantado en esta vergonzosa farsa.

—No es como pensáis —intentó justificarse, consciente de que todas las miradas estaban

clavadas en ella. Hubiera preferido morir antes que enfrentarse a la culpa de Deryl y su familia.

—¿Ah no? ¿No imaginabais que me hubiera salvado?, ¿verdad?

Melissa intentó decir algo, pero tenía un nudo en la garganta que le dificultaba incluso respirar, y no digamos hablar.

—Estabas convencida de que yo había muerto con mis padres y te ilusionabas con la idea de poder salirte con la tuya —continuó la otra con rabia—. Debería darte una paliza por lo que has hecho.

—Yo siempre había sospechado que era una impostora capaz de engañarnos a todos —intervino Harriet— y ahora tenemos pruebas. Nos ha engañado con una astucia inusitada.

—Este no me parece el lugar más apropiado para entablar una discusión que promete ser, cuando menos, difícil. —Drew se adelantó y lanzó una mirada fulminante a la muchacha.

—Sí, pongámonos cómodos en casa —convino Lady Edwina. Parecía conmovida por el giro que se estaba produciendo en la capilla en aquel momento—. Excluyendo la voz, incluso añadiría que vosotras dos parecéis hermanas.

—Sí, y esa ingrata se ha aprovechado de ello para sustituirme, pero no se saldrá con la suya. Puedo ser vengativa como nadie con la gente que me apuñala por la espalda.

—Merece que la metan en una celda para que cumpla por su incalificable deshonestidad —pidió Harriet, que se regodeaba.

—El asunto sólo concierne a Deryl, y te ruego que te mantengas al margen —continuó Lady Edwina secamente—. No te corresponde a ti expresar opiniones que no nos interesan.

—Exacto —asintió Drew.

—Así que evita interferir en juicios que no te honran o me disgustarás de verdad.

—Perdonad que me entrometa... sea como fuere, os pediría que moderaseis el tono de la discusión. —El pastor miró con expresión contrariada a la recién llegada, él que era de carácter fácil como pocas personas en el mundo—. No sólo por respeto a esta iglesia, sino sobre todo por lo consternada que está la pobre criatura que tiembla como...

—¿Consternada *ella*, reverendo? ¿Y qué debería decir yo? —le reprendió Mabel con dureza, dando un paso al frente con agresividad, como si quisiera intimidar a Simpson y a cualquiera que pudiera ponerse de parte de Melissa—. Me presento en casa de *mi* prometido para informarle de que estoy viva, y me dicen que lord Deryl y su futura esposa van a celebrar mañana su boda. Estaréis de acuerdo, espero, en que es realmente el colmo descubrir que la “novia” es mi *devota* doncella.

—Señora, las rabietas nunca son adecuadas para resolver estas situaciones, como tampoco lo son los altercados y los insultos...

—Reverendo, yo soy Mabel Montorsi, por si aún no estáis convencido.

Melissa, que había seguido conmovida el intercambio de palabras, emitió un sollozo ahogado y, antes de que Deryl, tan desconcertado como ella, tuviera la previsión de detenerla, huyó de la capilla, cuya puerta había permanecido abierta, pasando a toda velocidad junto a Mabel sin mirarla.

—Entonces, ¿realmente sois Mabel? —se había acercado el vizconde y la miraba con el ceño fruncido de quien está decepcionado.

—En carne y hueso, por si necesitáis confirmación.

—Santo cielo, ¿cómo habríamos podido imaginar esto?

—En efecto, Lady Edwina, estoy vivo de milagro. El *gentleman* que me ha traído en carruaje a Brentwood Court con su hermana Amy, es Kenneth Williams, conde de Hambersham.

El hombre esbozó una reverencia en dirección de Deryl.

—Fui acogida y cuidada en Wisteria House, su morada, tras ser rescatada en el mar por Basil, un pescador que vive en una cabaña del pueblo, propiedad de Ken. Antes de perder el conocimiento, le conté a Basil quién era y lo que me había ocurrido. Él se apresuró a informar al conde de inmediato, e hizo que me trasladaran a Wisteria, confiándome a su propio médico. Me he recuperado de una fuerte neumonía debida a mi prolongada permanencia en las aguas del mar, que me ha debilitado enormemente. Sólo cuando la fiebre ha dejado de aquejarme, con ataques intensos hasta el delirio, he recuperado la conciencia. La recuperación ha sido larga y dolorosa, pero aquí estoy.

Deryl suspiró.

—Necesito beber algo fuerte.

—Creo que lo necesitamos todos —decretó lady Edwina, mirando a Mabel con expresión insondable.

—Estoy completamente de acuerdo. Por lo tanto, yo diría de trasladarnos a otro lugar sin más dilación —concluyó Andrew.

—OS VUELVO A PREGUNTAR: ¿habéis recuperado la memoria?

—No, Deryl, ojalá.

Melissa no se atrevía a mirarle a los ojos. Si la memoria seguía siendo un pozo insondable, en realidad sabía que no era la hija del barón de Montorsi y se arrepintió de habérselo ocultado. Hablar ahora equivalía a que él la considerara una mentirosa y ella no tenía fuerzas para soportar ni siquiera su desprecio. El alboroto desatado por Mabel era legítimo y habría causado conmoción en el condado. Los Ashley pertenecían a una antigua y respetable noble familia, y el intercambio de persona, incluso de novia, animaría muchos cotilleos en los salones de sus conocidos durante quién sabe cuánto tiempo. Había sido presentada a casi todos los vecinos como la futura esposa del vizconde, y ahora resultaba que la prometida era otra persona. No podía culpar a nadie si todos juzgaban que la amnesia no era auténtica. Dejando eso a un lado, había sido deshonesto mentirle sobre un detalle crucial hasta tal punto de cancelar la boda incluso antes de la reaparición de Mabel. Lo había hecho por amor, por supuesto, pero no estaba nada orgullosa de haber actuado solapadamente. Deryl merecía lealtad, justicia y sinceridad de una mujer que decía amarle.

Por eso le avergonzaba mirarle a la cara.

No le sorprendió demasiado que se hubiera reunido con ella en la alcoba, diez minutos después de volver de la capilla con los demás, para pedirle una pertinente aclaración.

—¿Cómo sabíais que era Mabel? —insistió él, escrutándola con los ojos entornados.

Ella movió la cabeza.

—He tenido una sensación extrañísima. No podía respirar y el corazón casi me estalla por dentro, me latía muy deprisa. No puedo explicar mi estado de ánimo en ese momento. Supongo que cuando las circunstancias son emocionalmente intensas una puede reaccionar así.

—Ella está furiosa con vos.

—Me lo imagino, pero no se trata de un abuso deliberado. Llevo semanas torturándome con el dilema de mi identidad, no se os habrá escapado.

Él se entrelazó las manos detrás de la espalda y asintió con gesto adusto, mirando por la ventana. La tarde se desvanecía en el crepúsculo y la niebla se filtraba entre las ramas de los árboles.

—Estoy tratando de convencerla de que no os denuncie.

—Os lo agradezco, vizconde. Quiero a Mabel, a pesar de que ella crea lo contrario. Puedo entender perfectamente la razón de su animadversión hacia mí.

—¿Vizconde?

—Sí, porque ya no tengo derecho a dirigirme a vos de manera tan afable, lo sabéis.

—¿Qué tontería es esta?

—No, no es ninguna tontería. Un criado no se tomaría jamás libertades de este tipo.

—Pero vos no sois...

—Oh, sí, ya lo creo que lo soy. De tanto observar a vuestros sirvientes, que son extremadamente deferentes con todos los Ashley, me doy cuenta de que tengo que ajustarme a su comportamiento. Probablemente ni siquiera debería estar en una estancia del señor, sino en una de las estancias reservadas a los sirvientes.

—Ahorradme esas tonterías, os lo ruego. —Su tono era seco y apenado al mismo tiempo. Volvió a centrar su atención en ella y añadió —: Melissa, yo os creo.

—Eso me reconforta como no os podéis suponer. —Esa confianza incondicional la hacía sentirse, si cabe, más despreciable.

—Por desgracia las cosas han cambiado drásticamente.

—Soy consciente de ello.

—Ni que decir tiene que debo cumplir mi compromiso con los padres de Mabel, no podría actuar de otro modo.

—No es mi intención obstaculizaros.

—¿Aún tenéis familiares en Italia? Quiero decir, ¿hay alguien con quien poder reuniros y que pudiera acogeros si quisierais abandonar Inglaterra?

—¿Cómo voy a poder responderos a eso?

—¡Maldita sea, qué idiota soy al formular una pregunta tan absurda!

—¿Creéis que no podré arreglármelas sola?

—No quiero angustiarme imaginándoos en la estacada, y desprotegida.

—Sois demasiado aprensivo, y sobre tener parientes, es lógico suponer que, por haber decidido seguir a los Montorsi en este país, debería estar sola en este mundo, vizconde.

—Melissa, si no queréis disgustarme, dejad de ser tan formal conmigo, os lo advierto.

—Nuestras relaciones ya no son lo que eran.

—¿Y entonces? Vamos, dejad de tratar de tensar aún más mis ya sobrecargados nervios. No quiero inquietarme por vos.

—Si así lo preferís.

—Lo exijo.

—De acuerdo —accedió ella—. Y no debéis preocuparos, bajo ningún concepto, por alguien con quien no tenéis ninguna obligación, ni siquiera moral, de hacerlo.

—Os equivocáis —le contradijo en tono resuelto, mirándola fijamente con ojos que mostraban que estaba atormentado por una situación que no presentaba solución—. Estamos atrapados en un callejón sin salida. Debo casarme con ella, pero vuestro bienestar me preocupa mucho y sería un cobarde, carente de sensibilidad, si no te ofreciera mi apoyo.

—Aprecio mucho lo que decís, Deryl.

—No es culpa vuestra que la amnesia haya causado semejante desaguisado.

—Todos somos víctimas, y lo digo sin autocompasión. El naufragio del *Duca di Savoia* nos ha atrapado en un paradójico malentendido.

—Que yo pretendo resolver.

—¿Tenéis en mente alguna solución aceptable que Mabel pueda aprobar? —le preguntó, más para satisfacer su generosa solicitud que por verdadero interés. Lo que le esperara al día siguiente no le importaba, pues ya había perdido a Deryl.

—Todavía no, por desgracia. Me han pillado con la guardia baja y no puedo, en caliente, planificar las cosas. Tengo que reflexionarlo con calma y estudiar un lugar adecuado para vos. Ni que decir tiene que no podréis permanecer bajo el mismo techo que Mabel.

Melissa esbozó una sonrisa apática.

—Sería una convivencia infernal.

—Sobre todo para mí.

—Lamento que estos problemas hayan recaído sobre vuestros hombros. Y más me duele no poder seros de ninguna utilidad.

—Veré de encontraros acomodo...

—No tenéis por qué hacerlo, y debéis comprender que, dando rienda suelta a vuestro loable sentido del deber, acabaréis exasperando más a Mabel —lo interrumpió.

—Ella acatará mis directrices, desde luego yo no las tuyas, porque pienso atenerme a lo que me dicte mi conciencia. El beneficio de la duda se concede a todo el mundo, ¿no?

—Así dicen.

—Sí, y no será tan mezquina como para negárselo a alguien que ha estado a su lado durante años, obedeciendo sus órdenes.

—A estas alturas me odia más de lo que me apreciaba en el pasado.

—Acusaros de haber fingido perder la memoria, no es tener un buen carácter. Me ha molestado la arrogancia con la que os ha tratado delante de todos nosotros.

—Estaba indignada porque una doncella se había atrevido a usurparle el puesto, convencida de que lo mío había sido un acto intencionado, y quería humillarme, desahogándose a su manera.

—Sin un atisbo de comprensión, y eso no me agrada.

—Soy inferior en alcurnia, y un subordinado no puede alegar circunstancias atenuantes, ¿verdad?

Deryl se limitó a apretar los labios.

—Si no está permitido, obviamente se interpreta como una afrenta.

—Hablaré con ella, pero sólo después de haberlo consultado con la almohada. En casa de los Ashley no hay privilegios de casta, y no toleraré injusticias.

—Lamento haber causado este pandemónium.

—¿Vos? ¡Basta de disculpas! Todos estamos agitados y con los agitados estados de ánimo razonamos mal y corremos el riesgo de que las cosas degeneren. El revuelo de hoy es suficiente, y disgustar a mi madre más de lo que ya está, es el menor de mis deseos. —Deryl se dirigió a la puerta—. Se os servirá la cena en vuestra alcoba, no porque vuestra presencia en la mesa sea motivo de vergüenza, sino para no alimentar el resentimiento de Mabel hacia vos, además en presencia de extraños. Le he comunicado al conde de Habersham que será nuestro huésped en Brentwood Court con su hermana Amy, mientras tengan intención de permanecer aquí.

—No quiero cenar. ¿Cómo podría tragar un bocado de comida con el abatimiento que me invade? El alivio de que Mabel se salvara, cuando creía que había perecido con sus padres, se ha convertido en amargura y pena, ¿Cómo pudo creerme capaz de aprovecharme de las circunstancias sin ningún escrúpulo?

—Melissa, en la ira decimos impulsivamente cosas que luego nos arrepentimos de haber pronunciado. La vuestra es una relación de años, os reconciliaréis, estoy seguro.

—No me parece que sea de las que se andan con rodeos, pero no os preocupéis, Deryl, si

vuestra consideración hacia mí sigue siendo la misma, aunque sea una doncella.

—Querida, los sentimientos que siento por vos no se han disipado con la reaparición de Mabel Montorsi —murmuró con dulzura.

—Deryl...

—No me creéis más complicaciones, os lo ruego. Ocuparme de vos es lo único que puede tranquilizarme en circunstancias aparentemente insuperables. ¿Me prometéis que cenaréis?

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

Deryl volvió rápidamente sobre sus pasos, la tomó en brazos y la besó como si no pudiera resistir ni un minuto más el impulso de hacerlo. Luego se eclipsó sin más.

Melissa se tapó el rostro entre las manos y lloró desesperada. Despedirse del hombre que amaba le rompía el corazón. No sólo eso, su corazón sangraba por la hostilidad mostrada en los ojos de Mabel. Se había regocijado al oír *aquella* voz. La amaba, y la emoción de verla en la escalinata de la capilla, pareciéndose tanto la una a la otra, la había traspasado. Si sus piernas hubieran podido moverse, habría querido abrazarla. La memoria podría haberlo borrado todo, pero el instinto la había reconocido al instante. Qué conmoción oír cómo le llovían aquellos insultos: ser juzgada como una farsante, deshonesto y embustero que engañaba a la gente con un cinismo deliberado y abyecto, le dolía. El único pecado era que había deseado a Deryl y el sueño de amor que él representaba, incluso después de descubrir la verdad por boca de Alvaro.

Pero ¿había que execrarla y condenarla por eso?

¿Cómo habría podido imaginar que Mabel también había sobrevivido al naufragio?

¿Acaso era adivina?

Deryl, el verdadero chivo expiatorio, estaba en apuros y ella odiaba la idea de ser ahora una carga. Aborrecía imponer su presencia en Brentwood en semejante contexto y marcharse era la mejor solución, que habría zanjado cualquier disputa entre él y la furiosa prometida.

Sí, en cuanto anoheciera Melissa se marcharía, llevándose consigo lo imprescindible. No quería quedarse con nada de lo que le habían comprado los Ashley durante aquel tiempo. En Londres se esforzaría por encontrar trabajo. Necesitaba el dinero para salir de Inglaterra lo antes posible. Aventurarse en una ciudad casi desconocida la intimidaba, pero también era necesario.

La vida continúa, pensó, mirando el anillo que su amor le había deslizado en el dedo. Las lágrimas se secarían y las heridas sanarían. En su interior sentía un enorme vacío, una devastación total como la que deja un terremoto. Lentamente retiró el anillo, lo rozó con los labios y lo depositó sobre la cómoda. Tenía que recoger, de entre los escombros que la rodeaban, los pedazos de su alma aniquilada, coser una apariencia de vida, por muy destrozada que estuviera. Le asustaba seguir sin él. Lo amaba, siempre lo amaría y lo lamentaría. También lo lamentaba por Lady Edwina y Drew, que le habían dado afecto y atención. Era tristísimo separarse de ellos sin poder despedirse del hermano de Deryl, sin poder abrazar a una mujer generosa y buena a la que debía mucha gratitud.

Harriet se alegraría, por el contrario, de librarse de una rival. Melissa no estaba resentida con la chica. Estaba encaprichada de Deryl y se comportaba en consecuencia.

Agobiada por los opresivos pensamientos de desapego, sacó la bolsa de viaje que Deryl le había comprado cuando había ido a Dover a recibirla tras el naufragio, y luego empezó a elegir las pocas cosas que se llevaría a Londres.

—MUCHACHA, ¿adónde diablos vas a estas horas?

Melissa se sobresaltó bruscamente cuando Nicoli salió de la oscuridad que cubría la vegetación a ambos lados del camino. En las semanas que llevaba en Brentwood Court había recorrido aquella ruta en carruaje, junto a Deryl, Drew y Harriet, nunca a pie. Afortunadamente, la niebla se había disipado y una hermosa luna casi llena iluminaba el camino.

—Tenéis la extraña prerrogativa de asustarme cada vez que aparecéis ante mí.

—Seguramente no querrás que señale mi presencia con un redoble de tambor —replicó con una elocuente mueca—. Los guardias de los Ashley también vigilan por la noche, ¿sabes?

—Les pagan por ello, me parece a mí. —Ella dejó la bolsa en el suelo y se masajeó las muñecas doloridas—. Cumplen las órdenes del vizconde al pie de la letra.

—¿Puedo preguntarte adónde vas? ¿Por casualidad estás huyendo de tu amado?

—Lo habéis adivinado, y me gustaría darme prisa, para ampliar la distancia entre él y yo, por si se da cuenta de que me he marchado.

—Maldita sea, ¿ha descubierto que no eres Mabel? ¿Te has delatado a ti misma?

Ella rio irónica.

—Nada de eso, Alvaro.

—¿Qué ha pasado, entonces?

—Jamás lo imaginaríais, me atrevería a apostar...

—¿Te diviertes manteniéndome en vilo, muchacha? —se impacientó Nicoli.

—Pues bien, mientras estábamos en la iglesia para el ensayo de la ceremonia de boda, de repente, ¿adivináis quién apareció?

—No puedo imaginármelo.

—Mabel Montorsi en persona.

El otro le clavó los ojos boquiabierto.

—Sí, y ese mismo estupor también lo hemos experimentado todos los presentes, y no es difícil imaginarse el resto.

—¿Que me parta un rayo! Entonces, ¿también se salvó ella?

—Así es, y os ahorro sus venenosas acusaciones contra mí.

—¿Acusaciones?

—Me hizo sentirme como un monstruo, una impostora que intentaba usurpar su lugar como esposa de Deryl, y obviamente no se ha creído que yo careciera de memoria.

—¿Quién sabe! el vizconde, al encontrarse con dos prometidas... —Nicoli ahora parecía exultante.

—Él cree en mi buena fe y se ofreció a solucionarlo de una manera digna.

—Un modelo de altruismo.

—No os burléis de él, su voluntad de ocuparse de alguien con quien no tiene ninguna obligación, era auténtico altruismo, y podría no haberle importado.

—¿Sabes lo difícil que será, con los contactos y el dinero que tendrá?

—Se comportó como un *gentleman*, Alvaro, a pesar de que la agresiva vehemencia de Mabel prácticamente lo abrumó. Al fin y al cabo, no es ella quien sobra.

—Así que has preferido hacer el petate y adiós muy buenas.

—Lamento que seáis vos quien salga perdiendo. Habías contado con el dinero que yo podía daros. —Ella se encogió de hombros en un gesto de resignación ante este giro totalmente inesperado de los acontecimientos—. Tal vez Mabel os contrataría como criado si supiera que habéis escapado también.

—Hum, criado, ¡y un cuerno! Había hecho planes diferentes para mi brillante futuro, muchacha.

—Yo también, pero debéis adaptaros a este cambio de circunstancias y a hacer cálculos diferentes, contentándoos con lo que el destino ha decidido para nosotros. Eráis el ayuda de cámara del padre, servisteis bien al barón, y él no os habría dejado en la estacada.

—¿Y tú qué proyectos tienes?

—Dirigirme a Londres y trabajar. Necesito dinero para regresar a Italia.

—¿Y quieres hacer todo el camino a pie?

—¿Existe una alternativa?

—Sí, llegar a caballo, y yo tendría un bonito animal para llevarnos a los dos a nuestro destino.

—¿Aún no habéis vendido a *Black Beauty*?

—¿Has visto lo previsor que he sido al final? Un caballo menos no le supone ninguna diferencia al vizconde, y no puedo abandonarte en un camino desierto, además de noche. Si confías en mí, recuperaremos el caballo, que he dejado en lugar seguro, y desapareceremos.

—No creo que tenga muchas opciones, ¿verdad?

—No, muchacha, y puedes estar segura que no te tocaré ni un pelo.

—Aunque me habéis chantajeado... —le miró dubitativa, preguntándose si debía aceptar seguirle.

—¿Chantajeado? ¡Exagerada!

—¿Ah, no?

—Estabas a punto de dar un salto de calidad, y vaya salto, mientras yo estaba con el agua al cuello: dar para recibir. Sin embargo, la situación ha tomado otro cariz y queda otra que aceptarlo. Ya sacaré un dinerillo de otra parte.

—Sois el único que conozco aquí y podemos echarnos una mano. No tengo nada más que perder en este momento, vos tampoco, considerando que ya no represento un medio para enriqueceros.

—¡Ay, por desgracia, no! Unamos nuestras fuerzas y demostrémosle al destino que no cedemos a sus viles bromas.

Ella le sonrió.

—Tenéis razón, después de todo, no podía haber salido peor.

NUEVE

—¿De verdad que os habréis creído lo de la amnesia de Melissa, mi ingenuo Deryl?

Él frunció el ceño, notando que Mabel lo miraba burlonamente. No le gustaba aquel exceso de rencor hacia Melissa. Ni siquiera había hecho el esfuerzo de ponerse en su lugar, dando por sentado que sólo contaba su versión de los hechos.

—¿Por qué no? Os aseguro que era auténtica, y no es una opinión mía.

—¡Pero entonces sí que estabais convencido! —exclamó asombrada.

—No es posible simular un estado mental alterado, debéis daros cuenta de ello.

—La ocasión hace al hombre ladrón —respondió con petulancia Mabel.

—Exacto —se hizo eco Harriet.

Edwina le lanzó una mirada fulminante. Estaba indispuesta por un fuerte resfriado y sólo les había seguido hasta el salón por educación, de lo contrario también se habría retirado.

—Querida, Melissa ha sido examinada varias veces por nuestro médico, no pretenderéis refutar su pronóstico.

—También le habría engañado a él, no me cabe duda.

—¿Pero qué decís? Nada más llegar se encontraba en un estado que no yo dudé en calificar de lamentable. Sufrió un trauma emocional y físico que...

—¿Y yo no? —la interrumpió irritada Mabel—. Preguntadle a Kenneth en qué estado me encontraba yo cuando me rescataron más muerta que viva. Podría haber sucumbido como mis padres si no hubiera salido a la cubierta del *Duca di Savoia* a buscar a Melissa. Me había torcido el tobillo y avanzaba despacio; mamá estaba agotada por el mareo y yo quería que me ayudara a cambiarle el vestido sucio, una tarea impropia del ayuda de cámara de mi padre.

—De hecho, Mabel tenía la pierna tan hinchada e inflamada como el resto —confirmó el conde. Sonrió de manera desarmante a Harriet mientras hacía una pausa. Halagada por su admiración, la muchacha batió las pestañas de manera coqueta—. La fiebre, provocada por la larga estancia en las frías aguas del océano —prosiguió—, la conmoción de haber presenciado el hundimiento de la nave con toda su familia a bordo... ¡por no hablar de estar enferma!

—Eso también vale para Melissa, ¿no creéis? —se volvió Edwina—. Estoy también firmemente convencida de que no hubo intencionalidad al sustituiros.

—Sois demasiado magnánima —comentó Mabel.

—Bueno, si la mantuvisteis a vuestro servicio durante años creo que era eficiente y fiable, de lo contrario la habríais despedido. Insistir en presentarla como una impostora hace pensar que queréis denigrarla a nuestros ojos, manchando su reputación por despecho, y no por culpa real. Sea cual sea vuestro juicio, os aseguro que ella ha tenido una conducta ejemplar con nosotros.

—Me indigna que se haya atrevido a hacerse pasar por mí.

—Mi madre tiene razón. Lo ocurrido en estas semanas ha sido accidental, no calculado. Si hubiera sido de otro modo, se habría traicionado a sí misma, debéis persuadiros: ella estaba segura de ser vos.

—Estoy completamente de acuerdo con Deryl y con mi madre —intervino Drew con tono sosegado—. Podéis estar resentida, Mabel, pero vuestra doncella no estaba, en absoluto, simulando la pérdida de memoria.

—Me rindo —suspiró ella—. Pero que quede claro que no pienso tenerla cerca.

—Encontraremos una solución —el vizconde tensionó las mandíbulas y se obligó a no continuar. Mabel podía parecerse físicamente a Melissa, pero carecía de su hermosura. Irritante era el adjetivo que mejor se ajustaba a ella, y no era sólo una impresión debida al descaro que mostraba.

—Mi amiga Louise busca una dama de compañía que esté a la altura —dijo Edwina—. Le escribiré de inmediato para presentarle la candidatura de Melissa.

Mabel hizo una mueca, pero se abstuvo de hacer más bromas cáusticas ante la defensa a ultranza de Melissa.

—Ahora sugiero que dejemos solos a Deryl y a su prometida. Supongo que tendrán que hablar en privado sobre su matrimonio, que habrá que organizar de nuevo. El pastor Simpson espera instrucciones, y he prometido informarle, lo antes posible, de la evolución del espinoso asunto.

—Gracias, madre.

—La cena se servirá dentro de una hora, Deryl.

—Os lo agradezco, Lady Edwina —Mabel le hizo una media reverencia cuando la mujer salió de la estancia, seguida por Harriet, Drew, Kenneth y su hermana Amy.

—OS HABÉIS ENCAPRICHADO DE ELLA, Deryl — le acusó Mabel en cuanto se quedaron a solas.

—Aun admitiendo esto, creo que te resultará fácil entender que, como prometida, mis sentimientos por Melissa eran predecibles, más allá del deber, ya que ella estaba destinada a ser mi esposa.

—¿Cómo diantre habéis podido confundirme con una doncella? Por muy educada que esté, y esto me lo debe a mí y a mis padres que se lo han permitido, aunque posea modales y cortesía, no posee ni mi clase, ni la alcurnia propia de la vuestra. Es la hija de una nodriza, una plebeya de orígenes humildes, pero lo bastante astuta para embaucaros, y vos habéis mordido el anzuelo.

—Discrepo de las acusaciones que le lanzáis.

—De hecho, caísteis en la trampa sin tener la menor duda de que os estaba engatusando por puro cálculo. Una trepadora social ante la que me quito el sombrero, dada su habilidad para conquistaros.

—¿Me estáis tildando de idiota? ¿Por qué iba a dudar? Os parecéis y la miniatura que poseo atestigua a nuestros ojos que ella era cualquier cosa menos una embustera. En el medallón que llevaba, además, estaba grabada la inicial.

—Aquel colgante es un regalo mío, Deryl, y nunca como en este momento, me he arrepentido de habérselo regalado a una mujer tan desagradecida. Ella se ha servido de cualquier pretexto para echaros el lazo.

—No es así en absoluto, y tendréis que superarlo. —Él se encendió un puro y se obligó a mantener la calma. El resentimiento de Mabel era exagerado y realmente le irritaba—. No

conseguiréis desacreditarla en mi consideración, como estáis intentando hacer.

—No quisiera parecer envidiosa, ya que nunca podría considerar a Melissa una rival, y también echaría de menos ponerme a su nivel, pero no me parece tan especial como persona.

—¿Qué quieres decir con *especial*?

—Alguien que destaca por su encanto, estilo, sofisticación... prerrogativas de las que carece por completo una chica de baja extracción, acogida en mi familia por caridad cristiana.

—¿Pero realmente la conocéis? Ha sido adorable con nosotros.

—¿Y luego queréis que no me meta con ella? Me indigna que os haya engañado hasta ese punto.

—Era la mujer destinada a convertirse en mi esposa, es decir, Mabel Montorsi, ¿no debería haberme entregado a ella?

—*Era*, habéis hecho bien en expresaros en pasado, porque no es con ella con quien os habéis comprometido a casaros, sino con quien está ante vos en este preciso instante.

—Respetaré la palabra de honor dada a vuestro padre —afirmó él—. A menos que, se sobreentendiendo, prefiráis una solución diferente para nuestra relación, disolviendo el compromiso.

—Os confieso que sí, que ahora tengo mis reservas.

—¿Sobre mí?

—Vuestra actitud me causa no poca perplejidad, por lo que os pido que me concedáis la tranquilidad de poder pensar detenidamente si debo casarme con un hombre que, evidentemente, se siente atraído por alguien que no soy yo.

—Tenéis derecho a ello, aunque recriminarme por lo que siento o no siento por Melissa, carece de sentido. Las circunstancias en las que se ha desarrollado esa relación no han sido en absoluto culpa mía, me gustaría que os convencierais de ello, ni tampoco culpa de ella.

—Eso, por lo tanto, está todo por determinar.

Deryl aspiró una bocanada de humo para evitar replicarla. No podía, ni quería, negar sus sentimientos por Melissa, y calificarla de mentirosa, sin siquiera ofrecerle una coartada, le ponía furioso. El altivo desprecio de Mabel, su total falta de reconocimiento y de cualquier forma de apego hacia quien la había cuidado y servido durante años, le hicieron estremecerse. En lo que a él concernía, sería difícil olvidar lo que había habido entre ellos.

—El rencor os hace ver las cosas desde un punto de vista poco objetivo. Tenéis que eliminar la rabia y luego hablar con ella sin prejuicios. Os daréis cuenta de que no se trata de una amnesia artificial para ganar un marido pudiente.

—Me esforzaré en hacerlo sólo por complaceros, Deryl.

—No, tenéis que hacerlo por justicia, porque así son las cosas.

—Vosotros podéis manteneros en vuestra parecer que yo lo haré en el mío, de lo contrario estaríamos enfrentados y me negaría a tener nada que ver con semejante intrigante. Estoy segura de que puedo desenmascarar el doble juego de quien os ha manipulado y que os manipularía sin escrúpulos, pero corro el riesgo de volverme invisible y alimentar la tensión que mi llegada ha generado en vuestra casa.

Él asintió.

—Y yo no quiero seguir discutiendo. Nos hemos aclarado y estoy dispuesto a cumplir con mi deber. Os corresponderá a vosotros decidir la modalidad de nuestra futura relación.

—Así lo haré, pero exijo que no me presionéis para que responda precipitadamente, tal vez en beneficio de la otra.

—Como queráis, Mabel. Consideradme a vuestra disposición, sea cual sea la decisión que toméis.

—Gracias, Deryl. —Ella apoyó la mano en el antebrazo que el vizconde le tendía y juntos caminaron hacia la puerta, en dirección al comedor.

EUNICE SMITH ERA una delgada señora de mediana edad que poseía una bonita casita en la zona de Tyburn. Era una de las pocas personas con las que Alvaro había entablado amistad desde que estaba en Londres. Eunice era viuda y su único hijo, Sean, servía en un navío de la marina británica, lo que le mantenía alejado de su madre durante meses. Alvaro hacía por ella todos esos trabajillos que no son gratos a una mujer, a cambio de una buena comida y unos peniques, amén de permitirle vivir en la rústica construcción que se erguía próximo a la casa. Un alojamiento miserable, al ser un cobertizo de herramientas, pero que cumplía su función igualmente. Alvaro había construido un altillo de tablas para guardar las herramientas de la mujer, creando un estrecho espacio para una cama en la que apenas cabía, y para el escaso mobiliario que necesitaba para la vida cotidiana.

Eunice mostraba los ojos brillantes cuando él terminó de contarle las recientes vicisitudes de Melissa. La abrazó con un gesto que delataba su profunda humanidad y su gran corazón, conmoviendo a su vez a la joven.

—Pobrecita, has vivido muy malas experiencias.

—Se puede decir, Eunice, que a la chica podía haberle ido mejor —Nicoli se hizo eco de ella, asintiendo. Estaba devorando la espesa y sabrosa sopa de legumbres que la viuda le había servido a él y a Melissa.

—Ni que decir tiene que puedes quedarte en mi humilde casita. No es un morada real, pero no le falta de nada. —Se alisó la cofia que cubría su escaso pelo gris, anudado en una trenza—. Soy más afortunada que los pobres hacinados en los tugurios de los suburbios. Tener un techo sobre mi cabeza y un rectángulo de huerta es una bendición.

Ella miró a su alrededor, apreciando la limpieza del entorno, quizás modesto, pero acogedor y digno, con el fuego ardiendo en el hogar de la esquina de la estancia. Le sonrió.

—En un palacio no estaría tan a gusto como aquí con vos.

—Me alegro. Sabes, siempre quise tener una hija, cuando mi difunto marido aún podía atenderme, y por desgracia, no se cumplió.

—Una verdadera lástima.

—En cualquier caso, no me corresponde a mí criticar la obra del Señor, y de hecho le doy las gracias por lo que me ha dado.

—Estoy en deuda con vos, doña Eunice, y sobre todo con Alvaro. Yo no habría sabido dónde encontrar refugio.

—La estancia de mi hijo está vacía, allí estarás cómoda.

—¿Estáis segura de que estaría de acuerdo?

—Por supuesto que sí. Quién sabe dónde estará Sean en estos momentos, él y su nave dando vueltas de puerto en puerto, y quién sabe cuánto tiempo pasará antes de que tenga la alegría de volver a ver a mi trotamundos. Vamos, come algunas cucharadas de sopa, cariño. El ayuno no está indicado cuando la moral está baja, hazle caso a alguien que entiende de estas cosas, ¡y cómo!

—Está muy buena, sólo me falta tener un poco de hambre.

—Debes reaccionar y la sopa te calentará el estómago. Me parece que la necesitas, y mucho.

—Sabía que podía confiar en ti, mi querida señora, para acoger a Melissa —dijo Nicoli.

—Bueno, has tomado la decisión más acertada, hijo. Ella ya ha soportado demasiadas desdichas como para tener que enfrentarte a nuevas tribulaciones.

—Debo encontrar trabajo, doña Eunice —Melissa se obligó a tragar el caldo para complacer a la anfitriona, pero no tenía ni pizca de apetito.

—¿Trabajo?

—Tengo que ganar dinero para volver a Italia.

Ella la estudió absorta.

—¿Quieres echarme una mano?

—¿Os referís a faenas criadas?

—Supongo que podrás con ese tipo de tareas, pequeña. Con sólo mirarte me doy cuenta de que estás dispuesta.

—Sí, y lo haré sin que tengáis que insistir —aceptó ella—. Huelga decir que cuando consiga una ocupación, os pagaré un alquiler, como es justo por acogerme.

—¡No digas tonterías!

—Tampoco quiere nada de mí —intervino Nicoli, sirviéndose otro cucharón de sopa y cortando una rebanada de pan de la hogaza—. Yo se lo compenso haciéndole servicios, lo que quiera, así estamos en paz.

—Entonces yo haré otro tanto —resolvió Melissa.

—Me basta con tu compañía —cortó en seco Eunice— y te hago una propuesta.

—Os escucho...

—Plancha las camisas de varios ricos. Tengo que recogerlas en sus palacios, evidentemente, y la cesta cada vez pesa más. Almidonar y planchar es una tarea que no me cansa, pero tengo que devolver las cosas una vez listas. Podrías entregarlas tú por mí, si te gusta la tarea. Mis piernas ya no aguantan como antes, y tener que recorrer largas distancias se ha convertido en un compromiso que asumo a regañadientes y que no puedo evitar. Te enseñaré las rutas de mis clientes. En cuanto las hayas aprendido, lo harás tú sola, ahorrándome energía.

—¿Eso es todo? Estoy a vuestro servicio, doña Eunice. Me gusta caminar, y también puedo ayudarla con la plancha.

—Eres un ángel, pequeña. No puedo pagarte mucho, pero viviendo conmigo no tendrás gastos extras, así que puedes guardar lo que yo pueda darte.

—¡Lo hemos resuelto todo de la mejor manera posible! —exclamó Nicoli con la satisfacción de que las cosas hubiesen encajado a la perfección—. En cuanto a mí, reanudaré la descarga de buques en los muelles de Londres. Los brazos fornidos no permanecen inactivos cuando pertenecen a un tipo que nunca ha sido un holgazán.

—¡Bravo y guapo! —Eunice lo elogió con abierta convicción.

—Los cumplidos siempre son bienvenidos —se escudó—. No es descartable que alguna gran dama con los bolsillos repletos de libras desembarque de una de esas naves.

—¡Y aunque así fuera, no se las daría a un cargador!

—Más bien podría perder la cabeza por mí.

—¿Perder la cabeza? ¡Pero mira qué presuntuoso!

—¿No creéis que querría tomarme como marido?

—¿Quién en su sano juicio querría a un canalla como vos? —bromeó la mujer, entregándole una gran porción del pastel de riñones que había preparado.

—¿Queréis apostar a que, tarde o temprano, ocurrirá?

Eunice se encogió de hombros, antes de volver a comer. Evidentemente estaba contenta de que Melissa se hubiera incorporado a la familia, y se lo hizo saber sonriéndole afablemente.

Ella sentía un alivio indescriptible por no haber acabado en la calle, perdida en una ciudad enorme. No habría sido fácil rehacer su vida sin la ayuda de Alvaro y de aquella mujer. Por un lado, estaba agradecida a la providencia por haberla puesto en contacto con la bondadosa viuda Smith; por otro, le dolía el corazón por Deryl...

¿La buscaría?

¿O habría constatado con alivio que ella se había ido, eliminando los problemas de raíz? No, no podía seguirle el rastro con Mabel en Brentwood. Ella lo monopolizaría la mayor parte del tiempo, y él, que probablemente se sentía culpable por no haberse dado cuenta de que Melissa no era su verdadera prometida, habría ido tras ella como un perrillo faldero. Estaba obligado a hacerlo. Un contrato matrimonial sólo puede cumplirse, y Deryl era un *gentleman* en el más noble sentido de la palabra. Se lo recompensaría su furiosa prometida, sin duda, incluso para la apacible vida de los Ashley.

Mordiéndose el interior de la mejilla para ahuyentar el dolor y la insoportable nostalgia de aquel amor perdido, se obligó a seguir el intercambio de alegres bromas que mantenían los otros dos comensales.

—QUERIDO, Melissa no está en su alcoba —le informó Lady Edwina en tono aprensivo cuando Deryl bajó a desayunar.

—¿Cómo que no está? Habrá salido a primera hora a dar un paseo por el parque. Es algo que le gusta hacer habitualmente, a pie, en lugar de a caballo —objetó él, sirviéndose una taza de humeante té—. Después de la desventura con *Black Beauty*, se ha negado incluso a montar a cualquier otro animal de la cuadra, sin importarle oírme refunfuñar. Con ella es inútil insistir.

La madre negó con la cabeza.

—Deryl, en cambio, yo me temo que ha preferido marcharse, aunque no puedo saber si lo ha hecho ayer a la noche o con las primeras luces del día.

—¡Maldición! —exclamó posando bruscamente la taza.

—¿Qué quieres hacer? ¿Ir tras ella ahora sin perder más tiempo, o prefieres organizarte con Drew y un par de hombres de confianza para ampliar el radio de búsqueda?

—¿Persiguiéndola en qué dirección? ¿Y por qué marcharse como una ladrona? Su huida reforzará las dudas de Mabel de que realmente se aprovechó del intercambio, y no es así.

—En cambio, yo creo que le ha sobrepasado y por eso ha querido evitar avergonzarnos a todos, a ti en particular. Supongo que su destino podría ser Londres. Mi sexto sentido me dice que querrá volver a Italia, pero podría equivocarme, claro.

—¡Debería haberme consultado antes de cometer semejante disparate! Sin embargo, antes de ponerme tras su pista, la buscaré con Drew en la finca.

—Eso es más sensato.

—Puede que después de toda la agitación de ayer necesitara un poco de paz y tranquilidad para calmar los nervios.

—Tal vez vague por aquí cerca, eso espero. En cualquier caso, la considero una persona equilibrada y fuerte, capaz de soportar un golpe como el que nos ha propinado Mabel Montorsi.

—¿Qué opinas de ella?

—Deploro la forma en que atacó a Melissa, sin concederle atenuantes, y dando por hecho que es culpable. Llevan años juntas, y ¿puede tratarla de sinvergüenza delante de todos nosotros?

—Como si fuera la única víctima de esta descabellada historia.

—Por eso dudo que ella hubiera preferido desertar y desaparecer. Suele ser madrugadora y casi siempre ella y yo desayunábamos conversando. La criada me ha informado de que la cama estaba intacta y que apenas faltaba nada en el armario.

—Así que podría haberse marchado en plena noche...

—Sí, y me preocupa que se marchara a pesar de la oscuridad para no causar más molestias con su presencia.

Deryl masculló un improperio.

—Me gusta esa chica, me cayó bien desde el principio, y nadie puede persuadirme de que fuera capaz de fingir una desmemoria para conseguir un marido. Un absurdo que, en mi opinión, contrasta con la mujer que hemos conocido.

—Estoy de acuerdo. ¿Todavía tiene que bajar Drew?

—Sí, pero lo veremos aparecer en cualquier momento. También a Mabel, por cierto.

—Mientras tanto, voy a dar una vuelta de reconocimiento. A pie no puede haber ido muy lejos.

—Y a oscuras, para colmo.

—Si no la encuentro, espero que se haya dirigido a Londres como dices, y aún no puede haber llegado.

—¿Cómo iba a poder? ¡Desde luego no tiene alas para volar!

—La traeré de vuelta, tanto si quiere obedecerme como si no.

—La ayudaremos, Deryl, ofreciéndole todo nuestro apoyo.

—Podéis jurar que no la abandonaré a su suerte.

—Soy consciente de cómo te sientes, querido...

—Lo sé, madre.

—Tráela de vuelta a casa. —Entre ella y el hijo se cruzó una mirada intensa y explícita, más elocuente que mil palabras sobre el tema.

Él asintió y se inclinó para rozarle la mejilla con un beso, antes de dirigirle una mirada de agradecimiento, luego se alejó a grandes zancadas y, tras cruzar el umbral, desapareció rápidamente.

Edwina dejó escapar un suspiro cuando el eco de sus pasos se desvaneció en la distancia.

DIEZ

—No lo diréis en serio, ¿verdad? —Mabel miró fijamente a Deryl con expresión absorta.

—¡Jamás he hablado más en serio! —Él apagó el cigarro con un gesto brusco y frunció el ceño, entrelazando las manos a la espalda. No soportaba otra discusión estéril sobre la pérdida real o fingida de memoria de Melissa. Las inagotables polémicas de la joven Montorsi le exasperaban.

Su mente estaba concentrada en una mujer diferente a la que había prometido desposar.

—¡No puedo creer que vayáis a por una doncella que se burló de vos, Ashley, de todos vosotros, impunemente!

—Basta de acusaciones, Mabel. Ella puede ser la más desvergonzada de las brujas, pero os recuerdo que todavía está bajo mi protección.

—Melissa no es nada para vos. ¡Nada!

—Tal vez —replicó con dureza—, pero si algo le pasara me sentiría responsable.

—Ella no tenía más remedio que marcharse por su propia voluntad. Un ápice de decoro es necesario, incluso cuando se hace alarde de tal desfachatez.

Él la miró contrariado.

—Hay malhechores y gentuza de ínfima ralea, ¿no os preocupa que puedan atacarla y hacerle daño?

—Nadie la ha echado, al menos yo no.

—No le habéis dejado elección, la habéis amenazado con denunciarla y llevarla a los tribunales como a una vulgar delincuente, para que la condenen a prisión. ¿Os parece bonito?

Mabel se encogió de hombros.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho. Ella era consciente de los riesgos que corría al marcharse de esa forma tan estúpida, ¿no creéis?

—Cuando se tiene miedo, no se piensa con lucidez.

—¿Miedo? Más bien diría mala conciencia, ¡y no me echéis la culpa a mí, haced el favor! Desapareció intencionadamente, ¿acaso debería preocuparme yo por su suerte? ¿Por qué debería?

—Porque no es una desconocida para vos.

—Cada uno es artífice de su propio destino, y por la ingratitud demostrada hacia mí, convendréis conmigo en que no me interesa lo que atañe a la astuta Melissa, ni que decir tiene. Habiendo dicho esta premisa necesaria, toda ulterior palabra es superflua.

—Bueno, en cambio, yo no me voy a lavar las manos.

—¿Os ha persuadido hasta el punto de haceros enemistar conmigo?

Con el rostro demudado, Deryl observó su figura enfundada en un vestido de estilo imperio.

De seda brillante de color magenta, realzaba su cabello de tonos caoba y su escote, no ciertamente comedido, le desconcertaba. Melissa había sido más respetuosa con el luto que la hija del barón, que, evidentemente, no sentía la necesidad de vestir de luto.

—¿Persuadido? ¿Creéis que soy tan ingenuo y maleable como para no ser capaz de discernir la sinceridad de la mentira, Mabel? Sé cómo evaluar el carácter de una persona con la que estoy, quiero que quede claro.

—Tarde o temprano, a todos nos engaña alguien.

—Vuestras disertaciones son completamente inútiles y sólo me hacen perder un tiempo que podría utilizar más provechosamente.

—Pero, ¿de verdad queréis abandonar a vuestra prometida por una aburrida criada?

Él inspiró profundamente para controlar el arrebato de ira que estaba a punto de estallar ante tal obtusa mezquindad.

—Una mujer debería mostrarse solidaria con otra mujer, y no debería ser yo quien señalara que Melissa estaba a bordo del *Duca di Savoia*, superviviente de la idéntica y traumática experiencia que os sucedió a vos.

—¿Solidaria? No con quien ha intentado robarme el marido.

—¿Queríais ser tan amable de explicarme cómo habría podido siquiera imaginar que vos habíais sobrevivido al naufragio? Suponiendo que la amnesia fuera una ficción con el propósito de desposarme, no os quitaba nada, teniendo en cuenta que perecisteis con vuestra familia. Tomar la presencia de Melissa aquí en Brentwood Court como un agravio personal no os honra en absoluto, ¿os dais cuenta de ello?

—De lo que me doy cuenta es de que los excesos de confianza se pagan muy caros.

—Seguís pasando por alto el hecho de que todos nosotros, no sólo ella, os creíamos muertos, así que cualquier otra insinuación sobre su falta de honradez la considero ultrajante, indigna de salir de la boca de la que se convertirá en mi esposa.

—Todavía no he decidido si yo voy a consentir tal casamiento —le contradijo Mabel.

—La elección es vuestra. Sois libres de romper el contrato que nos une, incluso ahora, como ya os he dicho.

—No, no se lo voy a facilitar a Melissa.

—¿A qué os referís?

—Complaceros significa permitir que esa astuta intrigante, si conseguís localizarla, os ponga las manos encima, y no facilitaré sus arteras maniobras.

Deryl se puso tenso.

—Me estáis insultando. Le di mi palabra a vuestro padre, ¿recordáis? En consecuencia, no soy de los que se retractan de sus promesas.

—Y sin embargo, estáis dispuesto a abandonarme a *mí* para correr tras ella. Habéis perdido la cabeza por alguien que ve en vos una oportunidad de elevar su estatus social, pero yo no me haré a un lado cortésmente por ella. Me parece humillante tener que darle a una sirvienta un papel que no le corresponde. ¿Qué dirá la gente cuando se entere de que vos fuisteis tras ella despreocupadamente, descuidando a vuestra verdadera prometida? Es horrible la compasión, y no lo toleraré.

—Es vuestro problema, no el mío, y no me disuadiréis de cumplir con un deber que me impone mi conciencia.

—Poneos cómodo, si queréis descender a su mediocre nivel, yo, en cambio, no acepto ser el segundo plato de nadie, y mucho menos de una criada, os lo advierto.

—No voy a decir nada más al respecto, Mabel. ¡A partir de ahora podréis hacer lo que os

plazca! —Se dirigió resueltamente hacia la puerta y la cruzó sin mirar atrás.

DERYL Y DREW habían marchado a Londres con la esperanza de encontrar a Melissa, parando en todas las posadas que había por el camino. Había resultado una búsqueda infructuosa y muy frustrante: nadie recordaba que una joven con sus rasgos físicos hubiera pernoctado o disfrutado de una comida caliente. Ni siquiera se había fijado en ella en la carretera de acceso a la ciudad. Parecía haberse desvanecido en el aire, sin dejar rastro de su paso.

Abrumado por la persistente preocupación de saber que Melissa andaba vagando por Londres, un lugar del que conocía más bien poco, Deryl había enviado un mensaje a Fergus Randall, un buen investigador de Bow Street, y al que varios de sus amigos recurrían siempre que necesitaban alguna información. Era discreto y muy eficiente, y había resuelto casos bastante complicados.

—Lo intentaré, lord Ashley. Será como buscar una aguja en un pajar —objetó Fergus cuando se reunieron en *White's*, en St. James's Street, después de que el vizconde hubiera detallado las circunstancias que rodearon la desaparición de Melissa. Deryl ni siquiera había mencionado el hecho de que fuera la doncella de Mabel, limitándose a decir que era un miembro de su familia, lo cual no era algo inventado, después de todo.

—Me honra que os hayáis dirigido a mí.

—Sois uno de los mejores investigadores de Londres, confío en que encontraréis a Melissa.

—No lo dudéis, el asunto os toca de cerca y un servidor hará todo lo posible por ayudaros —afirmó Randall en tono deferente.

—Gracias, haced lo que podáis. Por desgracia, soy consciente de las dificultades, y entiendo igualmente que los milagros no se producen.

—En efecto, encontrar a Miss Melissa será un problema difícil de resolver.

—Me pregunto dónde habrá buscado refugio una chica que no conoce a nadie aquí, excepto a nosotros, los Ashley, y con poco dinero a su disposición —remarcó Drew con tono angustiado—. Nuestra madre le había entregado una modesta cantidad para sus gastos, pero ese dinero se agotará rápidamente si tiene que pagarse alojamiento y manutención.

—¿En un alojamiento de las afueras? —conjeturó Fergus—. El frío de estos días, desde luego, no induce a dormir a la intemperie.

—Tenéis razón —asintió Drew—. Y debéis encontrarla, todos estamos impacientes por ella, nuestra madre, incluso más que nosotros.

Se echó hacia atrás el mechón de cabello pelirrojo encrespado, probablemente indócil al peine, mientras reflexionaba sobre la anómala desaparición de una mujer perteneciente por extracción social a la casa de los Ashley. Randall era un joven inteligente y daba la impresión de que podía mimetizarse en cualquier entorno mejor que un camaleón. Apenas gesticulaba al hablar, quizá para no mostrar sus grandes manos de nudosos dedos, y mantenía la voz deliberadamente baja. Su oscura chaqueta de tweed tiraba de las costuras, conteniendo a duras penas sus anchos y musculosos hombros, y en su rostro bonachón destacaban unos penetrantes ojos negros, a los que no se les escapaba ni un grano de arena.

—Melissa ha sucumbido a un gesto impulsivo del que creo que ya se ha arrepentido —Drew hizo una mueca explícita—. Nos pasa a todos y desde tiempos inmemoriales las tonterías están a la orden del día.

—Sí, desde luego —convino Randall.

—La emotividad puede sacar lo mejor de cualquiera —se hizo eco Deryl, que no quería hacer quedar a Melissa como una idiota carente de sentido común.

—Cierto, y empezaré a explorar las posadas más económicas, pero necesitaría una descripción de la señorita Melissa para llevar a cabo mi investigación con mayor eficacia.

—Esto servirá —le entregó la miniatura que representaba a Mabel. El parecido con Melissa era tan acusado que resultaba fácil identificarla, por si alguien la había visto—. La imagen no es reciente, Randall, pero no tengo retratos actuales y ella no ha cambiado mucho, todo sea dicho.

Estudió detenidamente el rostro de la chica.

—Asumiendo que tenga la fortuna de encontrar señales de su paso desde Brentwood Court a Londres, aún puede llevar cierto tiempo localizarla —le advirtió.

—No os he confiado una tarea fácil —admitió Deryl con tono abatido—. Pero mientras la encontréis, aguardar más o menos tiempo no es un problema.

Sólo conduciría a un aumento in crescendo de una ansiedad destructiva, añadió para sus adentros. También se preguntó si sería capaz de pegar ojo durante la noche a partir de entonces. Sólo podía esperar que a Melissa no le ocurriera nada malo en aquella ciudad plagada de peligros.

MELISSA RECOGIÓ la ropa para planchar en un suntuoso edificio de tres plantas de Hanover Square, la última parada de la ronda diaria que hacía en lugar de su benefactora. Se puso en marcha de inmediato, acelerando el paso para regresar antes de que anoheciera. Llevaba el cesto en el brazo, cargado y pesado, pero se estaba acostumbrando a él. Se alegró de evitarle semejante esfuerzo a Eunice y, de hecho, comprendió lo agotador que era para ella caminar por las calles con el cesto en la mano hasta Tyburn. La ciudad se estaba expandiendo en aquella zona, aún virgen de la especulación inmobiliaria de los ricos señores. Hasta hacía pocos años, había sido el lugar de las ejecuciones públicas de los condenados de la prisión de Newgate, que pasaban por la iglesia de St. Giles in the Fields y Oxford Street. Ahora las penas capitales se ejecutaban en la misma prisión, o en la de Horsemonger Lane Gaol de Southwark.

Melissa se estremeció.

La idea de presenciar la tortura de una persona era inquietante. Su mente se centró en pensamientos menos perturbadores. Echaba muchísimo de menos a Deryl...

Los días pasados lejos de él habían resultado un infierno que le impedía dormir por las noches, a pesar del cansancio con el que se acostaba. Intentaba aliviar a Eunice de sus gravosas tareas, pero agotarse con el trabajo servía de poco. Sin olvidar al hombre que amaba. ¿Cómo podía el cansancio vaciar su cabeza de todo lo que concernía a Deryl? Seguía tan enamorada que era incapaz de desprenderse de los recuerdos de aquellas semanas pasadas a su lado. Estaban demasiado frescos para poder enterrar el mosaico de los encantadores momentos que habían compartido juntos, ¡y tal vez fuera incluso imposible relegar al olvido los sentimientos que sentía por él! Los celos eran otra tortura de la que era imposible escapar. Aunque le parecía lo correcto, siendo Mabel la verdadera prometida, le partía el corazón cavilar sobre Deryl y ella, que estaba a punto de convertirse en la apropiada esposa para su alcurnia. Sin duda estaban ocupados planeando la boda, pensó por enésima vez, afligida por la pérdida de él, y nada ni nadie iba a impedir que el reverendo Simpson celebrara por fin aquel problemático matrimonio.

Se le desgarraba el alma al imaginar la ceremonia nupcial en la antigua capilla de Brentwood Court: Mabel hermosa y radiante junto a Deryl, tan viril y apuesto como siempre con su traje de

novio, mientras recitaban los solemnes votos matrimoniales que los unirían de por vida, ante la bendición del pastor, y en medio de la benevolente aprobación de los reunidos bajo los antiguos arcos de la pequeña iglesia.

—¡Eh, muchacha!, ¡hay que tener los ojos bien abiertos cuando se camina por estas traicioneras calles de la ciudad!

La llamada de atención de Alvaro despertó bruscamente a Melissa del hilo de sus poco alegres consideraciones. Suspirando, se pasó la cesta al otro brazo.

—Desde luego, no perdéis la costumbre de asustarme, abalanzándoos sobre mí como un gavilán.

—Ese aire distraído con el que te paseas es peligroso —la reprendió el hombre—. Ya no estás en el campo, y en Londres debes tener cuidado de lo que te rodea y jamás bajar la guardia. Las doncellas son objeto de insinuaciones cuando van por las calles, te lo he dicho en repetidas ocasiones.

—Hasta ahora nadie me ha acosado, pero tenéis razón.

—Quizás porque te escondes bajo esa capa informe, y la cofia de solterona que te prestó Eunice completa tu camuflaje —balbuceó él—. Tomar a la ligera los riesgos que puede correr una joven es una frivolidad de la que podrías arrepentirte, hazle caso a Alvaro, que lo ha visto todo.

Melissa le sonrió.

—Doblaré la atención, pero no seáis tan brusco.

—Tu integridad me importa mucho, muchacha.

—¿Ya habéis terminado de trabajar hoy?

Él se frotó las callosas manos para calentárselas y resopló.

—Sí, y puedes apostar a que me he ganado hasta el último penique descargando cajas de maloliente pescado, ¡una infinidad de ellas!

—Por desgracia, a vos también os han degradado —ironizó Melissa—. Erais el ayuda de cámara favorito del pobre barón y ahora tenéis que adaptaros a ser descargador de puerto.

—Ya, y tú aún peor que yo.

Ella se encogió de hombros.

—De doncella de Mabel a factótum de la bondadosa Eunice que nos da cobijo, pero no me quejo.

—La vida es verdaderamente infame, a veces.

—¿Os referís a vos mismo, Alvaro?

—No, a ti. Has adquirido el pulido lenguaje de los señores, desde que la baronesa Adelaide quiso que habláramos con propiedad, e igualmente te expresas discretamente en inglés.

—Vos también, ¿y entonces?

—Podrías aspirar a un puesto de dama de compañía. ¿Sabes cuántas nobles damas te contratarían?

—¿Sin referencias?

—Bah, ésas se consiguen fácilmente —cortó él en seco—. Si te interesa una ocupación acorde con aquello para lo que has sido instruida, dímelo, y echaré un vistazo por los barrios elegantes.

—Os lo agradezco, prefiero quedarme con la viuda Smith.

Alvaro la miró durante unos instantes.

—Suspiras por él, ¿eh?

—¿Tanto se nota?

—Eunice está preocupada. Te oye llorar por la noche, ¿lo sabías?

—Lo siento, intentaré no hacerlo más.

—No es eso, muchacha.

—¿No?

—Tienes que resignarte y superarlo.

—Ya lo intento, ¿qué os pensáis?

—Lo sé, es difícil lidiar con los sentimientos.

—¿Os ha pasado también a vos?

—Hace mucho tiempo —asintió con expresión contrariada—. Yo ya estoy curado, un clavo saca a otro clavo, dicen, y me lo he sacado del corazón y de la cabeza, pero tus heridas aún te duelen.

—El problema es que los sueños no quieren morir.

—No puedo contradecirte.

—Los míos siguen intactos a pesar de la fuerza de voluntad que me he impuesto para poder borrar las ilusiones.

—Ilusiones, tú lo has dicho. Estás fresca como una rosa y, por desgracia, careces de experiencia, pero te aconsejo que aprendas rápido que la realidad es otra bien distinta. Debes ser capaz de mantener a raya ese tipo de tentación mental, muchacha: es deletérea y perjudicial para el bienestar del corazón.

—Me estoy dando cuenta de ello.

—La gente como nosotros difícilmente puede acercarse a personas tan elevadas como tu apuesto vizconde. Tú puedes ser la amante, la que le proporciona el placer de los sentidos, nada más, pero dudo que alguien como tú quede satisfecho. Recuerda que los aristócratas cuidan escrupulosamente de no contaminar su codiciada sangre azul con sangre plebeya. —El hombre acompañó las palabras con un matiz de amargura.

—No es mi vizconde, Alvaro. Ya no.

—Pero no te lo quitas de la cabeza.

—El mal de amores también se pasará, no temáis.

Él la contempló con escepticismo, y cuando ella volvió a mover el cesto, mientras se encaminaban por Tyburn Lane, ya cerca de su destino, Nicoli se lo arrebató del brazo y se lo echó al hombro despreocupadamente, como si no pesara nada.

—Debería haberlo hecho antes, perdóname, muchacha.

—Sigue siendo un gesto muy galante, y os lo agradezco.

—Si yo estuviera en el pellejo de ese Ashley, créeme, no tendría dudas y te tomaría como esposa en lugar de la estirada y antipática vástago del barón. Desagradable para mí también, ¿sabes? Como si mantener las distancias con un criado sancionara las diferencias de clase.

—Supongo que también lo hacía conmigo...

—Puedes jurarlo, así que si pudiera concederme este lujo, ¡ya no querría ser el lacayo de nadie!

—Cuestión de carácter, y el de Mabel no es entrañable, me temo, con excepciones, claro.

—Rozar la muerte no le ha enseñado nada sobre la vida, porque hoy estamos aquí, mañana quién sabe, y sin embargo no ha mostrado ni un atisbo de gratitud por lo que has hecho por ella... estar enfadada contigo, y se me escapa el motivo, no justifica en absoluto ofenderte con acusaciones que no merecías.

—No se cree que yo haya perdido la memoria.

—Su desprecio debería ser la prueba de que si para ella eres despreciable, los hechos son la

confirmación de que se equivoca al juzgarte. Pretende desacreditarte en la estima del vizconde. Desde luego no es tonta y se habrá dado cuenta del cariño que le tiene.

—¿Y ahora qué más da?

—Nada, pero la culpo por actuar como una víbora con quien, por el contrario, siempre la ha querido.

—A mí no me importa, Alvaro.

—Sus padres, que Dios los tenga en su gloria, lamentarían el modo en que se ha comportado contigo. Esas actitudes no son propias de una joven de buenos modales. Ellos te tenían cariño, el barón en particular.

—Mabel no ha digerido ser desplazada por una don nadie como ella me estima en la consideración de Deryl.

—Bueno, era de esperar. Debió de ser un insulto darse cuenta de que la prometida recibió un solemne rapapolvo de su criada, y ha respondido con un boicot efectivo. Su mala fe es falsa, porque ella sabe muy bien que no podías ni imaginar que hubiese escapado al hundimiento del maldito barco.

—Desde su perspectiva, no lo ve así de ninguna manera.

—Los barones la han malcriado. Como hija única, adorada por ellos incondicionalmente, una señorita que se espera que todo y todos giren a su alrededor. Pero haberse vuelto contra ti, tratándote como a una criminal, es algo vergonzoso.

—Los Ashley me han defendido, excepto Harriet.

—Era lo menos que podían hacer. No eres una cualquiera, ni una mendiga.

Melissa se abstuvo de hacer cualquier comentario al respecto.

No estaba segura de que, si abría la boca para responder, pudiera contener los sollozos.

MABEL HABÍA REHUSADO con una excusa tomar el té con Lady Edwina y familia. Deryl había salido a cabalgar, sin importarle el frío, para investigar, impertérrito, la huida de Melissa. No se resignaba a su ausencia, haciendo caso omiso del resto, incluso del desaire que le infligía a su prometida. Era un león enjaulado, insensible a las obligaciones que había asumido formalmente hacia una mujer, cuyo único agravio era no haberse ahogado en el Atlántico, se repitió con rencor. Se había dirigido al invernadero para aislarse y pensar en lo que debía hacer, aliviada de no encontrarse con nadie mientras deambulaba por el vial del parque envuelto en niebla.

Era un comportamiento insultante e imperdonable por parte de Deryl, mientras la paradójica situación continuaba, y en vista de que la propia Edwina, en lugar de recordarle cuáles eran sus deberes, justificaba la obsesión de su hijo por encontrar a la estafadora que los tenía a todos como rehenes, en detrimento de los derechos de su futura nuera. ¡Ah, era algo inconcebible anteponer las necesidades de aquella farsante a las suyas propias!

¿Cómo se atrevían los Ashley a tratarla como a una paria?

¿Cómo, por añadidura, podía imaginarse que Deryl estuviera tan encaprichado de una persona tan insignificante? Mabel quería razonar sobre el tipo de relación, si algún día se casaba con él, que podría surgir entre ellos. Diantre, no tenía ninguna intención de recoger las sobras de una criada, aceptando ser la pretendida esposa sólo para cumplir un acuerdo, destinada a cargar con los herederos de un cónyuge que, desde el principio, la iba a despojar de cualquier otro privilegio matrimonial, sentimentalmente hablando. Hasta un ciego se habría dado cuenta de que Deryl estaba hechizado por Melissa. Hechizado hasta el punto de tener la mente nublada por la

pasión.

Sí, ¡todo era realmente deplorable! «¿Qué iba a hacer?», se preguntó. ¡Estaba cansada de soportar lo insoportable!

Se refugió en la acogedora calidez de aquella caja de cristal perfumada, aunque el exterior estuviera plomizo.

Después de deshacerse de su capa, se sentó en los cojines de un sofá de mimbre situado tras un discreto biombo de palmeras en macetas. Era agradable permanecer en aquel rincón del invernadero y perderse en sus pensamientos. Lady Edwina parecía inventarse cien excusas para no estar con ella, Harriet había estado flirteando con Kenneth desde su llegada a Brentwood Court, como si el magnético conde de Habersham representara para la muchacha el príncipe azul de los cuentos de hadas. Fornido y algo libertino, no era guapo como Deryl y Drew, pero en cuanto a encanto los superaba a ambos. Amy había presumido de su hermano, diciendo que era uno de los solteros más codiciados entre las chicas que buscaban marido, y no sólo eso. También era cortejado por mujeres casadas, y cada una soñaba con sacar a relucir su lado tierno que Kenneth mantenía cuidadosamente guardado. «La emotividad es un signo de debilidad», repetía él, pero a veces se traicionaba a sí mismo dejando traslucir esa vulnerabilidad suya, y Harriet, que lo cortejaba abiertamente, la había vislumbrado. Él no ocultaba que sentía atracción por la rubia hija de Edwina. Había sido adoptada de niña, según le había revelado una de las criadas, pero la vizcondesa estaba muy apegada a ella.

El único que le mostraba la debida consideración era Drew, y ella estaba desarrollando cierta forma de dependencia del adorable hermano de Deryl. ¡Que Dios la absolviera!, le gustaba mucho más de lo que estaba dispuesta a confesar, con él era capaz de abrirse sin dificultad cuando pasaban tiempo juntos. Su presencia tenía el poder de hacerla sentirse bien y a menudo iba a buscarlo por su propia voluntad, segura de poder apoyarse en sus anchos hombros, libre para desahogarse sin ser juzgada como una arpía. Sólo le había confiado a Drew hasta qué punto Melissa la había defraudado. Mabel se sentía traicionada por alguien a quien había llegado a querer de verdad.

Ella había sido una dama de compañía insustituible, en lugar de una criada obediente, dispuesta a cumplir las órdenes de su señora. También había complicidad entre ellas... Ella, por ejemplo, había asumido la culpa cuando en una fiesta uno de sus caballeros la había arrastrado a la terraza para besarla. Un conocido los había visto y se había encargado de criticarla ante su madre. Melissa se había disculpado ante la baronesa Adelaide, jurando que había sido ella, y no Mabel, la importunada, y que el malentendido se debía al gran parecido existente entre ellas. Su madre la había creído, por supuesto, y las habladurías habían cesado de inmediato. Todo el mundo en Milán sabía que Mabel estaba prometida a un noble inglés, y su conducta no debía dar lugar a habladurías de dudosa reputación que pudieran empañar la reputación de la hija del barón. Idelfonso no toleraría ningún tipo de chismorreos sobre la familia Montorsi.

No, nunca había rebajado a Melissa tratándola como a una inferior, si bien no del todo igual a ella, ya que no lo era debido a la brecha social a la que pertenecían. La ropa que se quitaba la regalaba a las buenas señoras de la parroquia para las niñas huérfanas, y para Melissa mandaba coser vestidos nuevos a las costureras a su servicio. Ninguna criada podía presumir de aquellos privilegios. Estaba tan bien educada que casi no tenía inflexiones dialectales, e incluso le había enseñado un segundo idioma, ¿qué ama habría sido tan generosa? En cambio, había alimentado a una serpiente en su seno durante todos esos años, ¡y así se lo había pagado aquella ingrata!

¿Cómo había podido ocupar su lugar, haciéndose la desmemoriada?

¡Un truco verdaderamente vil para conseguir que Deryl la desposara!

—Sabía que os encontraría aquí.

Se estremeció al ver a Drew a unos pocos metros. Poseía una voz extraordinariamente erótica, y ella se habría pasado horas escuchándole. No había oído sus pasos acercarse, concentrada como estaba en las preocupaciones que la atormentaban desde hacía días.

—¿Os molesto, Mabel?

—En absoluto, lo sabéis perfectamente.

—Gracias, temía importunaros.

Le sonrió y le invitó a sentarse a su lado. Llevaba una chaqueta verde oscuro, y debajo un chaleco color crema que hacía juego con el beige de los ajustados pantalones. El elaborado nudo de su corbata era impecable. A diferencia de Deryl, lucía modales afables y una elegancia de dandi, sin tener la afectación de ciertos *gentlemen*, y sobre todo era simpático y atractivo como nadie, fanfarrón y desarmante al mismo tiempo.

—Mi madre ha preparado una carta para Giovanni Bertoni, el abogado del difunto barón de Montorsi, y me envía para preguntaros si queréis escribirle algo de vuestro puño y letra.

—¿En qué sentido? ¿Sobre ese matrimonio que aún está por llegar?

—No, para informarle de vuestra resurrección, a falta de mejor término —en el tono de Drew resonó un tono irónico—. ¿O es que ya le escribisteis mientras erais huésped del conde?

Ella lo miró con manifiesta decepción.

—En realidad, son asuntos que escapan a los intereses de las mujeres, de eso me doy cuenta.

—Para ser sincera, no se me pasó por la cabeza informar a Bertoni de que había sobrevivido. Ni siquiera a Ken, por cierto. En las semanas siguientes al naufragio me encontraba demasiado débil, y durante la convalecencia era la menor de mis preocupaciones, debilitada como estaba, además de angustiada por la desaparición de mis padres, como se puede deducir, e incluso por la de Melissa.

—Bueno, ahora es el momento de hacerlo, estaréis de acuerdo.

—Oh, sí, por supuesto.

—Sois la única heredera de una fortuna económica y el abogado de vuestro padre tendrá que actuar en consecuencia, aunque el título vaya a parar a un primo del barón.

—Una fortuna que Deryl no parece apreciar. —Su tono sonó agrio en el silencio que siguió a aquellas palabras.

—Mabel, no debería decíroslo, pero desde el principio os habéis tomado mal esta historia, reaccionando peor. Os lo hemos repetido por todos los medios, y sin embargo persistís en no dar crédito a cuanto decimos sobre el tema. No hay ninguna conspiración de ella contra vos, aunque las suposiciones se prestaban a ser malinterpretadas.

—Discrepo de esta afirmación vuestra, Drew.

—Esto no facilitará las cosas con mi hermano. Es más, os lo tomáis a mal y os arriesgáis a agriar aún más la relación entre vosotros.

—¿Suposiciones como amnesia? ¡No me hagáis reír!

—Mabel, escuchadme...

—Nadie puede contradecirme si insisto en que ella apesta a falsedad como nadie podría hacerlo.

—No es acusando a Deryl de defender a Melissa a ultranza como podéis atraerlo a vuestro lado. Lo exasperáis más.

—¿Deberíamos decir que está enamorado de ella?

Drew se limitó a confirmar con un gesto de asentimiento.

—Gracias por no haberlo negado.

—No es culpa suya. En este lío, la voluntariedad no tiene nada que ver, debéis daros cuenta de ello.

—Pues que así sea, lo que implica que nunca me amará.

—En nuestro entorno uno se casa por conveniencia, casi nunca por amor. No se puede obligar a alguien a tener sentimientos que no han surgido espontáneamente.

—Si no se hubiera entrometido, todo habría ido sobre ruedas.

—Puede. O puede que no —convino Drew—. ¿Por qué no renunciáis a desposaros con Deryl, Mabel?

Ella lo miró con la asombrada sorpresa de quien duda de lo que han oído sus propios oídos.

—¿Por qué debería hacerlo? Mis padres se comprometieron formalmente con los vuestros, las abuelas no querían otra cosa que vernos unidos en matrimonio...

—Están muertos, Mabel, vos no, y estáis descontenta y furiosa.

—¡Vos no lo estaríais?

—¿Cómo no? Pero yo evitaría arremeter contra los supuestos pecados de personas tan atrapadas como vos en un cruel giro del destino.

Él le cogió la mano y le dirigió una mirada tan intensa que ella se estremeció visiblemente, antes de rozarle la piel del dorso de la palma con los labios.

—Drew, qué hacéis...

—Trato de haceros comprender cuán importante sois para mí.

Ella tragó saliva y se limitó a mirarle con una expresión extraña que le hizo sonreír.

—Estoy seguro de que si pudieran intervenir, vuestros padres os dirían que tomarais un camino menos impracticable para construir una familia completamente distinta a la que tendríais vos con Deryl.

—¿Lo pensáis de verdad?

—Estoy convencido de ello. Eran una pareja muy unida, por lo que he oído, así que os habrían explicado que la felicidad tiene otro sabor, que un matrimonio que comienza envuelto en disputas y conflictos no da ninguna garantía de serenidad, ni siquiera parcial, y que no será la convivencia la que restablezca la armonía entre vosotros.

Ella dejó escapar un suspiro, sin comentar nada.

—Más incluso, que a quien tenéis delante, ellos serían los primeros en sugeriros que eligierais al hombre que os lo quisiera ofrecer.

—Drew... exactamente ¿qué estáis tratando de decirme?

Ella no apartaba la vista de él y sentía que se estremecía con cada palabra que él le decía, confundida como jamás lo había estado. Mabel ni siquiera podía dominar las emociones que se agitaban en su interior por Drew.

—No puedo expresar lo que despertáis en mí —la voz de él se apagó, y en su mirada azul brilló la agitación.

—Intentadlo, os lo suplico —le instó ella en un susurro.

—Nunca me había pasado nada parecido, y en cuestiones de mujeres no soy un novato. He tenido mis aventuras amorosas, pero nada comparable a... lo que vos provocáis en mí. He de confesaros que me cautiváis de una manera que me asusta.

—Drew... —repitió Mabel lentamente, incapaz de escapar al hechizo ejercido por sus ojos intensamente expresivos.

—El honor no se mancha y yo nunca os robaría a mi hermano. ¿Qué clase de truhan sería si me colara entre dos prometidos, exigiendo que me tomarais en consideración? Deryl, sin embargo, os ha dado plena facultad para decidir si queréis romper la promesa que os une a él

desde hace años.

—Sí, lo ha hecho.

—Así que no añadiré nada más, ni os presionaré para que lo hagáis, pero quería que supierais que mi corazón os pertenece.

Ella asintió. Sus dedos hormigueaban, apretados entre los secos y cálidos de él, y ella luchaba por superar su vértigo. También tenía miedo, mucho miedo, como debía de tenerlo Drew. Por mucho que había intentado comprender lo sucedido, rebajando lo que ella sentía a una simpatía más acusada que otras, era lúcidamente consciente de que entre ellos había habido un decisivo flechazo. Fue algo que les había pillado a ambos desprevenidos. Mabel estaba desarmada por su propia vulnerabilidad, y completamente desprevenida frente las sensaciones que se agitaban bajo su piel.

¿Qué podía hacer en ese momento?

Temblando, cerró los ojos. Estaba conmocionada por el deseo que había aflorado en la mirada de él, y el desconcierto, que rugía en su interior, tal vez brillaba a través de sus ojos. Entonces Drew la besó y ni siquiera imaginó rechazarlo, sacudida por los temblores de una excitación tan desbordante que agotaba sus fuerzas, algo que nunca había experimentado. Separó los labios con avidez y permitió que la lengua de él se hundiese más sensualmente en su boca, respondiendo con una temeridad de la que no se había creído capaz.

—Elegidme, Mabel, os lo imploro —él respiró contra sus labios cuando por último, ya sin aliento, tuvo que retroceder—. No os obcequéis con querer a Deryl como venganza contra Melissa. Hacer caso al orgullo es un error que puede costaros muy caro en términos de dolor. Y no ser amado os traerá mucho, prolongado a lo largo de los años, y tan incesante como para extenuaros de amargura y frustración.

—Pero vuestro hermano necesita una esposa digna de su alcurnia, para tener los herederos que continuarán vuestro linaje... Nuestras abuelas querían esto, es decir, unir las dos familias y fundirlas en un solo núcleo.

—Yo podría ser el que, en lugar de Deryl, realice el sueño de ellos, Mabel. Si me aceptáis, claro está.

Ella lo miró en silencio. De hecho, aparte de ser investida con el título de vizcondesa —pero realmente, ¿le importaba serlo?— casarse con Drew significaba honrar los deseos de sus abuelas, tal vez no de la forma que todos hubieran esperado, y con la sustancial y tentadora diferencia de tener a su lado a un marido enamorado.

El revuelo hubiera sido enorme...

—Pensadlo, Mabel —la apremió, abrazándola aún más fuerte—. Aceptar mi propuesta equivale a materializar *mi* sueño de teneros, y me atrevo a añadir que también el vuestro, si vamos a jugar con las cartas descubiertas. Os quiero para siempre. Me obsesionáis desde el momento en que llegasteis a Brentwood Court.

Ella asintió, sin saber muy bien qué debía responderle, y cuando Drew volvió a atrapar su boca, se rindió a su ardor con idéntico impulso.

ONCE

Harriet se detuvo sorprendida cuando el apuesto Kenneth, conde de Hambersham, emergió de entre los setos de mirto y se inclinó con una reverencia tan perfecta, que seguro que habría despertado la envidia del legendario D'Artagnan, a la que acompañó con su caballeroso gesto de descubrirse el sombrero cual postrero homenaje.

—Me habéis asustado —ella le sonrió cariñosamente.

—¿Os apetece pasear conmigo por este encantador jardín que tenemos a nuestra disposición?

—Sí, es realmente hermoso y mi madre está orgullosa de él.

—Y con razón, en ello estoy completamente de acuerdo.

—¿Amy os ha dado plantón? Normalmente os sigue como un perrito faldero.

—En realidad lleva estornudando desde ayer y le he sugerido que se quede dentro, al calor.

—¿Así que habéis pospuesto vuestra marcha a Wisteria House?

—En realidad, ha sido Lord Ashley quien me ha invitado a quedarme otra vez... —Kenneth le ofreció el brazo—. Entonces, ¿damos un paseo?

—¡Encantada, señor conde! —Harriet le lanzó una mirada maliciosa—. ¡Por fin ha salido el sol!

—Sí, y sería un crimen no aprovechar un día tan hermoso. No tan hermoso como vos, por supuesto. Nada se compara con este rostro angelical vuestro.

—Sois muy galante, y aprecio mucho la atención que me prestáis.

Él se llevó su mano a los labios y le dio un beso....

—No, no es galantería, os estoy cortejando, *darling*, lo sabéis.

La muchacha se ruborizó.

—¿Os produzco este efecto, querida?

Harriet asintió. El acercamiento con Kenneth había sido sorprendente y se había formado tal sintonía entre ambos que apenas podía creerse. ¡Como si lo conociera de toda la vida! La hacía sentirse mujer de los pies a la cabeza con una sola mirada, y por las fuertes reacciones que la asaltaban a su lado había comprendido, sin ningún género de dudas, que lo que sentía por Deryl no era comparable a la vorágine emocional que le provocaba Kenneth. Hasta el día en que él había llegado a Brentwood Court con Mabel, Harriet había confundido la posesividad debida a un afecto más especial que el que sentía por otros miembros de la familia con el verdadero amor. Deryl había encarnado al hombre ideal de las primeras fantasías amorosas a las que se había entregado durante la pubertad, el héroe inmediatamente dispuesto a desenvainar la espada para defenderla de todo y de todos, la figura masculina perfecta que su imaginación colocaba a su lado.

Una tonta incapaz de distinguir el cariño que sentía por él de los verdaderos sentimientos de

un corazón enamorado, obstinada e inmadura en complacer un encaprichamiento adolescente. Esto la había llevado a comportarse no siempre de manera justa y correcta.

Había sentido celos de Melissa, lo admitía, y en represalia no había dudado en mostrar una bajeza de espíritu de la que no se sentía orgullosa, hasta el punto de que la mezquindad había llegado a imponerse al sentido común. Estaba arrepentida, y el remordimiento no era una compañía muy alegre.

Deryl, sombrío e intratable, salía todos los días a buscarla y, al regresar por la noche, cenaba a menudo en la soledad de su estudio, prefiriendo aislarse del resto de la familia. Lo que hacía a la petulante Mabel más insoportable que nunca en las incesantes reprimendas con que los oprimía a todos. Lady Edwina contenía estoicamente su exasperación, aunque en ocasiones aparecía en su mirada un alarmante destello de impaciencia. Tarde o temprano iba a explotar, eso era una certeza, porque incluso alguien con una paciencia bíblica acababa por enloquecer.

Drew era el único que permanecía imperturbable.

Extraño... e incluso le daba cuerda a la presuntuosa heredera del barón de Montorsi. Pero, ¿quién se creía esa que era? Tan pronto como puso un pie en Brentwood Court, había generado caos y crispación, alimentando un crescendo de amargos conflictos que intoxicaban la atmósfera de una casa en la que había reinado la armonía. Kenneth, como el *gentleman* que era, se abstuvo de interferir, pero estaba claro que desaprobaba su agria actitud de prima donna, y Harriet lo apreciaba aún más por la caballerosidad demostrada en momentos tan espinosos.

Aunque el conde no era un modelo de perfección estética, ella lo encontraba irresistible. Casi tan alto como Deryl y Drew, tenía un físico magro y ágil que delataba su pasión por los deportes ecuestres. Su rostro era duro, anguloso, con finas arrugas en las comisuras de los ojos y una nariz aristocráticamente aguileña. Su cabello negro, tan largo como sus espesas pestañas negras, se rizaba sobre el cuello de su elegante redingote. Ella lo observaba a hurtadillas con los ojos entornados, cuando estaba segura de pasar desapercibida, ruborizándose si él la miraba fijamente: tener clavados en ella sus ojos aterciopelados era algo embriagador que le hacía vibrar los sentidos y la estremecía.

—¿Habéis decidido guardar silencio, Harriet?

—Oh, disculpadme —apartó los pensamientos que se agolpaban en su mente y le miró compungida—. ¿Por qué no os quedáis Amy y vos hasta Navidad?

—Sí, eso es lo que Lady Edwina me ha propuesto, sólo que no me gustaría molestar.

—¡En absoluto! —negó ella con vehemencia. No podía ni pensar en que se subiera a un carruaje con su hermana y desapareciera de su vida—. Pronto se celebrará la boda de Deryl y Mabel. ¿No iréis, por casualidad, a desertar de la ceremonia? Precisamente vos, que habéis traído aquí a la novia.

—Pero, ¿vos creéis que se desposarán?

—¿Acaso no tenéis esperanzas de que lo hagan?

—¿He de responderos sinceramente?

—Por supuesto.

Él sonrió burlonamente.

—Miss Mabel no posee un carácter idílico, es inevitable decirlo, y el resentimiento la hace más desagradable a esas queridas personas que son lady Edwina y el vizconde. No es que yo no le haya sugerido moderación, pero ella hace caso omiso.

—Ya, sólo Drew parece estar pendiente de sus palabras, y se me escapa el porqué de tanta condescendencia hacia la grosería...

—¿De verdad no habéis entendido que se siente atraído por ella?

—¿Atraído? ¿Estáis bromeando? ¿Qué hombre en su sano juicio podría aspirar a semejante bruja?

—Sin duda Mabel debería ablandarse un poco y hacer un esfuerzo por ser complaciente, en la situación que vuestra familia está afrontando, no sin dificultades, en lugar de perseverar con rabietas infantiles y crispar los nervios de todos.

—Hace que extrañe a Melissa, ¿me creéis?

—¿Cómo podría ser de otro modo? Dicho esto, es el miedo a ser un intruso lo que me lleva a sopesar la oferta de tu madre y del vizconde tu hermano.

—Os lo ruego, quedaos.

—Estoy indeciso, os lo confieso, respecto a aceptar.

—Tenéis razón, el clima dentro de la casa no es propicio para la estancia, pero las cosas se arreglarán.

—¿Tan convencida estáis de eso? —él negó con la cabeza—. El vizconde no siente ningún apego por su prometida, que no mueve un dedo por calmarlo e incluso parece hacer todo lo posible por mostrarse más odiosa. En mi hogar, ese aspecto de la personalidad de Mabel no había aflorado en absoluto, entre otras cosas porque no iba a casarse conmigo, por supuesto. Y de todos modos, mi querida Harriet, el orgullo herido hace más víctimas de las que uno podría suponer.

—Todo esto es muy desagradable, señor conde, y la guerra entre Deryl y Mabel se refleja en quien vive con ellos.

—De hecho, y si éste es el trasfondo de una futura unión conyugal, no me atrevo ni a imaginar cómo podría ser la continuación de toda una existencia juntos. Por supuesto que no sería la primera vez que dos personas se casan por intereses que nada tienen que ver con el amor, pero, francamente, tengo la impresión de que él incluso la detesta.

Harriet afinó los labios y reprimió el impulso de acariciar con los dedos la demacrada mejilla de Kenneth.

—Melissa se había convertido en importante para Deryl, le resultará difícil eliminarla de su corazón.

—En cualquier caso, puede que lo haga. Lord Ashley no me parece el tipo de hombre que disfruta yendo de una mujer a otra, o que se toma ese tipo de sentimientos a la ligera.

—Siento haber contribuido a agriar su relación siendo mala con Melissa. Fui mala con ella y estoy avergonzada. No estoy seguro de que estuviera mintiendo sobre la pérdida de memoria, y acusarla de ser una impostora...

—Me recordáis a Amy, ¿sabéis? —Kenneth sonrió y la condujo hacia un banco aislado.

—¿Qué queréis decir?

—Cada uno de nosotros tiene su lado oscuro, y la lente deformadora de los celos altera nuestra visión de las cosas. De ahí las represalias nocivas. Habéis idealizado a Deryl, exactamente como Amy está haciendo conmigo, colocándome en un hermoso pedestal. No me molestaré en enumerar las travesuras, a veces absurdamente hilarantes, que mi hermana ha perpetrado contra las damas a las que me ha visto cortejar. Con una sola excepción: ¡vos!

—Probablemente no represento una amenaza para Amy, ¿no es así? —replicó ella con ironía—. Y sólo por aclararlo, Deryl no es mi hermano de sangre, señor conde.

—Querida, cuando estamos solos, ¿queríais llamarme, simplemente Kenneth?

Ella se sonrojó, limitándose a hacer un gesto de aprobación.

—Yo habría optado por un enfoque diferente si la situación no fuera la que nos está tocando vivir, pero no tenía elección.

—¿Con respecto a qué?

—Con la confianza de suscitar en tu corazón idénticas emociones que agitan el mío por ti, si me lo permites, pediré al vizconde y a Lady Edwina tu mano, Harriet. Y, por supuesto, el permiso para cortejarte oficialmente.

La muchacha tragó saliva, con la garganta cerrada a causa de un nudo de aprensión por temor a que lo que estaba a punto de decirle pudiera afectar a su decisión de desposarla.

—Conde...

—Por favor, Kenneth —la interrumpió ella.

—Kenneth, Lady Edwina no es mi verdadera madre. Fui adoptada por los Ashley y no sé cuáles son mis orígenes.

—¿Debería importarme? Ya es tarde, pequeña.

Ella le miró con los ojos desorbitados. Era incapaz de pronunciar una palabra: apenas podía respirar y la sangre corría tan deprisa por sus venas que las sienes le palpitaban casi dolorosamente.

—¿No me respondes nada?

Harriet volvió a menear la cabeza, paralizada por el asombro y la emoción.

—¿Ni siquiera un signo de aprobación?

Era consciente de que él le había expresado más que una trivial simpatía, pero pensar que un noble la quisiera como esposa...

—No llores, tesoro mío. Todo lo que preciso es un sí, y entonces lo haré por los dos.

Harriet lo susurró con un hilillo de voz, el sí, siempre temerosa de que Kenneth cambiara de opinión y se retractara de su propuesta de matrimonio. Estaba segura de que no merecía la felicidad que él le ofrecía, pero juró redimirse moralmente si se le daba la oportunidad de hacerlo. Estaba en deuda con un destino benévolo y generoso: su adopción por los Ashley la había situado en un estrato social privilegiado, y lamentaba haber podido actuar mal con alguien que no le había hecho ningún mal. Si tan sólo Deryl pudiera localizar a Melissa y traerla de vuelta a Brentwood Court, Harriet se juró a sí misma que haría cualquier cosa para que la perdonaran.

—¿QUÉ queréis decir con que partiréis pronto para Italia? —Melissa miró atónita a Alvaro, después de que éste le comunicara la inesperada noticia. Un mazazo.

En lugar de contestarle, él mojó un trozo de pan en la sabrosa salsa de carne que Eunice había servido para cenar, y lo masticó despacio, como tomándose su tiempo.

—¿De verdad queréis iros? —dijo la viuda Smith, empeñada en avivar el fuego de la chimenea con más leña. Una persistente lluvia, mezclada con nieve, había estado cayendo desde el amanecer, y el intenso frío no se animaba a remitir.

—¿Y yo, Alvaro? ¿Vais a tener el valor de dejarme en Londres?

—Calma, muchacha, no recuerdo haber dicho que me lave las manos y luego me vaya sin preocuparme por tu suerte. ¿Por quién me has tomado?

—Entonces explicadme lo que pensáis hacer. Si no os he entendido mal, acabáis de decir que os embarcaréis dentro de poco, pero no recuerdo que añadiréis la palabra *juntos*.

—Para ser sincera, mis oídos tampoco lo han oído —intervino Eunice, cortando rebanadas de pan de la hogaza.

—Bueno, me estoy devanando los sesos para reunir rápidamente el dinero para embarcar en

la *Theseus*.

—¿Cuánto de rápidamente?

—Un par de semanas.

Melissa echó atrás el plato. Sólo había comido unos bocados. De todas formas, tampoco es que tuviera hambre.

—Y vos el dinero, ¿lo tenéis?

—Seré sincero: para mí es una oportunidad que no hay que desaprovechar, y habría robado por estar a bordo del *Theseus* —el hombre gesticuló con vehemencia y la lámpara de aceite agigantó su sombra sobre las paredes de la cocina donde cenaban los tres—. Pasaré las Navidades en Milán y, aun a riesgo de parecer desagradecido a los ojos de Eunice, me hace mucha ilusión.

—¿Por qué desagradecido? Todo el mundo está apegado a sus raíces, y no hay por qué ofenderse. —La viuda alisó con los dedos el chal de lana oscura que se había colocado sobre los hombros.

—¿Habéis tenido un golpe de suerte, Alvaro? Para decir que incluso habrías robado, está claro que no has tenido que conseguir el pasaje del barco de esa manera.

—En el puerto me encontré con un amigo íntimo del barón, el caballero Demetrio De Ambrosi, un industrial lombardo propietario de un criadero de gusanos de seda en Brianza.

—¿Qué hacía en el puerto?

—Estaba allí, para reservar un camarote para él, su mujer y su hijo en las oficinas de la naviera. Estaba informado del naufragio, pero ignoraba si había supervivientes entre los que iban con los Montorsi. El barón también le había escrito para comunicarle que iba a venir a Londres y que contaban con verse en cuanto llegaran.

—Una verdadera coincidencia encontraros —comentó Melissa.

—El mundo es más pequeño de lo que podemos imaginarnos.

—¿Así que De Ambrosi reside en Inglaterra?

—Le hubiera gustado establecerse por estos lares para ampliar el negocio, pero, por desgracia, su mujer está delicada de salud y el clima inglés ha empeorado las cosas, lo que le ha obligado a renunciar al proyecto y marcharse a Como.

—¿Y vos qué tenéis que ver en todo esto?

—Le conté mis peripecias y me propuso trabajar para él. Una ocupación bien remunerada como cochero.

—Habréis aceptado con entusiasmo.

—Evidentemente. Una cosa es ser un cargador mal pagado en tierra extranjera, y otra tener un empleo mejor en mi país, entre mi gente. ¡No había ni que pensárselo!

—Una bonita oportunidad —admitió Eunice.

—¿Así que habéis decidido renunciar al sueño de abrir vuestro propio local?

—No, en absoluto. Quizá necesite más tiempo para realizarlo, pero mientras tanto cobraré un sueldo que me permitirá ahorrar el dinero que necesito.

—Querida, ¿cómo culparlo si prefiere volver al lugar de donde habéis venido? Sin duda, yo tomaría la misma decisión —convino de nuevo Eunice en tono práctico.

—Soy capaz de manejar un carruaje y puedo cuidar de los caballos de forma competente. Queda el problema de cómo llevarte conmigo, muchacha.

—Desde luego, no como polizón dentro de un baúl cerrado —bromeó la viuda Smith, que quería hacer sonreír a Melissa.

—El pasaje en el barco no es gratis —replicó bruscamente él, apuntándole con la cuchara —

y me temo que nuestra muchacha tiene, por desgracia los bolsillos vacíos.

—No hay nada que objetar —asintió esta última, cuya expresión afligida provocó que Eunice le acariciara la mano.

—Se me tiene que ocurrir algo... —balbuceó Alvaro.

—Ni siquiera soy capaz de sugeriros cómo...

—¡Maldita sea!

—Sí. El dinero que he ganado hasta ahora ayudando a doña Eunice es escaso, y desde luego, no alcanza para embarcarme.

—Si no te hubiera hecho caso, devolviendo a *Black Beauty* a tu preciado vizconde, ahora podría sacar un buen pellizco.

—¿No vais a empezar a recriminarme otra vez?

—No me gusta ensañarme, pero los gestos amables son un lujo que no te puedes permitir, muchacha. ¡Pero has pretendido mostrarte superior moralmente sin ni siquiera tener dónde caerte muerta! Debí haber hecho caso a mis instintos y entregar ese pura sangre de los Ashley a alguien que se lo llevara sin regatear.

—Os las dais de duro, pero no sois tan deshonesto como nos queréis hacer creer.

—Soy de corazón sensible, ¡maldición!

—La afortunada que se case contigo tendrá un marido apuesto y capaz, sobre todo un joven que pueda elegir entre el egoísmo y el altruismo, si su conciencia se lo impone.

—Sois demasiado bondadosa, *lady* Eunice.

—Gracias por haberme llamado *lady*, hijo. No envidio a esas señoras de la alta sociedad enfundadas en vestidos que las hacen enfermar al primer soplo de brisa.

Alvaro soltó una carcajada.

—El vizconde y Drew —prosiguió Melissa— son aficionados a los caballos y no podéis imaginar cuánto agradecí los riesgos que corristeis para liberar a Black en el bosque de Brentwood Court.

—Eres terca como una mula, ¿cómo no voy a acceder a vuestras imperiosas exigencias?

—No quiero apropiarme ni de una aguja si pertenece a los Ashley, así de sencillo. Es una cuestión de principios.

—Tus escrúpulos no te llenarán el estómago y, en cualquier caso, aquel era un animal bien adiestrado: se dirigió directamente a las cuerdas en cuanto lo insté a galopar hacia la casa de sus amos.

—Llegados a este punto, también tenemos que conseguir que Melissa se marche, hijo —insistió Eunice—. Ella está fuera de lugar en Londres.

—El dinero no se encuentra a la vuelta de la esquina, mi estimada señora —replicó él, cruzándose las manos sobre la nuca mientras se reclinaba sobre el respaldo del sillón de paja.

—Ya pensaremos en algo.

—No quiero mortificar la buena voluntad que os anima, pero dos semanas pasan rápido, seamos conscientes de ello.

—Ese Demetrio que habéis mencionado, ¿no podría adelantar el coste del billete a la chica? Ella se lo devolverá cuando consiga trabajo allí.

—Ya se ha encargado del mío, Eunice, no me atrevo a pedirle más. No quiero arriesgarme a que me rechacen, ni quiero parecerle mezquino.

—Me quedará con vos, no hay otra solución.

—Te ayudaré yo, cariño, no tengas miedo.

—No, os lo agradezco, pero jamás podría aceptar...

—Tengo unos ahorros, y Sean nunca me prohibiría echarte una mano.

—Pero, ¿cómo voy a devolveros lo que sólo sería un préstamo?

—Lo pensaremos antes de tu partida, no te angusties ahora. Alvaro, mañana tienes que reservar una plaza en el *Theseus*, o se agotarán. Os daré el dinero para el billete.

—¿Estáis segura, Eunice?

La mujer asintió y acarició el cabello de Melisa.

—Sólo lamento tener que despedirme de esta criatura que con tanta gracia aliviaba mis labores diarias, y también de ti, Alvaro. Habéis conquistado un lugar muy especial en mi corazón.

Melissa le sonrió y no se molestó en secarse las lágrimas que corrían por sus ojos. Lloraba por tener que dejar a aquella encantadora y desinteresada señora que la había acogido en su casa sin esperar a cambio ni un penique por el alquiler. Y también por amor. Marcharse equivalía a poner una lápida definitiva en los profundos sentimientos que habían nacido en su corazón por Deryl.

DOCE

Deryl observaba distraídamente el exterior desde la húmeda ventanilla del carruaje. En las aceras se veía el bullicio habitual de los transeúntes, a pesar de que la tormenta hacía días que arreciaba. Se dirigía a la sede de la *London Society* para hacer la donación anual que Lady Edwina entregaba por Navidad. La *London Society* se ocupaba de los niños huérfanos o abandonados por sus familias y necesitados de un hogar. Deambulaban por todo Londres una multitud de niños en tales condiciones, y preservarlos de un destino cruel que los convertiría en marginados de por vida, era una meritoria labor. No había otra forma de apartarlos de la mendicidad, evitando que se convirtieran en ladronzuelos habituales o, en el peor de los casos, en unos delincuentes curtidos. La docena de orfanatos gestionados por la *London* albergaban a cientos o incluso miles de niños, que recibían una asistencia de un discreto nivel. Las generosas donaciones de particulares eran el maná para los huérfanos, o bastardos, que también los había, sin que a nadie en el mundo le importara si comían lo suficiente y dormían en una cama decente. Su madre era sólo una de las numerosísimas señoras que ayudaban a sostener las instituciones que daban asilo a aquellos desgraciados mocosos, desperdigados por todos los rincones de la ciudad, mendigando un poco de caridad. Luego se habría acercado a saludar a su amigo Chase Whycombe. Deryl había oído que Chase se había batido en duelo con lord Sweeney en la loma de Agreen Park por una cuestión de honor relacionada con un rumor difundido por Sweeney sobre la supuesta infidelidad de su prometida, Charlotte. Chase no había resultado herido de gravedad, el otro duelista había tenido menos suerte.

Fue mientras caminaba por una calle lateral de Breton Street cuando de repente se fijó en Melissa, que salía de la entrada de una mansión patricia. Llevaba una cesta en el brazo, que debía de pesar bastante, dado que avanzaba con dificultad. Iba envuelta en un abrigo que no debía de protegerla mucho del frío, y el gorro que le cubría el pelo ya estaba cubierto de copos de nieve. Durante unos instantes Deryl se quedó petrificado por la sorpresa, su mente trabajaba con lentitud. Sólo Dios sabía cuánto la había buscado, incansablemente, decidido a no rendirse, ni siquiera cuando Randall le había dicho que estaba en un punto muerto de la investigación, y no había logrado detectar el menor rastro de Melissa. Se repuso con gran esfuerzo del asombro que le había embargado, golpeando casi furiosamente con su bastón el techo del coche, que se detuvo de inmediato. En ese momento ella giró hacia una calle adyacente, y, entonces, antes de que el cochero tuviera tiempo de deslizar el cristal detrás de su asiento para preguntarle qué necesitaba, abrió la puerta de par en par y salió corriendo tras ella como un poseso. Cuando por fin dobló la esquina a su vez, Melissa ya había desaparecido.

Imprecando como un carretero, Deryl deambuló durante al menos media hora por entre las casas de Mayfair, animado por la esperanza de que hubiera entrado en uno de aquellos edificios,

para luego tener que salir. No sucedió. Pasó mucha gente, pero Melissa había vuelto a desaparecer sin dejar rastro, como un sueño que inevitablemente se desliza en el olvido al despertar.

Maldita sea, era realmente ella, ¡estaba seguro!

¿Por qué razón vagaba por la ciudad con aquel frío glacial, las calles convertidas en una extensión de barro sobre la que resultaba complicado caminar? ¿Había encontrado trabajo? ¿Cómo había podido ser tomada al servicio de alguien cuando carecía de referencias?

Se rindió al hecho de haberla perdido de nuevo cuando Ralph, el cochero de los Ashley, al no verle reaparecer, tras haber aparcado el carruaje, vino a su encuentro, preocupado por si le había ocurrido algo.

—¿Necesitáis ayuda, *Milord*? —el sirviente le miraba desconcertado, sin reparar en la nieve que ahora caía copiosamente.

Él negó con la cabeza.

—Ralph, en lugar de ir directamente a la *London Society*, me gustaría ir primero a Bow Street a ver a Rufus Randall. Necesito comunicarle urgentemente cierta información.

—Así se hará, señor. —El hombre inclinó la cabeza en un deferente gesto de asentimiento—. ¿Queréis esperarme aquí, vizconde, o preferís acercaros directamente al coche?

—Te espero aquí, Ralph, gracias.

El criado asintió de nuevo y se apresuró a obedecer.

—¿ESTÁIS seguro de que era ella, vizconde? —tras completar las cortesías de rigor, Rufus pareció igualmente asombrado de que, por una increíble coincidencia, Lord Ashley hubiera localizado a Melissa.

—Absolutamente, Randall. Debéis concentrar vuestra búsqueda en ese perímetro de la ciudad. Melissa se movía con soltura, lo que me lleva a suponer que conocía la ruta por el hecho de que la recorría habitualmente.

El hombre aprobó con un gesto de la cabeza. La melena pelirroja estaba más alborotada que nunca, como si no dejara de pasarse las manos por ella.

—Estaba a punto de renunciar al encargo, he de confesarlo. Había estado caminando en círculos todo este tiempo, sin divisar ni una leve pista que confirmara su presencia en la ciudad.

—Debéis encontrarla a toda costa, incluso recibiendo ayuda de vuestros colegas, no repararé en gastos si lo creéis necesario, ¡pero tenéis que vigilar la zona que os he indicado sin interrupciones!

—Tenéis mi palabra de que la encontraré, Lord Ashley.

—Gracias, dadme noticias positivas cuanto antes, Randall.

—Espero llevar a buen puerto lo que tanto os apremia.

Cuando se hubo despedido del investigador, trató de aplacar la tensión que le había invadido desde el instante en que sus ojos se posaron en Melissa, fuera, bajo la nieve que se arremolinaba en el aire. Ralph lo llevaba a la *London Society*, pero él habría preferido volver a casa y contarle a su madre lo ocurrido. Ella lo sentía aún más que él por la joven de la que tanto se había encariñado, que estaba tan afligida como su hijo. Mabel aún no le había dado ninguna respuesta sobre la boda, pero no le importaba que lo alargara, quizás para hacerse desear. Si el objetivo era mantenerlo deliberadamente en la cuerda floja, conseguiría el resultado contrario. En lugar de sentirse deprimido, o enfadado, por su insultante represalia, Deryl estaba curiosamente

agradecido a Mabel por el esnobismo pueril que le reservaba: no tenerla cerca le permitía centrar todos sus pensamientos en otra mujer. La que deseaba con cada célula de su cuerpo: Melissa.

Suspirando profundamente, se recostó en su asiento y cerró los ojos. Si tan solo hubiera sido más diligente, ella estaría ahora en ese carruaje con él, rumbo a Brentwood Court. Soltó una serie de improperios que rivalizaban con los de un escandaloso estibador, y lo hizo en voz alta para desahogar su frustración, sin importarle que Ralph pudiera oírle. Había circunstancias en las que un hombre podía incluso permitirse el derecho de jurar como Dios manda.

—QUERIDO, una verdadera lástima no haber podido detenerla —Lady Edwina parecía apenada de que a Deryl se le hubiera escapado Melissa, después de haberla visto por pura casualidad en una calle de Londres—. Me entristece saber que se halla a su propia merced, en la precariedad económica, tal vez, obligada a vivir en un lugar con el que está poco familiarizada.

—Además, sin parientes que puedan protegerla de las trampas y peligros que entraña una ciudad.

—Por otro lado, no parece que se lo haya pensado dos veces antes de volver a ponerse en contacto con nosotros. Realmente, ella quiere cortar lazos con los Ashley.

—Randall la localizará, madre —exclamó él con tono sereno—. El barrio y las calles adyacentes están delimitadas y, a menos que haya ido a ese edificio por accidente, caerá en la red que Rufus ha tendido alrededor.

—¿Y luego?

—¿A qué os referís?

—Quiero decir, una vez que esté de vuelta en Brentwood, ¿qué será de ella? Mabel no la recibirá exactamente con los brazos abiertos, todos somos conscientes de ello.

—Ya —Deryl frunció el ceño—. Tiene que haber una solución para arreglar las cosas evitando futuros conflictos entre ellas dos, sólo tengo que sopesar mejor el asunto.

—Me pregunto si no sería conveniente dejarlo todo como está.

—Eso ni siquiera lo mencionéis.

—Ya sabes el cariño que le tengo, así que deploro la mera idea de que Mabel pueda ofenderla o tratarla mal.

—No se lo permitiré, madre, o se enfrentará a mí.

—No se trata de permitirlo o no, ella se convertirá en tu esposa y nadie, ni siquiera tú como cónyuge, podrás imponer la presencia de Melissa en su casa.

—Pero también mi casa, disculpad que insista en ello.

Edwina se sirvió una segunda taza de té y bebió unos sorbos mientras reflexionaba sobre la respuesta de su hijo.

—Tienes razón, sin embargo, no me parece una mujer maleable que pueda transigir en aras de una vida tranquila. No acepta rivalidades de ningún tipo, hará de tu existencia un infierno, puedes apostar, si te atreves siquiera a volver a meter a Melissa bajo el mismo techo.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Si quiere guerra, guerra tendrá, y puedo revelarme como un adversario tan formidable como ella.

—No apruebo las posturas drásticas.

Él estaba a punto de responder que toda decisión era de su competencia, cuando alguien llamó a la puerta del salón.

—Adelante —dijo enseguida Lady Edwina.

—Pensaba haber dicho que no quería que me molestaran durante al menos una hora... —refunfuñó Deryl.

—Querido, Harriet me había avisado de que venía a contarme algo que le urgía, y, simplemente, se me había olvidado. Pero te imaginas que.... —la mujer enmudeció porque fueron Drew y Mabel quienes cruzaron el umbral, no la hija como ella había supuesto—. ¿Sois vosotros? ¿Qué diantre sucede? ¿Por qué tenéis esas caras?

—Madre, a Mabel y a mí nos gustaría hablar con vosotros dos.

—¿Es importante? —Deryl estudió la expresión acongojada de Mabel. Si estaba allí para volver a convertirle en objeto de quejas, respaldada por su futuro cuñado, los despediría a ambos de buenas a primeras, y sin muchas ceremonias. ¡Ya estaba harto de aquella bruja!

—Extremadamente importante —dijo el hermano.

Mabel lanzó una mirada a Drew que Deryl, por un momento, dudó haber malinterpretado. Sí, debió de haberlo entendido mal porque captó algo entre los dos que le descolocó. Desconcertado, dejó bruscamente la copa de jerez sobre la mesita. También se dio cuenta de que ella no estaba tensa, sino evidentemente incómoda, y mucho. Al igual que Drew.

¿Mabel incómoda?

¡Imposible!

Por lo general, su molesta prometida disponía de una inagotable fuente de argumentos para hacerse impopular, dueña de la situación hasta el punto de tener astutamente en su poder la casa y a quienes vivían en ella. Una déspota de la que, incluso, rehuían los criados. Él y lady Edwina le hacían frente, por supuesto; Harriet, Amy y el conde de Hambersham preferían no darle cuerda, evitándola durante gran parte del día. De hecho, el único que se sentía a gusto con ella era el propio Drew, admitió para sus adentros.

—¿Y bien Drew? —le instó Edwina, algo intrigada.

—Deryl, existe entre nosotros un afecto que muchos envidian, un afecto que ha hecho que nuestra relación sea fuerte y constructiva desde la infancia. No podría aspirar a tener un hermano mejor que tú, lo sabes. Tampoco haría nada que te hiciera daño, no intencionadamente.

—¿Qué significa esta premisa? —le miró fijamente, asombrado—. ¿Es necesario repetir cuántos nos queremos?

—En ocasiones, sí.

—¿De veras? Somos hermanos y nos llevamos bien desde que nuestra madre me puso junto a ti.

Drew inspiró profundamente.

—En fin, Mabel y yo... bueno, todo ha ocurrido a pesar nuestro, y estoy dispuesto a echarme atrás si no quieres aceptarlo...

—Por el amor de Dios, Drew, ¿quieres terminar el discurso en vez de interrumpirlo todo el rato? —se impacientó Edwina.

—Si aún estás dispuesto a romper el compromiso, a devolverle a Mabel su libertad, a ella y a mí nos gustaría casarnos justo después de las fiestas de Navidad —declaró él con rotundidad.

—Diantre, ¡esto es realmente lo último que pensaba que iba a oír, hijo mío! —exclamó la madre, con los ojos de Drew clavados en la mujer que se pavoneaba, casi desafiante, delante de ella y de Deryl.

—¿Me estáis pidiendo una ruptura inmediata del compromiso, Mabel? ¿Lo he entendido bien? —él luchaba por salir de su asombro, casi incapaz de creer lo que oía.

—Nos hemos enamorado al instante, y nos gustaría organizar la boda con tu consentimiento

y el de nuestra madre —se adelantó Drew.

—¡Aprobado! —exclamó Lady Edwina.

—Obviamente todo depende de ti —añadió el otro.

—No creo que aceptar el matrimonio con vuestro hermano represente un sacrificio para vos —continuó Mabel, dirigiéndole una mirada solo un poco menos rencorosa de lo normal—. Toleráis mi presencia solo porque la educación os obliga a hacerlo.

—Querida, habéis hecho pasar un mal rato a cualquiera que pronunciara una palabra a favor de Melissa, ¿qué reacción os habríais esperado del vizconde? —le preguntó Lady Edwina.

—Me habéis hecho sentirme como una intrusa —la recriminó Mabel— mientras la intrusa era otra.

—Os equivocáis —la desmintió Deryl después de que se hubiera tragado medio vaso de licor para recuperarse del asombro.

—¿A quién aludís?, ¿a Melissa?

—No, a vuestras injustas afirmaciones. Os hemos acogido con la hospitalidad que reservamos a todo el que recibimos en esta casa, y no habéis sido, precisamente, amable, acusándonos sin pudor de favorecer a Melissa en detrimento vuestro.

—¿Os atrevéis a negarlo?

—Mabel, os lo ruego, basta de polémicas. —Drew le cogió la mano y la apretó entre las suyas.

De pronto, ella perdió su beligerancia y se le quedó mirando con tal pasión que sorprendió a Deryl y a Lady Edwina, que se intercambiaron una mirada atónita. Evidentemente se estaban preguntando cómo había conseguido Drew domar a aquella fierecilla.

—Entonces, Deryl, ¿qué me respondes? ¿Madre? —les apremió él.

—Dejo la decisión a tu hermano —la mujer quería evitar interferir en aquella cuestión amorosa que concernía a sus hijos.

El vizconde los miró en silencio. Mabel renunciaba a la oportunidad de ser la esposa de un vizconde, prefiriendo al segundón... un acontecimiento único entre un millón en el mundo de la aristocracia. El matrimonio con la heredera de Ildefonso Montorsi había figurado una vez en lo alto de su lista de deseos, pero de ella sólo había conocido prácticamente la desdicha. Sintió alivio, como si se hubiera librado de una carga demasiado pesada para llevar sobre sus hombros. Hizo votos para que Mabel amara a Drew de la manera que él se merecía.

—Estáis autorizada a desposar a mi hermano, Mabel. Drew os deseo a ti y a ella la mayor de las felicidades —declaró con una voz de la que ahora rezumaba emoción.

—Yo también os deseo toda la felicidad del mundo —se hizo eco la madre.

—Gracias, lo procuraremos —asintió Drew, sonriendo a su prometida—. Muy pronto ella y yo viajaremos a Sheffield Park. Las reformas están prácticamente terminadas y quizás, como futura patrona, ella querrá hacer algunos cambios a su gusto en el mobiliario.

—Bien, en el ínterin, esta morada está a vuestra disposición —afirmó Deryl, lleno de una placentera euforia. Todo lo que tenía que hacer era localizar a Melissa y pedirle formalmente que se casara con él.

Ahora sí podía hacerlo.

Drew y Mabel se habían despedido hacía unos minutos cuando Harriet irrumpió en la estancia. Tenía las mejillas coloradas y los ojos brillantes de emoción.

—¡Exudas alegría por todos los poros, cariño!

—Estoy segura de que habéis adivinado el motivo, madre —Harriet le lanzó un guiño a Deryl, escrutando su rostro. Después de semanas con el ceño fruncido, ahora parecía relajado—.

Tengo la impresión de que hoy no soy la única que está contenta, ¿verdad, Deryl?

—Creo que yo también tengo algunas sospechas, querida, ¿o me tomas por un simple tonto?

—¿Me equivoco al pensar que el conde de Hambersham tiene algo que comunicarnos...?

—¡Lo habéis adivinado! Vendrá a pedirnos mi mano y confío en que se la concederá a Kenneth sin falta.

—¿Qué te hacía pensar que me iba a negar?

Se sonrojó.

—Bueno, él es más maduro que yo, y tú podrías haber preferido un pretendiente con menos años que Ken. Pero le amo, madre... y tanto es así que me tiene hechizada.

—Me gusta mucho como persona, y tú, vivaz como eres, necesitas sin duda un marido a la altura de tu temperamento, es decir, que sepa manejarlo con mano firme.

—Es un sí, ¿entonces?

—¿Temías lo contrario?

Harriet echó los brazos al cuello de su hermano y lo besó impetuosamente en las mejillas, antes de hacer lo mismo con Edwina.

—Amy no ve el momento de que nos casemos, ¡así que no queríamos alargar demasiado el compromiso!

Proferidas estas palabras, se precipitó fuera del salón como si el mismísimo diablo la persiguiera.

—Cielos, ¡incluso tendremos una boda doble! —Edwina parecía extasiada ante la noticia que le había alegrado el día.

—Es increíble, sobre todo lo de los otros dos, Drew y Mabel —comentó él con satisfacción.

—Sólo espero que no lo vuelva loco, Deryl, es la única duda que tengo.

—Si alguna vez hubo una persona capaz de ablandar a esa criatura egoísta y malcriada, esa es Drew, madre. La he estado observando, y por la forma en que lo mira no me cabe duda de que está enamorada.

—Y él también está enamorado de ella, y, como aseguras, sabrá suavizar los excesos de una esposa con demasiada personalidad, me atrevería a apostar.

—Ya lo creo —Deryl entrelazó las manos tras la espalda y asintió con expresión totalmente convencida.

—Querido, dicen que no hay dos sin tres...

—¿En qué sentido?

—Me refiero a las bodas.

—Puede —se limitó a responder, y luego sonrió a su madre de manera inequívoca.

TRECE

Melissa cerró la bolsa de viaje en la que había guardado las pocas cosas que poseía.

Dios, ¡qué ganas tenía de zarpar a bordo del *Theseus*!

—¿Estás lista para partir, muchacha? —Alvaro se había materializado en el umbral del cuarto de Sean que ella ocupaba, y una mueca burlona curvó la comisura de sus labios.

—¿Más que lista, y vos?

Él sonrió.

—¡Lo estoy desde hace mucho tiempo! Añoro el sol del hermoso país del que venimos. Por lo menos yo, en cambio tú, juraría que no, teniendo en cuenta que estabas a punto de casarte con un vizconde que se encaprichó de ti.

—¿Cómo puedo añorar lugares que no recuerdo?

—Correcto.

—Puedo decir que Brentwood Court me gustaba mucho. Para mí, la campiña inglesa era relajante y adoraba pasear en plena naturaleza. También me ha gustado Londres.

—Italia es otra cosa, créeme. Con la debida diligencia, y con la experiencia adquirida, pronto llegaremos a Génova.

—¿Nos detendremos en esa ciudad?

—Puede que una noche, luego viajando en el segundo carruaje de los De Ambrosi, el del equipaje, seguiremos hasta Milán. Por cierto, la esposa de don Demetrio te dará la dirección de un convento que acoge a mujeres jóvenes que trabajan lejos de casa, y que necesitan alojamiento.

—En realidad no tengo casa. Ni siquiera sé si existen parientes, aunque no creo que los haya...

Él se encogió de hombros.

—Yo estoy solo como tú, y aun así sigues adelante. Puedes vivir con las monjas hasta que encuentres algo que hacer, y si necesitas referencias la señora está dispuesta a dártelas, en cuanto te haya conocido mejor.

—Se lo agradeceré en persona.

Él vaciló antes de añadir:

—¿No tendrás miedo, eh?

—¿Miedo?

—De embarcarte, quiero decir.

—¿Por qué me lo preguntáis?

—En Calais, en la ocasión que ya conoces, la travesía del Canal te asustaba mucho.

—¿De verdad?

—Parecías que sintieras que iba a terminar mal.

—No lo recuerdo en absoluto. Curiosamente, a pesar de ser un superviviente de un naufragio, no me intimida, aunque de aquella noche en el mar, mi memoria ha retenido algunas imágenes esporádicas que a veces se repiten en sueños, como una pesadilla recurrente.

—Mejor así porque... —Alvaro se detuvo al oír golpes en la puerta.

—¿Quién será?

—¿La vecina de Eunice que viene a charlar?

Ambos aguzaron instintivamente el oído al oír a la viuda Smith hablando con el visitante. No se trataba de Joan: la voz que oyeron era masculina.

—Melissa, cariño, ¿puedes bajar a la cocina? Alguien quiere verte. Dice que es importante —la llamó la mujer.

—Voy enseguida —le respondió—. No entiendo quién puede estar buscándome —le dijo a Nicoli mientras tomaba las escaleras.

Alvaro la siguió en silencio.

Se quedó petrificada al divisar a Deryl en la habitación. Con el sombrero de copa en la mano, la miró fijamente con una expresión que la estremeció como una hoja zarandeada por las impetuosas ráfagas de un huracán. Inspiró para mantener la compostura y ralentizar los enloquecidos latidos de su propio corazón. Lo despediría rápidamente, se prometió a sí misma, mientras trataba de calmarse, después de haberle informado de que se marchaba.

—Bien hallada, Melissa. ¿Puedo hablar con vos en privado?

—Sois la última persona a la que esperaba ver.

—No me cuesta trabajo creerlo —le confesó él.

—¿Cómo habéis conseguido localizarme? —no pudo abstenerse de preguntarle.

—Os vi hace unos días. Salíais de un edificio en la zona de Mayfair y no podía creer semejante coincidencia.

—Comprendo.

—Luego resultó fácil, al contar con un investigador que conoce bien su trabajo. —Deryl desvió la atención hacia el hombre que estaba detrás de ella, mirándolo con expresión inquisitiva —. No quiero ser indiscreto, pero ¿el señor es?

—Soy Alvaro Nicoli, el ayuda de cámara del difunto barón de Montorsi, para vuestra información.

El vizconde se sobresaltó una mueca.

—¿También sobrevivió al hundimiento del *Duca di Savoia*?

—Sí, gracias a mi buena estrella.

—*Milord*, ¿queréis sentaros? —le invitó la viuda con evidente incomodidad, señalándole una de las sillas que había junto a la mesa. Se notaba que estaba intimidada por el elegante aristócrata, de exquisita modales, que se había dirigido a ella con extrema cortesía.

—¿Cómo os enterasteis de que Melissa había sobrevivido?

—Me crucé con ella en una calle de la ciudad, igual que vos, sólo unas semanas antes —el tono sonaba evasivo, y ella no se preocupó de añadir más explicaciones.

—Vuestra Gracia, ¿queréis sentaros en mi humilde morada? —repitió Eunice.

—¿Qué tenéis que decirme, vizconde? —intervino Melissa—. Mañana zarpo para Italia y tengo cosas urgentes que hacer antes de mi partida —Intentó expresarse de un modo formal, pero le temblaban las manos y las palabras salían entrecortadas de sus labios. Deryl era más atractivo de lo que su mente le evocaba cuando, por la noche, no podía conciliar el sueño y suspiraba por él. La insistencia con que la miraba era desconcertante, su mirada delataba inquietud y algo más que ella no podía descifrar. Reprimió el impulso de acariciarle el rostro.

—¿Puedo pedirlos que salgáis al jardín? —Deryl señaló la puerta que permanecía entreabierta —. Si a la gentil señora Smith no le ofende, naturalmente.

—No, *Milord*, no me ofendo —le tranquilizó ella—. Me hubiera gustado servirlos un té, hace frío y os habría sentado bien. Pero apartaros con la querida Melissa como deseáis, no sería...

—Bajo sugerencia de mi madre —la interrumpió él—, sentada en el pescante con el cochero está una criada de la casa Ashley. Dottie hará de carabina, si teméis que la reputación de Melissa pueda verse en entredicho.

—Ni siquiera habríais tenido que mencionarlo, *Milord*, y no quiero inmiscuirme más en vuestros asuntos.

—Siempre y cuando ella quiera seguirlos —terció Alvaro.

—Tenéis dos ángeles de la guardia, Melissa —le hizo gracia a Deryl.

—No pasa nada, Alvaro, no os preocupéis —le sonrió.

—¿Estás segura, muchacha?

—Al fin y al cabo, es justo que me despida del vizconde. Sólo fue servicial y amable conmigo.

—Si necesita ayuda, no tienes más que silbarme —le susurró el otro, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

Eunice le tendió la capa.

—Cúbrete, querida, o cogerás un constipado.

—Gracias.

Melissa se alisó la falda y se ajustó el corpiño, un gesto coqueto poco habitual en ella. Le hubiera gustado llevar un vestido más apropiado para Deryl. Luego irguió los hombros y estiró la barbilla. Ella era lo que el vizconde veía ahora, es decir, una mujer de origen modesto que no podía permitirse ropas y joyas lujosas; arreglarse habría sido inútil. Así que le precedió rígidamente hasta el pequeño jardín de Eunice. El carruaje con el escudo de los Ashley estaba parado justo al otro lado de la valla. Las siluetas de Ralph y Dottie, sentados en el pescante, sobresalían sobre el fondo del cielo gris.

—Os agradezco que hayáis querido concederme esta entrevista, Melissa. Temía una negativa a reunirme con vos.

—¿Tenía alternativa?

A estas alturas conocía bien a Deryl, y si estaba decidido a hablar con ella, a menos que huyera de nuevo, insistir en disuadirle era tiempo perdido.

—No, no la teníais —lo admitió—. Os he buscado incesantemente, ¿lo sabíais?

—No deberíais haberlo hecho, vizconde. Mabel, y no yo, es la mujer en la que debéis concentrar todas vuestras preocupaciones.

—Os ruego que me ahorréis vuestras excesivas reservas —la miraba con una expresión que la turbó—. Sigo siendo Deryl, para vos, no tendría que repetirlo; me habéis hecho vivir con el corazón en un puño desde que tuvisteis la mala idea de desaparecer.

—¿Tenía alternativa? —le replicó ella.

—Sí, porque os había asegurado que cuidaría de vos, y lo habría hecho, sin duda alguna.

—Y os lo agradezco, pero quedarme con vos era inviable.

—El destino a veces puede cambiar las reglas del juego, Melissa, y no soy el único que ha vivido angustiado... Lady Edwina ha temido por vuestra suerte y os espera en Brentwood para volver a abrazaros. Todos os hemos echado de menos. Muchísimo.

—¿También vuestra prometida? —replicó ella con sarcasmo.

—Mabel no tiene nada que ver con nosotros dos.

—¿Qué queréis decir? Estáis a punto de desposaros y no creo que os haya dado su consentimiento para venir a contarme lo que teníais que decir. Perdonad el juego de palabras.

—Mabel ha roto nuestro compromiso y os imploro que volváis a casa, Melissa.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—Lo habéis oído muy bien. La fortuna se ha puesto de quien está frente a vos, permitiéndome localizaros antes de que embarcarais hacia Italia.

—¿Os ha dejado? ¿Por culpa mía?

—No, entre ella y Drew hubo un flechazo, según cuentan, y pronto se celebrará la boda. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo, llevar al altar a la mujer que amo: tú, amor mío.

Melissa tragó saliva y se llevó las manos a la garganta. La sangre parecía escurrirse de sus venas y debía de estar cética. Le temblaban las rodillas y se habría desplomado si él no la hubiera agarrado rápidamente y la hubiera sostenido.

—Desmayarse en la calle, ¡no puede ser! —exclamó con ojos angustiados y, levantándola en brazos, la llevó hasta el coche. Ralph, que observaba la escena, se adelantó y abrió la puerta de par en par para poder recostar a Melissa en uno de los asientos.

—¿Necesitáis mi ayuda, *milord*? —preguntó Dottie que se había acercado.

—Por ahora no, gracias.

Él tomó asiento en el habitáculo, dejando abierta la puertezuela.

—¿Queréis desposaros conmigo? ¡Pero vos no podéis! —protestó Melissa.

—¡Ya lo creo que puedo! —él se acercó, aproximándose a sus ojos—. Si me decís que sí, huelga decirlo. No podría obligaros a aceptarme como marido si no me queréis, pero me tendréis en vuestra conciencia, os lo advierto, porque me partiríais el corazón.

—Pero yo... yo...

—¿No osaréis negarme este honor...?

—¿Honor? Lo sería, pero necesitáis una esposa de igual alcurnia que la vuestra, no cualquier pobre mujer —objetó con un hilillo de voz. En realidad quería abrazar a Deryl, besarla como lo habían hecho antes de que Mabel llegara, hinchada de rabia devastadora, a separarlos, denigrándola con una malicia gratuita.

—La esposa que he elegido sois vos... Melissa, querida, ¿aún no os habéis recobrado?

—Es solo la emoción, no debéis preocuparos.

—Estáis blanca como la leche.

Él levantó uno de los reposabrazos laterales para sacar una petaca.

—Vamos, bebed un par de tragos de esto, os reanimará enseguida.

Ella negó con la cabeza, y entonces él la obligó a tragar unos sorbos de güisqui. El líquido quemaba como el fuego y la hacía toser, pero no se rebeló cuando, apartando el licor, él le estrechó las manos en un intento de calentárselas.

—¡Maldita sea, sois un trozo de hielo! —Deryl saltó del coche—. No os mováis de donde estáis. Os conozco, seríais capaces de eludir a Ralph y Dottie y escapar de mí.

—No tendría fuerzas...

—¡Bien! Iré a buscar una taza de té bien caliente de la simpática viuda Smith, pero si vuelvo y no os encuentro será peor para vos.

Ella cerró los ojos y se entregó al torbellino emocional que significaba la llegada de Deryl: él quería casarse con ella. No le importaba que fuera una doncella: para él era tan valiosa como cualquier otra persona...

Se sentía mareada.

Sentía la cabeza tan ligera que le parecía hinchada de aire, y con toda probabilidad no era por la euforia de volver a verle, por las cosas maravillosas que le había dicho, sino por el güisqui que había bebido con el estómago vacío. Y el estómago también lo sentía muy extraño...

Cuando él volvió a subir a bordo un rato después, Melissa levantó los párpados que se le habían vuelto pesados. Tenía en la mano una pequeña tetera y una taza de peltre, que llenó de humeante té. Era dulce y agradable, y lo sorbió lentamente, evitando mirarlo. El crepúsculo iba cayendo y las sombras también se alargaban en el interior del carruaje.

—Os lo agradezco, nadie podría ser tan atento como vos —le dijo en cuanto hubo vaciado la taza. Se alegraba de haber podido volver a ver a Deryl antes de embarcar hacia Italia, pero cuanto más tiempo se quedara, más difícil le resultaría despedirse de él por última vez—. Llevaré de vuelta estas cosas a Eunice, de todos modos ahora tengo que volver a entrar.

—¿Volver a entrar? ¿Por qué? —El vizconde golpeó el techo con su bastón y el vehículo, como si Ralph hubiera estado esperando esa señal, se puso en marcha inmediatamente.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

—¿No lo adivináis? ¿Os llevo de vuelta a casa.

— No tengo intención de regresar a Brentwood, ni me parece educado marcharme de esta manera, sin avisarles a Eunice y Alvaro.

—No es en absoluto necesario —él le sonrió mientras el carruaje aceleraba con un traqueteo de ruedas.

—¿Qué significa eso?

—Les he explicado que volvéis a Brentwood para desposaros conmigo, y ninguno de los dos se ha opuesto. La viuda Smith os envía sus afectuosos saludos y nos desea mucha felicidad. También le he hecho una promesa, por supuesto.

—¿Cuál?

—Que cuando volvamos a Londres con el buen tiempo, la visitaremos encantados.

—No he dicho que me desposaría con vos, Deryl.

—¿No me queréis?

—Sin embargo, nunca os habéis comportado así, y yo hasta había metido todas mis cosas en una bolsa... no es que tuviera un gran ajuar, pero diantre, una mujer tiene su amor propio y debe tener una muda de ropa que le permita...

—Alvaro ha subido a vuestra habitación a por ella y Ralph la ha metido en el maletero. También me dirá dónde va a vivir y si el nuevo trabajo en Italia le satisface como espera, de lo contrario, nada le impedirá volver aquí, y entonces yo le contrataría.

—¿De verdad?

—Sí. Me ha pedido que os felicite por vuestra boda y me ha dicho que venderá vuestro billete a alguien dispuesto a pagar el triple. En resumen, no dejáis nada sin hacer en Londres, querida.

—No puedo desposaros.

—¿Por qué?, ¿qué impedimento no os permite aceptar?

—No soy digna de vos, es justo que estéis al corriente de todo. —Ella empezó a retorcer un hilo del vestido de punto que llevaba.

—¿Qué culpa pesa tanto en vuestro corazón? ¿Por casualidad habéis recuperado la memoria y me la habéis ocultado?

—No, desgraciadamente, y dudo que vuelva a reaparecer. Hay otras cosas que os he ocultado y que os debo confesar.

—Os escucho.

Con la voz reducida a un susurro, le habló de Alvaro, de cómo él le había revelado que ella era Melissa y no Mabel, y de cómo había tenido que valerse por sí misma tras las exigencias de él, desamparado y sin dinero, de acuerdo, pero lejos de ser una mala persona. La había protegido y ayudado, de hecho, sin exigirle nada aparte del medallón. Apropiarse de *Black Beauty* había sido una reacción dictada por la miseria, más que por la deshonestidad, y el caballo le había sido devuelto, demostrando lo que ella afirmaba.

—Nicoli corrió un grave riesgo, ¿lo sabíais? En Inglaterra la ley es estricta y castiga con la pena de muerte a quien roba un caballo. Si uno de nuestros guardas le hubiera pillado con *Black*, habría acabado en manos del verdugo y ahorcado.

Ella se estremeció.

—No debería haber hecho eso, lo sé.

—¿Por qué no acudisteis a mí, Melissa? Yo también habría ayudado a vuestro amigo, ya me conocéis...

—¿Como iba a hacerlo? —le interrumpió—. Estaba asustada y la perspectiva de deciros la verdad me perturbaba aún más. La pobreza, la incomodidad de ser extranjero, la dificultad de expresarse, pueden afectar a cualquiera, incluso a personas de bien.

—Sobre eso no puedo contradeciros, pero ya lo sabía todo, y os agradezco que sintierais la necesidad de contármelo —comentó Deryl cuando por fin ella guardó silencio.

—¿Y por quién lo habéis sabido?

—Por el mismo Nicoli. Mientras la viuda os preparaba el té, me lo ha contado todo, sin dejarse nada en el tintero. Eran detalles que yo ignoraba.

—No puedo ser vuestra esposa, Deryl. Debería haberos dicho de inmediato quién era, pero me faltó valor para hacerlo.

—¿Por qué?

—Os amaba y la idea de renunciar a vos me resultaba tan intolerable que me cosí la boca.

—¿De verdad?

—Después de haber conocido la verdad de Alvaro, cada vez que os dirigíais a mí como Mabel sufría como jamás podríais imaginar. Me hubiera gustado que me hubierais llamado por mi nombre, no por el de ella. Me sentía abyecta ante vos y ante ella, a la que creía muerta. Era como si profanara su memoria.

Tras cambiarse al asiento próximo a ella, Deryl la abrazó con un gesto posesivo que hacía innecesaria cualquier otra palabra.

—Te amo, mujer obstinada y orgullosa. ¿Cómo podría vivir sin mi Melissa, después de haberte conocido y haberme quedado prendido de ti? Tu belleza interior me ha conquistado, como si no hubiese bastado tu aspecto para seducirme. La sola idea de no lograr localizarte, de haberte perdido, ha convertido las últimas semanas en un tormento.

—¿Cómo puedes quererme después de cuánto te he dicho?

—Una mentira dicha por amor no es un pecado imperdonable y yo te perdono. También por no haberme dejado vía de escape, Melissa. Te deseaba con una fuerza que no creía tener...

—Sí, lo mismo ha sido para mí, Deryl.

—Menos mal, amor mío —luego agachó la cabeza y unió su boca a la de ella.

El galopar de los caballos y la niebla que se había levantado en el exterior desaparecieron en el repentino hechizo que los envolvió. Ella enredó sus manos en la melena de él y se unió aún más a Deryl, rindiéndose a la dulzura de las pasiones que desbordaban su alma.

AÚN NO HABÍAN LLEGADO a la mitad del trayecto entre Londres y Brentwood Court, cuando el mal tiempo les obligó a detenerse en una posada del camino. Resultaba imposible continuar bajo la torrencial lluvia que no daba señales de amainar, así que no tuvieron más remedio que pasar la noche fuera de casa. La regordeta Dottie intentó resguardar a Melissa con su paraguas, mientras trotaba junto a ella hacia la entrada, pero llovía a cántaros y sus atenciones eran prácticamente inútiles. Ralph descargó su alforja bajo el aguacero, con el agua escurriéndole por el ala del sombrero, y luego se apresuró a resguardar su caballo y su carruaje en el cobertizo contiguo. Estaba empapado.

El dueño, un hombrecillo calvo y cordial de rostro liso y sonrosado, les informó de que sólo tenía dos habitaciones disponibles. Muchos viajeros se habían detenido a causa del mal tiempo, les explicó con una sonrisa de disculpa, ofreciendo a la empapada Dottie una cama en el ático, utilizado como dormitorio para las criadas que atendían a los clientes en su establecimiento.

Melissa le dijo a la criada que se fuera a la cama inmediatamente, que ya se las arreglaría ella sola una vez en la habitación.

Deryl descubrió para su decepción, nada más subir, que las estancias eran contiguas. Por un momento pensó en volver a llamar a Dottie, lo que implicaba que él durmiera en el desván con las criadas: no veía oportuno crear más alboroto. Comprometer a la mujer con la que pronto iba a casarse era la última de sus intenciones, y dudaba, entre otras cosas, de encontrarse allí con algún conocido. Además, no había más remedio, pues eran las únicas libres, y la impaciencia por quitarse la ropa prevaleció sobre el resto de los escrúpulos. Bastó recorrer la corta distancia que separaba el patio de la posada para que, incluso con paraguas, les cayera un aguacero, y Melissa tiritaba de frío. Si no se hubiera quitado la ropa inmediatamente, habría corrido el riesgo de haber enfermado. Un hermoso fuego ardía en las habitaciones y el calor que les recibió a ambos, les pareció de ensueño. Había orden y limpieza y en las camas con dosel, provistas de edredones, se habían colocado unos cálidos ladrillos entre las sábanas perfumadas de lavanda.

—Estarás exhausta, imagino.

Deryl se había apresurado a desabrocharse la capa empapada para extenderla sobre el respaldo de una silla, que colocó frente a las llamas para que se secara.

—Agotada, en efecto.

La miró con ojos ansiosos.

—También ha contribuido a ello el trayecto en carruaje.

Ella negó con la cabeza.

—Esta mañana he caminado durante horas, recogiendo la ropa para planchar de Eunice, de la que me he deshecho de casi toda de ella a la tarde. El sentimiento de culpa por mi marcha, dejando a esa abnegada mujer para con el próximo, me ha empujado a seguir adelante. Quería demostrarle mi gratitud por acogerme a pesar de que para ella sólo era una desconocida.

Deryl le levantó la barbilla, besándola con ternura.

—Entonces termina de desvestirte y métete entre esas mantas. También yo estoy cansado, aunque no tan extenuado como tú.

Ella le sonrió agradecida y se quedó mirándole hasta que él cruzó el umbral de su habitación. Él no cerró del todo la puerta de conexión, como si aquel atisbo hiciera más estrecha la cercanía entre ellos.

Melissa se quedó dormida en cuanto se tumbó en la cama.

LAS OLAS ERAN altísimas y la zarandeaban como a una ramita en las negras aguas del tormentoso océano. Los pliegues de su falda estaban tan empapados que se habían convertido en una trampa mortal: enrollados alrededor de sus piernas, impedían todos sus movimientos. Era un lastre mortal como el plomo, y la arrastraba hacia el abismo. Se ahogaría, pensó mientras se aferraba desesperada a los restos viscosos y astillados que providencialmente le permitían flotar. O la mataría el terrible frío que le entumecía los miembros. El *Duca di Savoia* se había desvanecido en la oscuridad, después de que un rayo iluminara su armazón de madera, en su totalidad inclinado hacia un lado, y los mástiles rotos por la furia del viento. De repente, una montaña de agua se precipitó sobre ella, haciéndola hundirse bajo la superficie con su tabla. El mar penetró en su garganta, salado y acre, sofocando su respiración. Ni siquiera pudo gritar de terror. Luego de haber vomitado el agua tragada, sin aliento, luchó por hacer entrar oxígeno en sus doloridos pulmones, temblando de miedo y...

—¡Melissa, despierta, es solo una pesadilla!

La voz de Deryl pareció llegar a sus oídos desde una distancia enorme, al principio tenue e indistinta, luego finalmente más nítida. Abrió los ojos de par en par y se encontró pegada a él, envuelta en sus brazos. Él le acariciaba el cabello y la espalda con infinita dulzura para calmar el temblor que la estremecía de arriba a abajo.

—Deryl... de nuevo esos recuerdos del naufragio. Creía que me moría.

—Ahora estás aquí conmigo, y ninguna pesadilla podrá arrancarte jamás de quien te ama.

Melissa contuvo el sollozo, reconfortada por la solidez del cuerpo de él. Advirtió que su mejilla descansaba sobre su pecho desnudo e inhaló la fragancia, rozando vacilantes con toques sus elásticos músculos: la piel de Deryl era lisa, compacta, con un rastro de jabón mezclado con el fresco aroma almizclado de la colonia que usaba.

—Melissa...

—Dime.

Pero él no habló y ella no retrocedió cuando él le tomó el rostro entre las manos y le cubrió la boca con ímpetu apasionado. Su cuerpo reaccionó al instante con la excitación espontánea que caracterizaba a sus intervalos de abandono. Le cosquilleaba los sentidos con el ardor de un hombre enamorado que sabe seducir a su mujer con erótica maestría. Le lamía los labios con caricias irresistiblemente íntimas, húmedas, penetrantes. Su lengua parecía jugar con la de ella, desencadenando en ella una sucesión de sensaciones más intensas que cualquiera de las que había experimentado antes. Su mente se quedó en blanco. Nunca permitiría que dejara de besarla de tentarla, y aquellos brazos la estaban proyectando al centro de un universo hecho de emociones palpitantes, de impulsos que nunca había experimentado. ¿Cómo iba a suponer que Deryl pudiese encender en ella un placer tan dulce, devastador hasta el punto de hacerla derretirse de deseo? Era un hechizo que dilataba la percepción de su sensualidad arrastrada por los impulsos, estallando en los temblores de una necesidad física capaz de agotarla. Cada caricia de él, cada beso, ahondaba necesidades carnales que ella ni siquiera había imaginado que existieran. Ella le oyó gemir y le rodeó la nuca con sus muñecas. Él la aprisionaba en un abrazo de acero y de terciopelo del que ella no quería escapar, ni siquiera cuando él deslizó hábilmente la camisola por sus hombros para desnudar sus pechos. Nunca lo había hecho y Melissa casi dejó de respirar cuando la boca de él se cerró sobre sus pezones erectos.

De su garganta se escapó un gemido de éxtasis.

¿Acaso era tan maravilloso la unión de dos personas que se amaban?

Nada ni nadie la induciría jamás a rechazarlo en nombre del pudor o de la pureza que quería darle, ni le importaba que no estuvieran casados. Ella le pertenecía, y, desde luego, no era una

promesa nupcial, hasta entonces no expresada formalmente, lo que hacía menos perfecto su inefable abandono. Se ofreció a él con asombro, brío e inocencia, una entrega incondicional que Deryl pareció acoger con igual asombro.

Él levantó la cabeza y la miró fijamente en el tenue resplandor de las brasas que se consumían en la chimenea. Su apuesto rostro reflejaba el mismo arrebató que ella sentía.

Volvió a besarla mientras la empujaba hacia atrás sobre las almohadas, rodando sobre su cuerpo con un movimiento fluido e instintivo, como si hubieran sido marido y mujer desde hacía años, y no fuera la primera vez que iban más allá de las efusiones platónicas para hacer el amor en la plenitud de poseerse recíprocamente. Ella sintió la turgencia de su ingle presionada contra su bajo vientre. Era soberbiamente masculino y viril, tan implicado en su intimidad que la contagió de la misma fiebre que recalentaba sus venas.

Era un frenesí que aniquilaba la razón.

—Dime que me detenga... —Deryl ahora se había parado, y estaba tan cerca de cruzar la línea de lo prohibido, que temblaba en un esfuerzo por controlarse.

—Soy más vulnerable que tú, ¿cómo puedes pedirme esto?

—Otro beso, una caricia más, y será demasiado tarde —lo miró, suspirando por él—. ¿Cómo puedo negarme a ser tuya? Te amo, te pertenezco, haz conmigo lo que quieras...

Deryl parecía luchar contra su voluntad, debatiéndose entre la tentación de abalanzarse sobre ella, de tenerla, venciendo las dudas que se interponían entre querer respetarla hasta la boda y continuar lo que habían empezado. Iban a casarse, él no era tan estoico como para comportarse como un *gentleman* cuando la pasión le exigía, ciegamente, la máxima satisfacción.

Un relámpago crepitó de repente, iluminando los contornos de la estancia, y el ensordecedor rugido del trueno que le siguió le devolvió las fuerzas para echarse atrás. No quería tomarla en una perdida y anónima posada, como una amante cualquiera, y por la que uno no siente nada y a la que, una vez terminado el encuentro, abandona sin remordimientos. Amaría a Melissa en el tálamo nupcial, como esposa sabedora de ser la dueña de su corazón, y a la que él adoraría. Y mientras la lluvia golpeaba los cristales de la ventana, Deryl se tumbó a su lado y la abrazó, mientras sus respiraciones volvían a la normalidad.

Se durmieron abrazados, en paz consigo mismos.

CATORCE

Cuando al día siguiente llegaron a Brentwood Court, se dirigieron directamente a ver a Edwina, que abrazó a Melissa con afecto sincero.

—Querida, te habrás enterado de todas las novedades que ha habido en la familia, ¿verdad? No te lo vas a creer. —En la mirada de la dama brilló una maliciosa lucecita que Deryl y ella notaron de inmediato.

—¿Dónde están los demás? —El vizconde se sirvió un trago y su madre aceptó dos dedos de jerez, por muy inusual que fuera beber a primera hora de la tarde.

—Drew y Mabel iban a pasarse por casa del pastor Simpson para acordar los detalles de su boda, que tendrá lugar en cuanto pasen las Navidades, y luego irían a Sheffield Park. Ella quiere arreglar la casa a la que pronto se mudará, con muebles más acordes a su refinado gusto.

—¿Por qué no me sorprende?

—Desde las cortinas hasta el más insignificante de los enseres, cada objeto tendrá la impronta y la clase de quien lo habite.

Melissa no hizo ningún comentario, Deryl no pudo contener una mueca.

—No le envidio nada a Drew. Tanto a él como a mí, Sheffield ya nos parecía acogedor y señorial, con muebles antiguos absolutamente bien conservados y adecuados al estilo del edificio.

—Bueno, él, en cambio, quiere que Mabel haga lo que le plazca.

—Sí, por supuesto —asintió Deryl, encogiéndose de hombros—. Si él está contento...

—¿Se atrevería a negarle algo? —Edwina extendió los brazos en un gesto elocuente que hizo inútiles más disquisiciones sobre el tema.

—¿Y Harriet?

—Ella, el adorado Ken y Amy están fuera recogiendo acebo, muérdago, piñas y plantas de hoja perenne para decorar la mansión en Navidad.

—Admirable —ironizó él, mientras se encendía un cigarro—. Tendremos un ambiente navideño con adornos por lo que parece. Nuestra mesa estará abarrotada, me atrevería a decir.

—¡Oh, sí!, y las sorpresas están al orden del día...

—¿A qué os referís, madre? —La miró inquisitivo.

Edwina se acomodó en su silla y dirigió una mirada a Melissa, que le sonrió, antes de volver a centrar su atención en Deryl.

—Ha habido un visitante durante tu breve ausencia.

—¿Alguien que conozco?

—No, es un invitado inesperado que en este mismo momento está admirando los especímenes equinos de nuestras cuadras. Al parecer, es un auténtico entendido en caballos pura

sangre.

Deryl frunció el ceño. Tenía la curiosa impresión de que su madre alargaba la explicación deliberadamente, como si disfrutara manteniéndole en vilo.

—¿Está interesado en realizar alguna adquisición?

Ella lo negó.

—Por cierto, se llama Ottavio Savoldi y es el secretario de Giovanni Bertoni, albacea del barón de Montorsi.

—¡Ah, ahora lo entiendo! Ha venido por la herencia de Mabel, con todo lo que ello conlleva, me refiero a documentos que firmar, papeleo diverso y cualquier otro trámite.

—Sí, y también por esto.

—¡Al grano, madre! ¡No hables con acertijos! ¿Qué pasa ahora?

—Melissa, querida, el barón no se olvidó de ti cuando redactó su última voluntad post mortem.

Ella parecía asombrada.

—¿Qué tengo yo que ver con la herencia de Mabel? ¿Os referís a un legado para mí, Lady Edwina? En cuyo caso no creo que pueda aceptarlo...

—¿Por qué no?

—No quiero crear más desavenencias entre ella y yo.

—Me parece que no hay nada de qué preocuparse, teniendo en cuenta que era la voluntad de su padre. Hecho ese preámbulo, el abogado Bertoni encontró una carta de Montorsi entre la avalancha de papeles que tenía que examinar. Bueno, Mabel y vos sois hermanastras.

—¿Qué? —exclamaron al unísono Deryl y ella.

—¿Podéis explicaros mejor? —le pidió Melissa, incrédula.

Estaba blanca como la cal, y el vizconde la observó preocupado.

—Querida, ¿queréis beber algo fuerte?

Ella declinó con un movimiento de cabeza. Deryl se sentó a su lado.

—Sois la hija ilegítima de Ildefonso, nacida de una fugaz relación con una mujer casada, cuyo nombre no menciona. Fuisteis confiada a una nodriza contratada por el propio barón con el objeto de que cuidara de vos y de la otra hija. Montorsi os pide perdón a las dos, y ha ordenado que la herencia se reparta a partes iguales entre ambas.

—No puede ser —sus ojos brillaban por las lágrimas.

Deryl le estrechó la mano.

—No os inquietéis, Melissa. Sólo le honra que al menos os haya reconocido, aunque tarde.

—Mabel no se lo ha tomado muy bien. —Lady Edwina puso mala cara.

—Francamente, me habría sorprendido lo contrario. —Él esbozó una elocuente mueca.

—Hablaré con Savoldi y tengo intención de firmar la renuncia a la herencia. Para Mabel, sólo soy una astuta embaucadora que ha querido engañaros, a vosotros, los Ashley, así que se dará cuenta de que no es el dinero lo que me importa, sino la relación con las personas.

—No decidáis impulsivamente —le sugirió Edwina.

—Pero, ¿puedo rechazarla? Deryl, no tengo que hacer algo que no quiero, ¿verdad? Saber que el barón era mi padre no cambia, en sustancia, nada de lo que yo soy, y de lo que deseo seguir siendo.

—Sois libres de actuar como queráis. Sólo os recomiendo que reflexionéis sobre lo que os ha dicho mi madre.

—Ciertamente lo haré, pero no cambiaré de opinión.

—Si así lo decidís, la elección solo os corresponde a vos.

—Soy consciente de que a Deryl no le importa tener una esposa sin dote, por eso no quiero nada que sea de Mabel.

—Entonces, ¿vosotros también os desposáis? —la voz de Lady Edwina sonó complacida.

—Sí, madre, soy un hombre afortunado —le confirmó el vizconde.

—No, la afortunada soy yo, y no os atreváis negarlo, por haber conocido un hombre como vos —le contradijo Melissa.

—Hay que celebrar el acontecimiento con un brindis —decretó Edwina, tirando enérgicamente del cordón de la campanilla—. Brentwood Court se va a llenar de niños lo antes posible, ¡y yo estoy entusiasmada ante la perspectiva de convertirme en abuela!

MELISSA ESTABA GUARDANDO sus cosas en los cajones cuando Mabel irrumpió en su alcoba. Cerró la puerta tras ella y la miró con ojos amenazadores y hostiles.

—Así que, luego de haberme arrebatado a Deryl, me entero de que también habías engañado a mi padre.

—¿Engañado? No recuerdo nada del pasado, pero dudo que pudiera haber hecho algo así. Diantre, vos os habríais dado cuenta, y la baronesa también.

—¡Mentirosa! —arremetió contra ella, acercándose amenazadoramente. Estaba roja de ira, cerraba y abría los puños como si contemplara la posibilidad de golpearla para descargar su rabia.

—¿Por qué iba a mentiros?

—Si no recuerdas nada, tampoco puedes negarlo —le acusó Mabel con evidente perfidia.

—Encuentro ridículo imaginar semejante vileza.

—Mi padre era un tipo que despertaba la admiración de las mujeres con las que se relacionaba en sociedad. Nadie puede saber qué tipo de relación mantenías con él, y mi opinión discrepa de las hipócritas e inocentes ostentaciones con las que consigues encandilar a los demás, empezando por Deryl.

—¿No estáis cansada de la maldad que os corroe? —Melissa se echó hacia atrás, exasperada. Aún no se había quitado el vestido barato que Eunice había encontrado en el mercado en un tenderete de ropa de segunda mano, y sabía que su aspecto desentonaba con el vestido que lucía Mabel, una prenda elegante de color verde bosque que armonizaba con su pelo y sus ojos.

—Hemos alimentado a una serpiente en nuestro seno, nosotros, los Montorsi, ¿y vos pretendéis hacerme callar?

—Pensad lo que queráis, señorita, soy incapaz de recordar lo que ocurrió entonces. Pero sé que el barón escribió de su puño y letra que somos hermanas.

—Suponiendo que eso sea cierto, en todo caso, ¡hermanastras!

—Exacto, y el parecido es una prueba irrefutable, así que no soy la amante como me acusas de ser.

—Mi padre no era el tipo de hombre que engaña a su mujer; al contrario, adoraba a mamá y nunca le habríais sido infiel.

—¿Por qué se habría inventado una historia así?

—Para justificar la mitad del patrimonio que te ha dejado, por eso.

—¡No quiero vuestro dinero!

—¡Todo esto está por determinar! —se burló la otra.

—La herencia no me interesa, repito, y yo no os he arrebatado a Deryl, estoy harta de oír que

me lo echen en cara. Os vais a casar con Drew, así que nunca hubo sentimientos reales por vuestra parte hacia el hombre que deberíais haber tomado como marido.

—¡Son cuestiones en las que no debes inmiscuirte! —explotó ella.

—Yo no os he obligado a entablar una discusión tan desagradable, comportándoos de manera tan poco gentil. Os pido que os marchéis. Ya he tenido bastante de vuestros modales.

—Pordiosera, no te atrevas a darme órdenes, ¿entendido?

—Ya no soy vuestra doncella, y me desposaré con el vizconde.

Mabel resopló y redujo la distancia que las separaba.

—Estás tratando de hacerte la víctima, lo sé, para hacerme quedar mal a mí, a la hija del barón de Montorsi. Pues bien, yo lo impediré, y si tenías la ilusión de que podrías apoderarte impunemente de *mi* patrimonio, estás muy equivocada. Impugnaré el testamento y te arrastraré a los tribunales, a costa de gastar hasta el último céntimo en abogados. Todo el mundo sabrá que eres una mujerzuela que engañó a papá, no sexualmente quizá, sino mintiéndole para quedarte con una buena tajada de la fortuna familiar, por lo ingrata que eres.

—¡Basta! —le intimó Melissa—. No tengo que aguantaros ni un minuto más, así que u os vais por vuestra propia voluntad, o me iré inmediatamente e iré a contarle a Deryl y a Drew las calumnias de las que me hacéis objeto.

—“Basta” no te corresponde decirlo a ti, bastarda, que eso es lo que eres. —Ciega de ira, Mabel la detuvo cuando Melissa se dirigía con paso decidido hacia la puerta, y luego la abofeteó con fuerza, haciéndola tambalearse.

Ella intentó esquivarla, decidida a no dejarse provocar: llegar a las manos con aquella víbora repleta de veneno era la menor de sus intenciones. Simplemente quería alejarse de una loca delirante, convencida erróneamente de que tenía todo el derecho sobre los demás, sin darle la satisfacción de trascender.

Pero Mabel había perdido por completo el control y le dio un brutal empujón, decidida a no dejarse plantar por ella, o tal vez temiendo las reacciones de Drew y del vizconde ante semejante escena. Melissa se tambaleó hacia atrás, luchando por recuperar el equilibrio. Por desgracia, se desequilibró y cayó desplomada al suelo, golpeándose violentamente la nuca contra la enorme arista de un cofre tallado que había detrás de ella. El dolor que estalló en su cabeza fue tan agudo e insoportable que se reflejó en sus sentidos. Le pareció que, de repente, su cuerpo se había entumecido porque no reaccionaba cuando intentó levantarse... era incapaz de moverse.

Luego, un telón negro cayó sobre sus ojos y perdió el conocimiento.

CUANDO VOLVIÓ A ABRIR LOS OJOS, estaba tumbada en la cama, con las sienes palpitándole dolorosamente y Deryl inclinado sobre ella.

—Melissa, ¿cómo te encuentras?

La examinó con aprensión, el pelo oscuro, despeinado como nunca lo había visto Melissa, el rostro marcado por la tensión. Seguía siendo hermoso incluso tan *demudado* y ella lo amaba desesperadamente.

—¿Puedes hablar?

—Sí, y me siento como si me hubiese arrollado un carruaje con los caballos desbocados —le respondió. Su voz resonó apagada e insegura.

Él le sonrió.

—Bueno, si tienes ánimo para bromear, significa que lo peor ha pasado.

—¿Lo peor? ¿A qué te refieres?

—Mabel te empujó, y te caíste golpeándote en la cabeza, lo que te provocó un leve traumatismo craneal. Ha venido el médico, que después de examinarte nos ha tranquilizado.

Bajó los párpados e inspiró profundamente. Sí, el altercado con Mabel... el encontronazo y las paradójicas acusaciones que le había lanzado, tan injustas que pusieron a prueba su paciencia. La ira de la otra, el rencor incontenible, la aberrante insinuación de que ella había manipulado al difunto barón por vileza, si no como amante, sí como una astuta aprovechada... nunca hubiera podido prever un ataque tan fulminante por su parte.

—Lady Edwina no se equivocaba, Mabel no acepta que seas la hija ilegítima de su padre. Está llena de animadversión y ha amenazado con llevarme a los tribunales.

—Puede amenazarte lo que quiera, siempre y cuando se vaya.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto ya es el colmo. Le he dicho que se vaya de mi casa.

—Pero... ¿y Drew?

—Está tan indignado como todos los demás por lo que te ha hecho y se niega a casarse con alguien que puede mostrarse tan desagradable y mezquino, implicando en la vileza que te ha reservado a ti a la familia de la que se suponía que iba a formar parte.

—¡Pero Drew no tiene por qué hacerlo! Quizá yo también estaría fuera de mis cabales si descubriera que tenía una hermana nacida de la aventura de su padre con otra mujer. Además, nunca ha dejado de considerarme aún su doncella, y se comportaba en consecuencia.

—No debe permitirse algo así.

—Estaba alterada por el barón, infiel sin el conocimiento de su esposa.

—¿La estás defendiendo? ¿Aunque ella no lo merezca?

—Eran sus padres, es difícil aceptar que entre ellos las cosas no estaban...

—No quiero oír más —cortó en seco Deryl. —Por su culpa has permanecido inconsciente dos noches y sus correspondientes días... he estado a punto de torcerle el cuello, al igual que Drew.

—Por desgracia, interpreta las cosas a su manera y reacciona aún peor.

—Sí, todos nos hemos dado cuenta de que se antepone a sí misma y a lo que quiere conseguir, por encima de los demás. Podría haberte matado si te hubieras golpeado la sien de mala manera, o si el golpe hubiera sido un poco más fuerte. El mundo y los que vivimos en él no podemos vivir sujetos a los agravios y al rencor de esa arpía.

Ella suspiró.

—Que sepas que no voy a pasarlo por alto.

—¿Dónde está ahora?

—En su alcoba, y he dispuesto que se quede allí hasta que haya organizado su partida, respetando el aislamiento que se le ha impuesto.

—Lo lamento por Drew.

—Está decepcionado, y yo lo siento por él. Además de estar verdaderamente enamorado de ella, estaba convencido de que había dejado de tratarte como si fueras su esclava y de que ella se creyese con derecho sobre tu persona. Y en lugar de eso, abusó de mi hospitalidad haciéndote daño.

—Deryl...

—¿Sí?

—A veces me viene el pensamiento de que yo debería haberme ido a pique con el *Duca di Savoia*, junto con los Montorsi, ahorrándole a tu familia los conflictos que han sobrevenido a

causa de mi presencia en Brentwood Court.

—Te agradecería que no dijeras esas tonterías. —Él se calló y le rozó los labios con un tierno beso—. Se arrepentirá, de eso puedes estar segura.

Ella vibró al contacto con su boca.

—Te quiero tanto.

—¿Crees que eres la única? No tienes ni idea del efecto que produces en mí cuando te toco, y te enciendas de amor por mí. Te has convertido en mi razón de vivir, Melissa, y le estoy agradecido al destino que tan amablemente haya hecho que nuestros caminos se cruzaran.

Arrullada por las palabras expresadas por la cariñosa voz de Deryl, sólo pudo cabecear mientras sus pestañas volvían a volverse pesadas, y casi sin darse cuenta, volvió a sumirse en un sueño tranquilo y sin pesadillas.

QUINCE

Levaba días nevando copiosamente, haciendo intransitables los caminos, hasta el punto de impedir a Mabel salir de Brentwood Court. Melissa se había recuperado perfectamente y, ya fuera a causa del golpe en la cabeza o no, había recuperado la memoria, y con ella todo recuerdo relacionado con su existencia anterior antes de mudarse a Brentwood Court.

Recordarlo todo le producía un extraño efecto de eco, pues su mente se concentraba, de pronto, en reminiscencias que creía perdidas, demorándose en volver a recobrarlas. Deryl y Lady Edwina se sintieron aliviados de que hubiera superado los angostos límites de la amnesia que la había afligido durante semanas.

Le había comunicado al encargado de Bertoni, un hombre distinguido, de mediana edad, con bigote entrecano, flacucho y de pocas palabras, que firmaría la renuncia a la mitad del patrimonio que había heredado del barón. Ottavio Savoldi parecía desconcertado por lo que para él se trataba de ser una decisión equivocada.

¿Quién demonios habría podido rechazar semejante herencia?

Él había intentado convencerla de que diera marcha atrás en algo que iba en contra de sus intereses, pero ella estaba decidida a dejarle a Mabel todo el patrimonio.

De niña, ella le había preguntado a su nodriza dónde estaba su papá: aquella le había respondido que era un buen hombre que había caído durante una de las batallas de las guerra napoleónicas, por lo que Melissa nunca había insistido en que le contaran más detalles sobre aquella figura evanescente, sobre la que se había hecho muchas preguntas. No había motivos para dudar de que se trataba de una mentira de conveniencia, quizá sugerida por el propio barón a la nodriza. El tardío remordimiento de Ildefonso hacia ella en su condición de hija ilegítima llegó demasiado tarde para inducirla a sentir un atisbo de amor filial, y tampoco quería nada de lo que había pertenecido a los Montorsi. Probablemente había callado la paternidad de Melissa para no humillar ni hacer sufrir, aunque a su manera, a Adelaide, la esposa a la que tanto amaba. De hecho, no era inusual que los nobles se entregaran a aventuras extramatrimoniales, sin verse luego obligados a reconocer a los bastardos que habían tenido sus poco escrupulosas amantes. Aquella ley del silencio, incluso le había privado del afecto del único progenitor en el que habría podido confiar. Melissa también lamentaba seguir ignorando quién era su madre. Jamás habría sospechado que la niñera contratada por la familia Montorsi para cuidar de las niñas no hubiera podido serlo. La llamaba mamá y la había querido mucho. Se preguntaba cómo era posible que la baronesa no se hubiera dado cuenta, por el parecido entre Melissa y Mabel, de que su marido no era tan buen marido como demostraba.

Le estaba agradecida de que no la hubiera abandonado en un orfanato, por supuesto, pero eso no le convertía en un *galantuomo*. Al contrario, le hacía pensar que su esposa había preferido

fingir, en aras de una vida tranquila, que no se había dado cuenta de que era hija de Ildefonso. La niñera había sido especialmente estricta con ella, educándola de la forma más severa, y muy poco cariñosa en sus raras manifestaciones de extraversion. Ahora comprendía perfectamente la razón de ello. En última instancia, los adultos entre los que había crecido se habían aprovechado injustamente de una niña, tratándola de inferior a pesar de conocer su filiación paterna.

—Melissa, querida, Mabel insiste en hablar con vos —la voz de Lady Edwina la sacó bruscamente de sus pensamientos—. Deryl se inquietaría, al estar en contra de cualquier petición de ella. Pero ha salido con Drew, y creo que debería haber una aclaración entre vosotras dos sobre las cosas que os conciernen.

—Sí, yo opino lo mismo —coincidió ella—. Entre nosotras pesan palabras que deben decirse, todo un pasado en común que hay que afrontar y resolver de una vez por todas.

—Espero no tener que arrepentirme de esto —la mujer se ajustó el chal de lana sobre el pecho y se aseguró de que las horquillas que sujetaban el moño cuidadosamente en la nuca estuvieran en su sitio—. Le rogaré que contenga su irrefrenable intemperancia y, en cualquier caso, no me alejaré mucho de este salón.

—No temáis. No volverá a hacerme daño.

Ella sonrió.

—Querida, puedo contar más años detrás de mí que por delante, y la experiencia me ha enseñado que hay personas que nacen para crear problemas a los demás. Mabel, por ejemplo. Afortunadamente, luego hay quienes los resuelven.

—Si no es así, ¿cómo podría seguir existiendo el mundo?

—De hecho, son los seres humanos de buena voluntad los que enderezan las cosas.

—Y vos pertenecéis a esta categoría, Lady Edwina.

—Gracias por el reconocimiento. Bueno, voy a acercarme a ver cómo van los adornos navideños de Amy y Harriet. Ken se ha escabullido hábilmente, y no le culpo, por haber preferido eludir a esas dos y a su frenética actividad desatada por ambas, y que han acaparado a casi toda la servidumbre.

—Quizá se haya acercado hasta el estanque para comprobar el grosor del hielo —propuso Melissa con una sonrisa—. Creo que tanto ella como Harriet quieren patinar.

—¡Juventud, divino tesoro! —exclamó Edwina, antes de marchar.

Pasaron sólo unos minutos y Mabel se plantó en la puerta. Cerró la puerta lentamente y caminó vacilante hacia el salón. Parecía haber perdido toda su altivez y su rostro estaba marcado por sombras que revelaban cómo el último período le había acarreado una serie de preocupaciones e inquietudes a las que no estaba, en absoluto, acostumbrada.

—Melissa, te agradezco que hayas accedido a recibirme. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien, Mabel —se dirigió deliberadamente a ella por su nombre. Ya no utilizaría más ese *señorita* que marcaba la diferencia social entre ellas. Una cosa era renunciar a su parte de la herencia, y otra muy distinta el estatus de igualdad que le confería el reconocimiento oficial del barón. Por eso, al menos, eso se lo tenía que agradecer.

—Sé que las disculpas son inadecuadas, pero lamento muchísimo haberme excedido contigo, y no sólo por el hecho de haber exacerbado a Drew hasta el punto de haberlo perdido.

Melissa asintió y no la invitó a sentarse. No quería prolongar más de la cuenta un diálogo que la incomodaba sobremanera.

—¿Qué queríais decirme?

—Somos hermanas, ahora ya me he hecho a esta idea... —Mabel le dirigió una mirada contrita—. ¿No querrías ser un poco menos seca conmigo?

Ella meneó la cabeza.

—Me gustaría que me perdonases, Melissa.

—¿Y sois precisamente vos quien cita la palabra perdón?

—Puedo parecer insolente al pedirte tal cosa. Me he equivocado, soy consciente de ello y lo lamento, pero estaba furiosa por la traición de mi padre a mi madre, y tú eras el perfecto chivo expiatorio.

—Más que nada, yo representaba el fruto abyecto del pecado para ensañarse con él sin ningún tipo de vacilaciones.

Mabel se retorció las manos y se mordió el labio.

—Le odio por lo que nos hizo a todos.

—En cambio, deberíais mostraros más indulgente con él.

—¿Indulgente? ¿Después de lo que hizo?

—¿Quién no comete errores en la vida? Diantre, a mí debería haberme molestado mucho más que a ti: me ocultó mis orígenes y, aunque sabía que yo era su hija, por ilegítima que fuera, permitió que yo fuera tu doncella en cuanto fui capaz de cuidarte y servirte. Sin embargo, no puedo odiarle.

—Me dicen que has recuperado la memoria...

—¿Y qué? Supongo que habréis vuelto a pensar que lo mío es todo un montaje, una simulación para engañar a los Ashley.

Mabel se dejó caer de espaldas en el sillón, como si estuviera agotada.

—Cuando vino el médico a examinarte, yo tenía una migraña fortísima, y Lady Edwina, informada por la doncella a la que le había preguntado si tenían láudano para aliviarme el dolor de cabeza, lo envió para que me visitará. No sé cómo llegamos a hablar de tu amnesia...

—Era todo un tema para vos, ¿eh?

—Me parecía inverosímil que pudieras haber olvidado todo lo nuestro, pero él me explicó, de forma educada y competente, que nadie puede ser tan bueno como para simular una pérdida de memoria sin acabar, de un modo u otro, traicionándose a sí mismo.

—De hecho no simulaba, no habría podido hacerlo.

—Te acusé sin venir a cuento, y también te pido disculpas por ello, pero si han vuelto los recuerdos, sabrás que no solo fui despótica y ruin contigo, en los años que pasamos juntas.

—Es cierto.

—Quise que te educaran, que aprendieras tanto como yo de las institutrices, y mis padres estuvieron de acuerdo sin poner ningún tipo de objeción. Por supuesto, ahora sabemos que papá también era el tuyo, y, en consecuencia, no podía oponerse a mis peticiones de que estudiaras conmigo, supongo que para no sentirse culpable contigo. Pero el inglés, por iniciativa propia, hice que lo aprendieras, y ellos dos estuvieron de acuerdo. La duda de que mamá hubiese intuido la verdad, la tenía.

—Sí, yo también.

—Debes admitir que nunca te he mortificado como hacen algunas amas con sus criadas, ni siquiera entregándote mi ropa usada.

—Hay muchas otras formas de herir a una persona, y vos no habéis escatimado ninguna, como puntualmente hicisteis tras vuestra llegada a Brentwood.

—La verdad es que siempre sentí celos de ti —confesó Mabel con voz sofocada—. Celos enfermizos, por cierto.

Melissa la miró atónita.

—¿Por qué? No os faltaba nada, ni siquiera unos padres que os habrían dado hasta la luna si

sólo la hubierais querido.

—Eras amable y obediente cuando yo era rencorosa e indócil. Mamá solía citarte como ejemplo virtuoso a imitar, lo que me ponía de los malditos nervios.

—La niñera me castigaba si no hacía lo que me ordenaban, mientras que tú, la querida hija de los Montorsi, erais libres de patear, de rebelaros contra lo que no os apetecía hacer. Nadie os ha podido obligar nunca a someteros a la voluntad de los demás, tampoco ahora, y, en cualquier caso, mi carácter diferente es distinto al vuestro, no había motivo para estar celosa de mí.

—¡Pero yo lo estaba, y mucho! —replicó Mabel.

—Al contrario, no deberíais haberlo estado, y en cualquier caso, ser conciliador no significa permitir que otros nos intimiden.

—Tienes razón.

—Os permití que me dominarais, no por debilidad o por una forma de pasividad servil. Creo que, instintivamente, sentí el vínculo de sangre que nos unía, y os quise, sinceramente.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, Melissa? —murmuró en tono afligido, mirándola desconsoladamente—. ¿Podrás, tarde o temprano, absolverme por lo que te hice, dándome la oportunidad de arreglar nuestra relación? Ya no tengo a ningún familiar más excepto a ti, y lo mismo vale para ti. Además, Drew ya no quiere saber nada de una desgraciada como yo, ni siquiera quiere hablar conmigo... —calló y se tapó el rostro con las manos durante unos instantes antes de recobrar la compostura—. Se niega a escucharme y ni siquiera sé si lee las notas que le envió suplicándole que no me diga adiós. Le hice avergonzarse de mí, y no puedo culparlo si me juzga un ser despreciable.

—Si está enamorado, puede que os dé una oportunidad para redimiros, no debéis desesperar.

—Ojalá lo hiciera, pero difícilmente sucederá eso.

—Drew lo reconsiderará, estoy segura.

—No es que no me lo haya merecido. Soy la única responsable de este desastre, la única artífice de la soledad emocional a la que me dirijo. Sin embargo, si tú y yo pudiéramos pasar página, reconciliarnos... No diré que de inmediato, pero tal vez más adelante, él también podría reconsiderar las cosas y ablandarse conmigo.

Melissa dejó escapar un suspiro.

—Queréis una promesa que yo no puedo daros, pero si, como dicen, el tiempo cura todas las penas, quién sabe, tal vez algún día ocurra lo que esperáis, y nos convirtamos en una familia en el sentido más auténtico de la palabra.

En ese instante se abrió la puerta y Deryl se materializó en el umbral. Tenía el rostro sombrío y miró a Mabel con impaciencia.

—Me parecía haberos ordenado que os quedarais en vuestros aposentos y que evitarais importunar a vuestra hermana.

Ella se ruborizó y se puso en pie.

—Somos hermanas, en efecto, y no podía aplazar más un encuentro cara a cara con ella. Era necesario disipar cualquier malentendido entre nosotras.

—Deryl, todo va bien —intervino Melissa con voz dulce.

—¡Marchaos, Mabel! —replicó él con autoridad.

Ella sólo pudo asentir y retirarse rápidamente. El tono imperioso de Deryl sancionaba que era él quien mandaba en la casa y que no aceptaba objeciones de nadie.

—¿Ha sido desagradable con vos? —inquirió cuando se quedaron solos.

—No, todo lo contrario, y no estoy tan indefensa como teméis.

Deryl tomó asiento junto a ella en el sofá y la obligó a acercarse a él.

—Mejor, o habría tenido que vérselas conmigo, amor mío.

—Era indispensable que nosotras habláramos. Hay momentos en la vida en que cada una debe descubrir de qué pasta está hecho.

—¿Y lo habéis descubierto?

—Sí, y yo me he dado cuenta de que soy mucho más fuerte de lo que siempre había pensado.

—Más fuerte que Mabel, eso siempre lo había imaginado. Vuestra hermana se ha dado cuenta, demasiado tarde, de lo valioso que es vuestro afecto.

—Mientras yo tenía que enfrentarme a una parte de mi vida que ahora tengo que relegar al pasado, y que además, ya no tiene poder para hacerme daño. Lo que ha sido, se ha ido, y no hay vuelta atrás.

—En esto sólo puedo estar de acuerdo con vos.

—Sí, y tampoco tendrá poder para influir en el presente y el futuro.

—Un futuro que compartiremos juntos.

—¿Cómo podría vivir sin vos, Deryl? Al recuperar mi memoria, he tenido la confirmación de que no he dejado parientes en Italia, y soy una persona nueva también gracias a vos. La vieja Melissa miraba a los ojos de sus fantasmas y no les tenía miedo, de modo que es como si se hubiera hundido con el *Duca di Savoia*, con todo lo que ineluctablemente pertenece a una época que ahora ya está definitivamente concluida.

—Lo espero por vos: os merecéis ser feliz.

—Tened la seguridad. Como el ave fénix que renace de sus cenizas, he renacido en una mujer consciente de su valor individual, templada por las pruebas afrontadas, y dispuesta a caminar con vos en los días venideros.

—Pronto seré el más envidiado de los maridos. —Le acarició los labios con el pulgar.

—Mientras que yo tengo el privilegio de ser la persona más importante en vuestro corazón. Sois mi irresistible Lord Deryl Ashley, mi todo, el hombre capaz de darle un significado totalmente diferente a la palabra *existir*. No podría amar a nadie en la medida en que os amo a vos, ahora y siempre.

Se quedó mirándola largo rato, anonadado por una emoción tan paralizante que le detuvo en la garganta lo que, en una circunstancia de profunda comunión entre ambos, habría querido expresarle. La abrazó con más fuerza, aspirando con voluptuosidad la fragancia de su cabello y de su piel. Parecía temer perderse la razón esencial de su vida, el mayor regalo que el destino le había concedido. Y no poder expresar la fuerza de sus sentimientos por ella, era algo que le frustraba sobremanera.

—Deryl, si me miráis así me derretiré de deseo.

—Me halaga oírlos decir eso, pero aprieto los dientes obligándome a ser paciente.

—De hecho eso es lo que yo también hago, pero sólo porque falta muy poco para la boda. — Ella lo miraba embelesada, seducida por el brillo magnético de aquellos ojos claros que mostraban su alma al desnudo.

Incapaz de decirlo en voz alta, sólo tenía una forma de declararle lo enamorado que estaba. Buscó su boca y se perdió con ella en la magia de las sensaciones que sólo los besos, y los cuerpos entrelazados, podían transfundirse mutuamente.

EPÍLOGO

Era Nochebuena y la familia Ashley al completo se dirigía a la iglesia del reverendo Simpson para asistir al solemne oficio que celebraba el nacimiento de Nuestro Señor en un pobre establo de Belén. El frío era intenso y algunos copos helados se arremolinaban, anunciando otra fuerte nevada para esa noche. Edwina, envuelta en una pesada capa forrada de piel, se apoyaba en el brazo de Deryl, temerosa de poner un pie en falso a pesar de que los criados estuviesen iluminando el camino de Brentwood a la parroquia con antorchas y faroles. Inmediatamente detrás, iban Kenneth y Harriet, y entre ellos Amy que parloteaba sin cesar, aguardando emocionada los obsequios que esperaba recibir al día siguiente de su hermano y de su casi cuñada. Iban a casarse a mediados de enero en la capilla de los Ashley, como era tradición en la familia, y luego partirían inmediatamente hacia Wisteria House, la mansión de Hambersham, donde pasarían la luna de miel. Harriet se había disculpado con Melissa por haberse comportado con ella de manera tan vergonzosa, faltándole gravemente al respeto que le debía. Había admitido que se había sentido puerilmente celosa de Deryl, antes de darse cuenta de que el verdadero amor era algo totalmente distinto.

Ella no era el tipo de persona que guardaba rencor por las ofensas recibidas. Harriet había madurado increíblemente desde que había conocido a Kenneth y se había enamorado de él, y, además, Melissa no podía seguir resentida con la hermana de Deryl, al haber constatado de que estaba sinceramente arrepentida. Edwina la había regañado duramente cuando se había puesto de parte de Mabel. Harriet había aprendido la lección y difícilmente recaería en sus fechorías anteriores. Kenneth estaba visiblemente prendado de ella, y viceversa; Amy la adoraba a más no poder, y aquel matrimonio había nacido bajo muy buenas premisas.

—Qué callada estáis, Melissa —la voz afable de Drew, que la acompañaba por el camino por el que avanzaban, la despertó, haciéndole estremecerse.

—Estaba pensando en todas las cosas que han pasado desde que llegué aquí.

—No todas agradables, ¿verdad?

—No, pero bien está lo que bien acaba.

—Deryl está en el séptimo cielo... falta poquísimo para la boda y mi hermano nunca había estado tan emocionado e impaciente.

Ella sonrió y asintió.

—Estoy más nerviosa que él, ¿sabéis?

—Bueno, pues no lo demostráis en absoluto.

—Y sin embargo lo estoy, Drew, y no sé hasta qué punto podré mantenerme calmada para la trascendental fecha en la que ambos pronunciemos nuestros votos matrimoniales, el primer día del año.

—Año nuevo, vida nueva —exclamó él—. ¿Sois feliz?

—¿Hace falta preguntarlo? ¿No notáis que estoy flotando en una burbuja de felicidad? No podría soñar con nada mejor que convertirme en su esposa.

—Lo sé, y es lo mismo también para Deryl.

—Y vos, ¿mi querido Drew?

—¿Yo qué?

—Me refiero a Mabel. No quiero parecer indiscreta, y mucho menos con vos, pero me doy cuenta de que no habéis dejado de quererla, ni mucho menos.

Él se encogió de hombros y en su rostro se proyectó una sombra.

—No se puede ordenar a nuestro corazón que borre a alguien que ha entrado en él para quedarse allí. Intento no pensar en ello, por supuesto.

—Pero no es nada fácil.

—No, no lo es, aunque trate de olvidarla.

—Drew, ella os quería, me lo dijo cuando vino a disculparse, y os puedo asegurar que estaba desesperada, y quien ha actuado mal puede, sin duda, redimirse. —Melissa hizo una pausa y le apretó cariñosamente el brazo.

Mabel, aunque a regañadientes, había embarcado hacia Italia acompañada por Ottavio Savoldi, el secretario de Bertoni, que había regresado a casa para reunirse con su familia con motivo de las fiestas de fin de año, y seguida de una joven criada de los Ashley que había aceptado de buen grado marcharse con su hermanastra. Había sido una cortesía de Edwina. Antes de despedirse del vizconde y su familia, Mabel había acudido a despedirse de ella y, sin que ella pudiera preverlo, la había abrazado de repente, de sopetón, pidiéndole de nuevo su perdón. Había llorado durante su despedida, especialmente por Drew, diciéndole que volvería a Inglaterra en primavera, con la esperanza de que él considerara la posibilidad de volver a reunirse con ella. Le escribiría durante aquella ausencia forzada, rogándole que cambiara de opinión sobre ella... tenía que convencerle de que realmente había cambiado, demostrándole con hechos que era mejor persona.

—Deberíais detestarla, Melissa.

—Oh, Drew, el odio es tan destructivo que reprueba a quienes se alimentan de él. Mata los corazones y siembra devastación y lágrimas. Creo que cada uno de nosotros puede elegir entre el bien y el mal, considerando si es más rentable enquistarnos en los errores de nuestro pasado, o bien, si podemos aprender de nuestros pasos en falso, de nuestras caídas, para mirar al futuro con optimismo, después de haberlos dejado atrás como lastres inútiles.

— No puedo culparos, y sé que los sentimientos de Mabel estaban tan arraigados como los míos —comentó por fin él—. Ni siquiera podía afirmar que había conseguido aterrizar en el silencioso limbo de la indiferencia y que estaba preparado para una aventura amorosa con otra mujer. Mentiría. Lo que nos ha pasado a los dos rara vez ocurre, siempre he estado seguro de ello, como de Mabel. Sólo tenía que mirarla, encontrarme con sus ojos verdes, para ofrecerle mi corazón y acogerla en él de forma permanente.

— Ella regresará dentro de unos meses, no habría nada de malo si decidierais encontraros en Londres, quizás para dar un paseo por Hyde Park...

—Me lo pensaré, querida cuñada.

—Dependerá esencialmente de la nostalgia que sintáis por ella.

—¡Oh, aquí está Deryl que viene a reclamaros, para hacer la entrada en la iglesia con su amada colgada del brazo! — exclamó él, eludiendo así la réplica sobre Mabel.

—¿Puedo tener el honor de entrar en la iglesia del reverendo Simpson con mi *casi* esposa a

mi lado?

—Te lo ruego, adelante, tienes todo el derecho —rio Drew, guiñando un ojo a Melissa—, y yo me apresuro a reemplazarte con nuestra madre.

—Eso es, antes de que se queje de que la hemos ignorado. Y tú, Melissa, amor mío, que sepas que tu suegra ha aprovechado el paseo para enumerar los nombres de nuestros futuros hijos, nombres que por supuesto sólo a ella le agradan.

Melissa rio mientras los dedos de él se entrelazaban con los suyos, cálidos y posesivos. Le dio un beso furtivo en la boca, antes de enderezarse y quitarse la nieve del sombrero. Las sombras del pasado se habían disuelto gracias a aquel amor, profundo y precioso. ¡Y pensar que había empezado con un engaño inconsciente!, con él llamándola por otro nombre, para luego convertirse en una maravillosa e inefable realidad.

Había encontrado una familia a la que amar, que la amaba igualmente, y un *gentleman* en el sentido más noble de la palabra: Deryl. Un hombre fuerte, bueno y protector que necesitaba su amor, igual que Melissa necesitaba disfrutar del suyo. Se juró solemnemente hacerle el más feliz de los maridos. Ella ya era la más feliz de las mujeres.

Cuando estuvieron en la iglesia y la música del órgano resonó sugestiva bajo los arcos repletos de feligreses, y acentuando el ambiente navideño, una oración de agradecimiento al cielo brotó espontáneamente de su alma.

Por haberle concedido la oportunidad de hacer realidad un sueño maravilloso que tenía connotaciones de un cuento de hadas.

Y los cuentos de hadas, de sobra es sabido, ¿no se distinguían por: *y vivieron felices y comieron perdices*?

Evidentemente, tanto para ella como para Deryl comenzaba un final feliz, que se extendería como un maravilloso y colorido arco iris hacia el lejano futuro.

FIN

LA AUTORA

Mariangela Camocardi se define como «escritora polifacética». Ha firmado unos setenta títulos, entre novelas y relatos. Con preferencia por lo histórico, ha escrito terror, ficción femenina, romance, fábulas y comedias románticas. Entre las más queridas por el público se encuentran *Sogni di vetro* (Mondadori, Harper Collins), *Tempesta d'amore* (Mondadori), *Il talismano della dea* (Harper Collins) e *I Pirati del lago* (Mondadori, Amazon Publishing). En 2016, recibió el premio Amarganta por su carrera literaria. Forma parte con otros autores de la antología *Nessuna più* (organizada por Marilù Oliva contra el feminicidio, cuya recaudación se ha destinado al *Telefono Rosa* para ayudar a las víctimas de violencia de género). Se involucró también en dos obras de teatro, *Correva l'anno...*, homenaje a la centenaria Emma Morano, e *Il mio primo ballo*, dedicado al baile de debutantes *Lago Maggiore*. La autora ha sido directora de la revista *Romance Magazine* y colabora desde hace años con revistas de difusión nacional en Italia. Junto con otras autoras, ha sido la socia fundadora de EWWA (*European Writing Women Association*, Asociación Europea de Mujeres Escritoras).